



ENTRE LA PAPA Y EL MATORRAL

**CARACTERIZACIÓN DEL PROCESO DE
TRANSICIÓN PRODUCTIVA EN EL
CORREGIMIENTO DE SAN FÉLIX, CALDAS**

LEIDY JOHANA PERALTA G.

**Entre la papa y el matorral.
Caracterización del proceso de transición productiva en el corregimiento de San
Félix, Caldas entre 1980 y el 2000.**

Leidy Johana Peralta Grajales

Trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:

Antropóloga

Director:

Juan Manuel Castellanos Obregón
Dr. En Ciencias Sociales Niñez y Juventud,

Universidad de Caldas
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
Departamento de Antropología y Sociología
Manizales, Colombia

2024

Dedicatoria

A mi familia, en especial a mi madre.

Agradecimientos

Agradezco profundamente a mi madre, María Cenobia Grajales, por ser mi fuente inagotable de apoyo durante este proceso. Por su amor y paciencia infinita, por las innumerables historias compartidas a lo largo de los años, las cuales han enriquecido mi comprensión del mundo y han sido una fuente constante de inspiración en este trabajo. Su sabiduría y experiencia han sido mis mejores maestras, y cada lección aprendida a lo largo de la vida ha culminado en este trabajo de grado. Gracias, mamá, por tu perseverancia, constancia y el esfuerzo con el que nos has sacado adelante. También agradezco a mis hermanos, por su apoyo incondicional.

A mi tío Merardo Peralta por ser mi maestro, por enriquecer mi vida y contribuir de manera significativa en mi tesis con sus valiosas historias y generosa colaboración. Sus relatos sobre la cosecha de papa y las experiencias en San Félix, han aportado una perspectiva única que ha enriquecido mi comprensión de la vida y el trabajo. Gracias, tío Merardo, su tiempo y generosidad han sido una fuente constante de inspiración.

A mis maestros en el tajo, Jesús Castellanos, José Carrillo, Batista Castro, Cesar Marín, por haberme enseñado a trabajar, por las charlas constantes y por el tiempo compartido. A Mauricio Aguirre y Claudia Gómez por haberme recibido en su casa y haberme brindado una estancia tan amena; a Mauricio por sus enseñanzas acerca del trabajo con los animales. A Julián Grisales, David Jiménez y el señor Alex por dejarme acompañarles en los ordeños. A los habitantes de San Félix, en especial, a Enrique Londoño, Floralba Osorio, Claudia Cañón y su esposo Adelmo González, y demás personas, aprecio sinceramente su disposición y amabilidad para contribuir con este trabajo.

A mi querida amiga María Camila Aricapa, por ser parte indispensable en mi viaje académico y por la contribución significativa a la realización de esta tesis. Sus constantes lecturas y comentarios han sido una guía valiosa a lo largo de este proceso. Su persistencia y

dedicación para revisar mi trabajo han dado sentido a cada una de estas páginas, estoy enormemente agradecida por sus sugerencias desde el inicio de este proyecto. Así como las largas charlas, los quejidos compartidos, los cafés reconfortantes y las innumerables risas que han hecho que este camino sea más llevadero. Su generosidad y amistad han sido el impulsó en mis momentos de angustia, que no me imagino sin su compañía.

A mis amigos Daniel Aguirre y Christian Camilo Restrepo por haber compartido estos años universitarios a mi lado, por las tintiadas y las largas conversaciones, todo eso ha hecho de mí una mejor persona. Cada risa compartida, cada palabra de aliento, cada mínimo momento ha dejado una huella imborrable en mi corazón. Aprecio y celebro la amistad duradera que hemos construido. Gracias por compartir su vida conmigo y acompañarnos en este viaje.

A Juan Manuel Castellanos, mi asesor de tesis, por su orientación a lo largo de este trabajo. Por las lecturas y comentarios, por la paciencia con la que ha guiado cada etapa de esta investigación y las múltiples enseñanzas.

Gracias a todos los que me han acompañado en este trabajo, enseñándome una forma de vida ligada a los procesos de producción y reproducción de la vida, tanto humana como no humana.

Contenido

Introducción	7
Antecedentes	8
Marco analítico	17
Diseño metodológico	24
Estructura	26
Capítulo 1: los atascos en el paraíso del norte.....	29
Abriendo caminos: de tupidas montañas a campos de trigo	31
Una migración silenciosa que abrió las puertas al cambio.....	41
Capítulo 2: Senderos del cambio productivo en San Félix, Caldas.....	51
Trabajando el terruño: entre manos, herramientas y relaciones (1950-1980)	53
Merardo Peralta.....	64
Capítulo 3: Bonanza verde, el conflicto de un pueblo (1980-2000).....	80
La semilla cansada.....	87
Capítulo 4: Rastros de violencia: impacto del conflicto armado	115
“¡Los Mataron! ¡Los Mataron! ¡Los Mataron!”: Del año 2000 en adelante	116
Capítulo 5: Formas de trabajo y vidas campesinas	132
Cómo es que se trabaja	132
Entre surcos y tiempos cambiantes	135
Consideraciones finales	149
Bibliografía	158

Lista de Figuras

Ilustración 1. Cuadro tejido en homenaje a los 150 años.	34
Ilustración 2. Cultivo de trigo en San Félix, 1930.	35
Ilustración 3. Herramientas de trabajo: Gancho y azadón.	53
Ilustración 4. Padre Víctor Menegón, antigua plaza de San Félix.	55
Ilustración 5. Toldo con cosecha de papa y arrieros sanfeleños año 1970.	72
Ilustración 6. Toldo con papa recogida.	76
Ilustración 7. Cultivo de papa en San Félix.	80
Ilustración 8. Conflicto armado en San Félix, Caldas.	117
Ilustración 9. Ternerin.	134

Introducción

La transición productiva, un fenómeno de gran relevancia en el ámbito social y económico, ha sido objeto de estudio a lo largo de la historia debido a su profunda influencia en las estructuras y dinámicas de las sociedades. Sin embargo, es importante destacar que este proceso no se manifiesta de manera uniforme ni con causas y consecuencias idénticas en todas las circunstancias. Su naturaleza social, cultural e históricamente determinada implica que está vinculado a factores causales específicos, intrínsecos a contextos locales e históricos particulares.

El presente estudio se centra en comprender la transición productiva desde una perspectiva histórica, reconociendo la necesidad de analizar no sólo sus efectos, sino también sus orígenes y desarrollo. Con el corregimiento de San Félix, Caldas, como caso de estudio, el objetivo principal fue caracterizar el proceso de transición productiva experimentado en esta comunidad durante las décadas de 1980 y 2000. En este sentido, la pregunta de investigación fue: ¿Cómo se desarrolló la transición productiva en el corregimiento de San Félix, Caldas, entre los años 1980 y 2000?

Entendiendo, en este contexto, la transición productiva como la fase ambigua por la que transita una sociedad-en términos económicos-, en donde los procesos de producción, las relaciones productivas y los modos de vida se encuentran en conflicto por la confluencia de factores contradictorios y dinámicas complejas. Para su comprensión y análisis se asumieron tres conceptos centrales: modo de vida, formaciones sociales y factores causales. Pues cada uno de ellos materializa de formas particulares las implicaciones del proceso de transición productiva.

En términos metodológicos, esta investigación asumió un diseño mixto, en donde se adoptaron diferentes técnicas de la investigación cualitativa y cuantitativa como: entrevistas semiestructuradas, revisión estadística y revisión documental.

Antecedentes

Los procesos de transición entre sistemas políticos y económicos han sido un foco de estudio constante entre las diferentes ciencias sociales. Algunas de ellas se han concentrado en la causalidad histórica de dichos procesos, como la historia, la sociología, la economía y la arqueología. Mientras que otras se han encargado de vislumbrar las consecuencias que generan estos procesos de transición en la vida social, como la antropología, la ecología, la geografía humana y la filosofía. Si bien es necesario aclarar que esta división no es rígida, pues las disciplinas y sus intereses varían entre las causas y consecuencias del proceso de transición.

Se suelen diferenciar las transiciones a partir de los sistemas que se ven implicados en dichos procesos, es decir, entre transiciones políticas y transiciones económicas; como ejemplo de ello está “la sucesión de modos productivos (cazador-recolector, agrícola e industrial), el paso de la edad media a la moderna y contemporánea, la transición del feudalismo al capitalismo, del capitalismo al socialismo (o viceversa), o el surgimiento de la revolución industrial” (Carpintero y Riechmann, 2013, p. 48). No obstante, como lo afirman Carpintero y Riechmann (2013) hay otras tipologías de la transición que se dividen, según el rango que asumen, en transiciones generales o de amplio espectro y transiciones concretas o acotadas sectorial o institucionalmente y según el nivel de deliberación en su ejecución, en transiciones espontáneas o no deliberadas y transiciones con un mayor o menor grado de planificación.

Ahora bien, de todos los tipos de transición el que creemos más relevante es el proceso de transición económica, específicamente aquel que se encarga de las transformaciones en las dinámicas de producción, es decir, el proceso de transición productiva. Pues este no considera solamente los cambios que implican un reordenamiento en el proceso productivo, sino que muestra el impacto de esos cambios en las condiciones materiales y de vida de la sociedad en cuestión. Así, como lo llegan a afirmar Carpintero y Riechmann (2013), estos procesos de

transición “[implican] cambios que van más allá de meras variaciones marginales o incrementales en el estado de las cosas precedentes” (p. 49). Por lo que comúnmente se ha entendido el proceso de transición productiva a través de la correlación entre las dinámicas productivas y dinámicas sociales-o modos de vida.

Entre las disciplinas que más han aportado teóricamente a la discusión de la transición productiva se encuentra la antropología económica, entendiendo esta como un campo de estudio interdisciplinar que acoge, desde la antropología, líneas teóricas y metodológicas de las ciencias económicas. Dentro de esta se han constituido tres enfoques teóricos: el formalista, el sustantivista y el materialista (Palenzuela, 2002). La diferencia entre estos enfoques radica en la definición de ‘lo económico’ y la delimitación del campo de estudio de la antropología económica. En cuanto al papel atribuido al sistema económico en relación a los otros sistemas sociales, son pocas las diferencias. Los formalistas y los sustantivistas al tener como objeto de estudio las comunidades primitivas y ver que en ellas era casi imposible la distinción entre sistemas económicos y otros sistemas sociales, daban por sentado dicha correlación. Los materialistas, por otra parte, tenían dicha correlación como uno de sus principales supuestos, pues era absurdo estudiar a las sociedades humanas sin tener en cuenta el medio físico que las rodeaba y el manejo que le daban a los recursos disponibles, dentro de lo cual se encuentra el modo de producción, entendido en este ámbito como la unidad de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

Para este caso nos centraremos en el materialismo histórico, por ser el que mejor evidencia la relación entre el modo de vida y el modo de producción, relación que caracteriza el proceso de transición productiva. Antes de mostrar la relación que se establece entre estos conceptos, consideramos necesario hacer una claridad sobre el ‘modo de producción’.

Aunque las teorías alrededor de las transiciones productivas acogen el concepto de ‘modo de producción’ sin hacer mayor distinción entre los procesos a largo plazo -como la transformación de un modo de producción feudal a uno capitalista- y aquellos que se pueden

acotar en un rango temporal mínimo -como las transformaciones en las dinámicas productivas por la inserción de nuevas tecnologías-; creemos que es necesario distinguir por medio de conceptos las transformaciones productivas que se dan a largo y corto plazo. Por ello, 'modo de producción' sólo será usado, en esta investigación y de aquí en adelante, para los procesos a largo plazo y 'formaciones sociales' para las configuraciones específicas de formas productivas dentro de un mismo modo de producción en un rango de tiempo específico.

Entre estos conceptos se da una distinción aún más precisa y determinante, como lo establece Inés Sastre (1998), el modo de producción no es una realidad que se pueda estudiar directamente a partir de las sociedades históricas, es una construcción teórica auxiliar para el estudio de esas sociedades, una armazón teórica que permite plantear la forma general en que en cada sociedad se concretan las relaciones sociales de producción que dan lugar a las multiformes realidades sociopolíticas e ideológicas. El modo de producción es un modelo teórico apriorístico que sirve para encauzar el estudio de las formaciones sociales facilitando su definición infraestructural, pero no refleja directamente esas formaciones sociales (Sastre, 1998, p. 706).

Así, el modo de producción constituye un concepto puramente analítico que permite abstraer, de sus circunstancias históricas y sociales, las formas de producción específicas e históricamente determinadas. Por otra parte, las formaciones sociales serían "los ejemplos históricos reales de estos tipos ideales definidos como «modos de producción», y no reflejan jamás de forma «pura» y directa esos modos. La formación social es el resultado de la praxis humana que actúa dentro del ámbito que le ofrecen las relaciones sociales de producción determinantes y definidas de acuerdo al modelo del modo de producción" (Sastre, 1998, p. 707).

Y, aunque estos conceptos parecen contradictorios, a primera vista, lo que resalta la autora, es que esa abstracción teórica se vuelve necesaria para el estudio de esas formaciones sociales específicas. Y, aunque estamos de acuerdo con los planteamientos de la autora, para

este caso el modo de producción, más que una abstracción teórica, será asumido como esas formas de producción globalizantes que abarcan grandes periodos históricos. El concepto que sí adoptamos de Inés Sastre y que constituye la base de esta investigación es el de 'formaciones sociales', puesto que nos permite dar cuenta de esas formas históricas y específicas en que se configura una forma de producción, en un momento determinado, haciendo énfasis en su carácter dinámico. Así, lo que consideramos como 'formaciones sociales' son esas formas concretas, temporalmente localizables, en las que es posible divisar el dinamismo de las prácticas productivas; y que se establecen, además, como una herramienta metodológica para entender los procesos de transición productiva.

Volviendo, el materialismo histórico establece, entre modo de vida y modo de producción-y, por consiguiente, entre modo de vida y formaciones sociales-, una relación de causalidad determinante, que se direcciona desde lo económico hacia el sistema social. Así, "el modo de producción de la vida material [determinaría] el proceso de la vida social, política y espiritual en general" (Marx, 1970, p. 3). La relación así concebida es necesariamente unidireccional, pues es la transformación en el modo de producción, y específicamente en las dinámicas productivas, la que afecta el modo de vida y no éste a la producción. Sin embargo, Quezada & Álvarez (2001), caracterizan de otra forma la relación entre modo de vida y modo de producción, enfatizando ya no en una relación unidireccional sino en una relación "interretroactiva", entendiendo esta como "la inter-acción entre dos elementos o variables, que a la vez son interdependientes, donde el cambio de uno modifica el otro" (p. 105).

En síntesis, tendríamos dos tipos de relación entre el modo de vida y el modo de producción, y, por consiguiente, entre modo de vida y formaciones sociales, para comprender o acercarnos a los procesos de transición productiva. El primero es unidireccional, en donde la transición productiva tendría consecuencias innegables en el modo de vida y el segundo es interretroactivo, en donde la transición productiva transforma el modo de vida, pero este último

también puede, al transformarse, causar cambios en las dinámicas productivas y en el modo de producción en general.

Los estudios modernos sobre transición productiva asumieron, en su mayoría, el primer tipo de relación. Muchos de los cuales fueron la base para la construcción de políticas públicas para la modernización y tecnificación de los modelos productivos, enfocado en mejorar la calidad de vida dentro de las sociedades. Ello bajo el supuesto de que si se modifican las dinámicas productivas necesariamente se modificaría la calidad de vida asociadas a éstas. Estos estudios se pueden agrupar en tres niveles: micro, meso y macro. El primero estaría relacionado con “los nichos de tecnologías concretas, [el segundo con el régimen tecnológico] que incorpora las infraestructuras, los agentes y otros elementos relacionados con la producción y el consumo, [y el último daría cuenta del] entorno global y medioambiental, [las] condiciones políticas, internacionales [entre otras]” (Carpintero & Riechmann, 2013, p. 50).

En el primer nivel estarían todos los estudios sobre los cambios en los sistemas tecnológicos de un modelo productivo. Un ejemplo de ello serían los estudios sobre las transformaciones tecnológicas en el proceso de labranza en el modo de producción agrícola; en donde la primera azada, resultado de una innovación de los aperos, esos palos gruesos primero y azadas, picos y palas después que rompían y abrían la tierra para poder sembrar, pasaron al tractor. Dentro de estos también podrían estar los estudios arqueológicos sobre tecnologías líticas.

En el segundo nivel encontramos, entre otros, estudios como: “Continuidad y cambio: transición campesina en una parroquia gallega” de Raúl Iturra, “Transformación de la organización social de la producción en un ejido mejicano (1924-1981)” de Gail Mummert y “Transiciones en Sumatra: el capitalismo colonial y las teorías sobre la subsunción” de Ann Stoler. Siendo estos, parte del número 4 de la Revista Internacional de Ciencias Sociales (1987). El primero se realizó en Galicia, en el Noroeste de España entre 1975 y 1979. Este estudio establece como hipótesis que “la escasez de capital y otras presiones internas que

sufre la economía campesina dinamizan la conducta social en el proceso de buscar soluciones” (Iturra, 1987, p. 40). Lo cual, afirma el autor, da como resultado la inserción en una nueva dinámica productiva. Todo ello conlleva a una reestructuración de la vida social y económica, en donde los campesinos organizan sus relaciones de trabajo, concentran su patrimonio y ajustan sus relaciones familiares. Dichas dinámicas de cambio producen además un desplazamiento de la producción, desde el ámbito doméstico a un ámbito regional o local, que incluye nuevas oportunidades para los mercados agrícolas. Así, esa inserción en el mercado, en este caso en uno local, implica una reformulación de las relaciones sociales, las relaciones de trabajo y las dinámicas productivas, en general.

El segundo estudio, se realizó en un valle lacustre del Estado de Michoacán, en el centro-oeste de Méjico, donde se encuentra un ejido de Naranja de Tapia en 1981. Este estudio analiza la multiplicidad de formas de organización social de la producción que “van desde la explotación familiar de la parcela hasta el alquiler de la parcela, pasando por la contratación de mano de obra estacional, la aparcería, la explotación a destajo, la componenda monetaria con el propietario de un tractor e, incluso, la combinación de esta última forma con otra cualquiera” (Mummert, 1987, p. 81). Lo que el autor quiere demostrar es cómo la explotación familiar basada en las relaciones capitalistas de producción implica la alteración del tejido. Así, el campesinado tiene como principal objetivo asegurar la reproducción material y social de su familia y la proporción de la tierra, mediante las relaciones sociales de producción. No obstante, dicho objetivo está sufriendo transformaciones debido a las lógicas capitalistas que apuntan principalmente a la valorización del capital.

El último estudio (Stoler, 1987), realiza un análisis de la situación de los diferentes grupos étnicos ubicados al norte de Sumatra, en donde éstos se han visto afectados por la llegada de la industria. Para realizar dicho análisis, la autora no asume las teorías recurrentes como ‘la teoría de la dependencia’ y ‘los análisis de los sistemas mundiales’, sino lo que llama ‘la teoría sobre la subsunción’, remitiéndose al concepto de ‘subsunción de Marx’. Dicha teoría

analiza el proceso de incorporación capitalista a partir de los distintos grados de intensidad en su penetración y de los diferentes tipos de capitalismo que han surgido. En este caso, la autora se limita a analizar la incorporación del capitalismo en estas formas pre-capitalistas por medio de: el proceso de trabajo y las relaciones sociales en las cuales se reproduce la fuerza de trabajo.

En síntesis, estos estudios de caso se enfocan principalmente en el análisis de las consecuencias de la inserción de pequeños poblados en las lógicas capitalistas de la sociedad dominante. Cada uno de ellos enfatiza en la transformación de las dinámicas sociales, y en general, en el modo de vida como consecuencia de la reestructuración del sector productivo.

Más recientemente encontramos: “Modo de producción y modo de vida de la pesca artesanal en una caleta pesquera rural” (2001) de P. Quezada y B. Álvarez y “Modalidad y transición productiva en el contexto de la nueva ruralidad” (2015) de E. Cerón. El primero tiene como objetivo describir y explicar los cambios que atañen al modo de vida de un grupo pesquero del sur de Chile, cuyo modo de producción se ve interferido, con el fin de proponer una nueva forma de intervención. Es necesario resaltar dos conclusiones de esta investigación: inicialmente el concepto de como característica de la relación entre modos de vida y modos de producción, pues esto permite ver la intervención del Estado en las prácticas económicas más que como un simple cambio en el modo de producción como una transformación estructural que afecta cada uno de los ámbitos de la sociedad; y en segundo lugar, la necesidad de inclusión de los sujetos implicados, en este caso los pescadores artesanales, en la planeación y ejecución de las transiciones productivas.

El trabajo de Cerón (2015) analiza el cambio de las tendencias productivas de una localidad de México que inicialmente tuvo una fuerte predominancia de las actividades agropecuarias y que actualmente ha diversificado sus prácticas económicas debido a un fuerte proceso de urbanización. Lo más importante de esta investigación es que permite ejemplificar, a partir del estudio de caso de Santa Bárbara, las consecuencias que tiene el proceso de

urbanización en las sociedades rurales, pues al modificar las prácticas económicas modifica con ello el modo de ser, hacer y sentir, es decir, el modo de vida. Además, el autor le da gran relevancia a la explicación de las transiciones productivas desde sus condiciones materiales, históricas y sociales específicas, pues, según él, sólo partiendo de los principios específicos que rigen los fenómenos sociales a nivel local es posible explicar sus condiciones actuales y sus futuras adaptaciones sociales y económicas.

El último nivel concentra todas las investigaciones sobre la transformación productiva impulsadas por las presiones de organizaciones internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Cada una de estas organizaciones está interesada en el mejoramiento de la calidad de vida que, según ellos, sería el resultado del crecimiento económico y de la innovación social y cultural. Un ejemplo de ello, es el estudio económico más reciente que realizó la OCDE sobre Colombia (2019), en donde plantea que la productividad y el comercio son los motores del crecimiento económico; sin embargo, dado que Colombia ha presentado una disminución en el crecimiento en los últimos diez años, recomienda “continuar mejorando los niveles de vida [que] dependerá del aumento de la productividad, lo que a su vez exige una mejora de la regulación empresarial, un aumento de la competencia y una mayor apertura comercial” (p. 3).

A raíz de este y muchos otros estudios de organizaciones internacionales sobre la economía colombiana se han planteado varias reformas rurales y políticas públicas de transformación productiva que rara vez tienen en cuenta los diagnósticos de las zonas, dado que están enfocados en aumentar el crecimiento económico. Sumándole a esto el carácter homogeneizador de dichos estudios, pues al describir grandes regiones dejan de lado las características particulares, sociales e históricas, de pequeños asentamientos y/o comunidades. Siendo este el caso de San Félix, una zona fría del municipio de Salamina que, aunque tuvo una gran importancia histórica en la producción del departamento de Caldas y

aunque haya transitado por varias crisis sociales y económicas en las últimas décadas, pocas veces ha sido acogida como objeto de estudio por parte de las instituciones gubernamentales y la academia. Solo hay un estudio en la zona por parte de la antropóloga Sofía Lara (2012) que se encarga de caracterizar, social, política y culturalmente este corregimiento, enfatizando en su carácter como zona de postconflicto, y de develar algunas estrategias de resiliencia a partir de la relación que establecen sus habitantes entre el territorio y la memoria. Sin embargo, dicho estudio al enfocarse en las adaptaciones sociales de los sanfeleños ante un escenario de conflicto, toca sólo parcialmente 'lo económico', mostrándolo como un ámbito que se vio afectado por el conflicto, pero sin profundizar en las variaciones económicas y las transiciones productivas que fueron suscitadas por éste.

Los otros datos sobre el corregimiento se enmarcan en estudios históricos sobre el Departamento de Caldas, en donde resalta el libro de Tobasura (2003) 'Boyacenses en Caldas: una colonización silenciosa' en donde se habla de la colonización cundiboyacense en zonas frías y paramunas de Caldas y el Tolima. Tobasura describe allí los procesos de migración-colonización y las complejas dinámicas de apropiación del territorio, en donde entran en juego las transformaciones en las formas de explotación y producción de los suelos caldenses. Allí aparece San Félix como uno de los poblados que más fue afectado por la ola de migración de los cundiboyacenses, llegando incluso a afirmar que los cundiboyacenses reemplazaron a las familias de origen paisa que poblaban con anterioridad la región.

La investigación de Tobasura (2003) sobresale por la descripción de las relaciones sociales de producción y las diferentes formas de contratación que describe, pues allí ofrece una caracterización histórica de un modelo de producción agropecuario que oscilaba entre relaciones de producción precapitalistas y capitalistas; y que actualmente pueden encontrarse sus vestigios en las relaciones productivas que se dan en el corregimiento de San Félix. Dentro de estas formas de interacción en el proceso de producción sobresale la aparcería, los contratos a destajo y por tarea o unidad contratada. Sin embargo, el autor no se centra en los

procesos de transición productiva sino en los cambios económicos, sociales y culturales que fueron suscitados por la ola migratoria.

Gran parte de los estudios sobre transición productiva han tomado como foco las implicaciones posteriores que tiene dicho proceso, es decir, cuáles son las consecuencias de ese proceso de transición productiva en los sectores económicos y sociales de la población en cuestión. No obstante, esto no es lo que se realiza en esta investigación. Mi interés no recae en describir las consecuencias o implicaciones del proceso de transición. Al contrario, mi objetivo es el proceso de transición per se. Si se tiene en cuenta que cada fenómeno social está histórica, social y culturalmente determinado; se hace indispensable, y casi obligatorio, recurrir a su origen y a sus factores constitutivos específicos y contextuales para comprenderlo. Así, lo que se propone es ir a la génesis del proceso de transición productiva entre los años 80 y 2000 en el corregimiento de San Félix, y determinar, lo más acertadamente posible, los diferentes factores que conllevaron a su conformación y consolidación.

En concordancia con lo anterior, esta investigación intenta enfatizar en la necesidad de asumir nuevamente una perspectiva en el estudio de los procesos de transición, que esté enfocada en las particularidades históricas de su constitución, pues creemos que recurrir a la génesis de los procesos de transformación o cambio posibilitan una mejor comprensión de las prácticas sociales y económicas, y de su dinamismo inherente. Además de lo anterior, este proyecto intentará proponer líneas bases para los estudios de transición productiva que hagan honor a sus particularidades constitutivas.

Marco analítico

Para efectos de esta investigación asumimos entonces como unidad de observación el corregimiento de San Félix, Caldas. Un lugar olvidado por la academia y con muchos problemas sociales y económicos que han sido suscitados por una transformación productiva a 'saltos'. Y como unidad de análisis, la transición productiva, específicamente aquella por la que

ha pasado el corregimiento entre los años 80 y 2000. Para esto, iniciaremos primero con lo que entendemos por 'proceso de transición productiva', continuaremos con el desarrollo de la línea teórica y los conceptos asumidos para la unidad analítica.

Ahora bien ¿qué vamos a entender por 'proceso de transición'? Tomando como base al antropólogo Maurice Godelier (1987), asumimos el proceso de transición como

una fase particular de la evolución de una sociedad, la fase en la que ésta encuentra cada vez más dificultades, internas o externas, para reproducir las relaciones económicas y sociales sobre las que reposa y que le dan una lógica de funcionamiento y de evolución específica y en la que, al mismo tiempo, aparecen nuevas relaciones económicas y sociales que van, con mayor o menor rapidez, con mayor o menor violencia, a generalizarse y convertirse en las condiciones de funcionamiento de una nueva sociedad (p. 5).

Así, el proceso de transición se entendería como una fase de cambio y/o transformación por el que transcurre una sociedad, desde una formación socioeconómica específica a otra totalmente distinta. Para nuestro caso, dicho término deberá acotarse aún más, pues no haremos referencia a un proceso de transición general, sino que nos enfocaremos en el ámbito económico, es decir, en 'el proceso de transición productiva'. El cual, en términos generales, entenderemos como la fase ambigua por la que transita una sociedad-en términos económicos-, en donde los procesos de producción, las relaciones productivas y los diferentes ámbitos asociados a éste se encuentran en conflicto por la confluencia de factores contradictorios. La importancia, según este autor, del análisis de la transición se encuentra en que constituye un momento en donde "modos de producción, modos de pensamiento, modos de actuación individual o colectiva se ven confrontados a límites, internos o externos, y comienzan a agrietarse (...) a riesgo de vegetar (...) [o de] extenderse [hacia] (...) otros modos de producir, de pensar y de actuar" (Godelier, 1987, p. 5). Lo que es necesario resaltar aquí, es que estos procesos de transición no implican solamente la transformación de un ámbito específico de la

sociedad, sino que, considerándola como una totalidad, impregna todos los ámbitos de ésta; los cuales, para nuestro caso se resumen en: modos de vida y formaciones sociales-o de forma general 'modelos de producción'-.

Como hemos argumentado con anterioridad, uno de los estudios que mejor caracteriza la transición productiva es el de Quezada y Álvarez (2001) dado que permite ver dicha transición como un proceso que genera cambios que van más allá de simples variaciones circunstanciales, pues no es sólo una acción focalizada que afecta las formas en que se producen bienes dentro de una sociedad, sino que transforma, paralelamente, las formas de ser y sentir de esa sociedad. Por ello, Quezada y Álvarez (2001), desarrollaron el concepto de relación interretroactiva, pues les permite ver las interdependencias de las dos dimensiones que son afectadas por la transición productiva: modo de vida y formaciones sociales. Por lo cual, para nuestra investigación, asumimos como supuesto fundamental la relación interretroactiva entre el modo de vida y las formaciones sociales, teniendo en cuenta que metodológicamente son los dos elementos a través de los cuales podemos comprender el proceso de transición productiva. Dicho supuesto tiene su base en el materialismo histórico, pues allí las condiciones materiales son las que constriñen, y en cierta medida, configuran, las estructuras de pensamiento. Como bien lo expresa Marx (1970)

En la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e interdependientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio [Uberbau] jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social" (p. 35).

Así, no sólo adoptamos el concepto de Quezada & Álvarez (2001) sino también su posición teórica, es decir, el materialismo histórico, que como bien lo mencionamos

anteriormente, es el que mejor describe la relación entre los modos de producción y los modos de vida, y con ello es la que más herramientas teóricas y metodológicas aporta para entender la transición productiva, en sus distintas aristas. El otro supuesto que adoptaremos del materialismo histórico es la innegable producción y reproducción histórica de los fenómenos sociales, pues esto permite ver los fenómenos como el resultado de la confluencia de un conjunto de fuerzas o factores específicos y con ello, su carácter transitorio y no substancial.

Esto en relación a la transición productiva nos permite entenderla como el resultado de un conjunto de condiciones (políticas, socioculturales e históricos específicos) y no como un devenir concreto por el que necesariamente transitaría la sociedad. En el caso de Colombia, la transición productiva tuvo, dentro de sus principales factores causales, las orientaciones o nuevas tendencias de la política económica enfocadas hacia la “nueva agricultura”. La cual implicó cambios en la reasignación de los recursos de fomento para la agricultura y la remodelación de las instituciones y programas actuantes.

Esta tendencia hacia una nueva agricultura, promovida por entidades internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, sumado a una adopción deficiente de los modelos tecnológicos y a los altos índices de pobreza en las áreas rurales, además de condiciones climáticas alarmantes para el sector agrícola-como lo fue el fenómeno del niño-; fueron factores que se conjugaron para configurar el inicio y las etapas subsecuentes del proceso de transición económica. Precisamente la identificación y descripción de estos-y otros- factores constituirá uno de los objetivos del presente trabajo. Por ahora baste con los mencionados anteriormente.

Así, metodológicamente, entenderemos la transición productiva por medio de tres dimensiones analíticas: modo de vida, formaciones sociales y factores causales. Entendiendo que el modo de vida hace referencia “a la complejidad de las relaciones existentes entre los sujetos y su contexto (...) [dentro del cual interactúan] sujetos, las relaciones sociales que establecen y el modo en que producen y reproducen tales relaciones” (Quezada & Álvarez,

2001, p. 98). Asumimos como sus componentes: 'ser campesino', condiciones de vida y organización social y política. El primer componente, 'ser campesino', daría cuenta de esas "formas de pensamiento implicadas en la producción y la reproducción de las relaciones sociales (...) [así] cualquier relación de los hombres, entre ellos o con la naturaleza, conlleva siempre una parte «idéelle» (ideal) que juega un papel esencial en la producción y en la reproducción de esa relación" (Godelier, 1989, p.8). Todo ello, se sintetiza en disposiciones acerca del 'ser' y el 'hacer' como campesinos. Aquí, siguiendo la lógica de Godelier, no se va a realizar una separación radical entre realidades ideales y materiales, al contrario, tenemos como fundamento la interrelación que se dan entre ambas, pues es de su interdependencia que surge la vida social.

Este componente será percibido específicamente por medio de la relación entre campesinos, tierra y trabajo. Estos últimos conceptos, el trabajo y la tierra, como elementos materiales que sustentan el ideal del 'campesino'. Así, "(...) el vínculo con la tierra, con las semillas, con sus antepasados, con el lugar mismo, son elementos fundamentales de la persistencia campesina que configuran su identidad (...) Más que un modo de producción, el campesinado debe considerarse como un modo de vida" (Mora-Delgado, 2006, p. 55).

El segundo componente, las condiciones de vida, hace referencia al "nivel de calidad de los recursos materiales y de alojamiento del entorno físico en el cual vive la persona" (Salas, Garzón, 2013, p.40). Para lo cual vamos a recurrir específicamente a los indicadores de acceso a bienes y servicios, pues creemos que en ellos es posible ver las limitaciones que le impone el medio social a los campesinos.

El último componente, la organización social y política, será entendido como las relaciones sociales que se establecen entre un conjunto de individuos que tienen unos intereses colectivos y que pretenden lograr una meta común. Este componente será comprensible por medio de: las relaciones de parentesco, entendidas como relaciones específicas entre un grupo de personas unidos por lazos de sangre, y los modos de

participación social y política, entendido como formas de organización legitimadas socialmente que velan por los intereses de un grupo de personas.

El último concepto general, las formaciones sociales, como se mencionó anteriormente, serían esas configuraciones específicas de formas productivas dentro de un mismo modo de producción en un rango de tiempo específico. Este concepto estaría compuesto por: relaciones de producción, fuerzas productivas y estructura de la propiedad y usos productivos. El primer componente, las relaciones de producción, será entendido como las relaciones que se establecen entre las diferentes personas que hacen parte del proceso de producción, es decir, las relaciones que se dan entre los diferentes agentes productivos. Estos últimos, para nuestro caso, se clasifican en: dependientes e independientes. Los primeros son entendidos como aquellos agentes que carecen de capital y que sólo tienen su fuerza de trabajo, mientras que los segundos serían aquellos agentes que son propietarios de los medios de producción. Entre los primeros estarían los jornaleros, agregados o aparceros y en los segundos los terratenientes, comerciantes y transportadores. Esto sería visible por medio de las relaciones contractuales que se establecen entre los diferentes agentes productivos. El segundo componente, fuerzas productivas, será concebido como la conjunción de medios de producción y las fuerzas de trabajo que son utilizados para la producción de los distintos bienes necesarios para la sociedad. El primer elemento, los medios de producción, se consideran aquí como todos aquellos elementos que intervienen en el proceso de producción, es decir, las materias primas, la maquinaria, las herramientas, el capital, las unidades de producción-lugares en donde se realiza el proceso de producción- y la tierra, como unidad fundamental para la producción. El segundo elemento, fuerzas de trabajo, hace referencia a los hombres y mujeres que están inmersos en el proceso de producción, específicamente aquellos que producen los bienes por medio de diferentes herramientas tomando como base diferentes materias primas. En términos estadísticos, las fuerzas productivas son aquellas personas que conforman la población económicamente activa. El último componente de las formaciones sociales es, la

estructura de la propiedad y sus usos productivos, el primer concepto hace referencia a las formas jurídicas en que se es propietario de una tierra y los derechos y limitaciones que se derivan de esto; y el segundo, se entiende como las diferentes formas de explotación que se hacen de la tierra.

Ahora bien, ¿cómo se va a asumir y desde qué punto se va a tomar la transición productiva en San Félix? La transición productiva en San Félix será acotada partiendo del punto de quiebre de finales de los setenta e inicios de los ochenta, debido a la intervención de un conjunto de factores políticos, socioculturales e históricos específicos que hicieron posible el proceso de transformación del modelo de producción en el corregimiento de San Félix, Caldas. Este trabajo realiza una descripción histórica desde 1858, fundación del corregimiento, hasta los años 2000, fecha en la que es posible ver la consolidación de una forma híbrida de producción. En ese lapso de tiempo, nos centraremos en el análisis de tres décadas, comenzando en 1980 con el punto de quiebre. Identificamos factores clave, tales como la crisis agraria de principios de esa década, el proceso de 'Ajuste estructural', los efectos generados por la Revolución Verde de los años 70 y el desplazamiento de grandes terratenientes hacia las ciudades. En la década de 1990, observaremos el tránsito del proteccionismo a la apertura económica, el aumento del desempleo y la migración, sumado al conflicto armado que marcó el final de esta época e inicios del 2000. Este último periodo será destacado como el momento de descenso de la época de violencia a nivel local. Este punto permite situar históricamente el momento más conflictivo de la producción, al ser el momento de transición entre el mayor auge que tuvo el poblado -con el modelo de producción agrícola- y la más baja actividad económica de la región -con el modelo de producción pecuario-. Si bien es necesario aclarar que los momentos anteriores y posteriores al rango temporal elegido serán tomados como referencia para determinar y caracterizar los factores causales y las implicaciones de este proceso en el modo de vida y en las formaciones sociales. Por esto, determinamos como objetivo de la investigación la caracterización del proceso de transición productiva del corregimiento de San

Félix, Caldas entre 1980 y el 2000. Teniendo como supuesto principal la relación interretroactiva entre modo de vida y formaciones sociales, siendo estas las variables a partir de las cuales se pueden ver esas transformaciones. Y como supuesto secundario, el carácter histórico y particular del proceso de transición productiva.

Diseño metodológico

El diseño metodológico de esta investigación adopta una perspectiva mixta con el objetivo de caracterizar el proceso de transición productiva, centrándose en el corregimiento de San Félix, Caldas. Se llevaron a cabo tres acciones principales para lograr este propósito, sin embargo, es importante señalar que estos pasos metodológicos no se desarrollaron de manera lineal, sino que se entrelazaron y complementaron a lo largo del proceso de investigación, permitiendo consolidar un panorama general desde diferentes perspectivas y técnicas.

En primer lugar, se optó por un enfoque genealógico que reconoce la naturaleza dinámica y contextualizada de la transición productiva. Este enfoque permitió analizar los diversos factores y relaciones que han dado forma al proceso de transición a lo largo del tiempo. A través de un análisis histórico y estadístico, se buscó identificar los cambios sociales, económicos y políticos que han influenciado la configuración de las estructuras productivas en el corregimiento de San Félix, Caldas. Esta fase del estudio proporciona un marco conceptual sólido para comprender las raíces y las trayectorias de la transición productiva en el contexto local y regional.

En segundo lugar, se llevó a cabo un análisis de las formaciones sociales presentes en el corregimiento, centrándose en las relaciones productivas como elemento central de estudio. Este análisis se basó en la identificación y descripción de las relaciones económicas entre los diferentes agentes productivos, así como en la exploración de los factores que influyen en la organización y funcionamiento de las unidades de producción. Mediante técnicas cualitativas como la observación participante y las entrevistas semiestructuradas, se pudo captar la

complejidad de las interacciones sociales y económicas que caracterizan el entramado productivo del corregimiento. Además, se realizó una exhaustiva revisión documental para comprender el fenómeno desde una perspectiva histórica, analizando documentos oficiales, archivos históricos y otros materiales que arrojaran luz sobre las dinámicas económicas y sociales que prevalecieron en el corregimiento durante el período de estudio. Estas técnicas cualitativas se utilizaron como una forma más cercana de comprensión de las relaciones productivas que se dieron en ese período, permitiendo una exploración detallada de las prácticas, valores y significados asociados con la actividad económica en la comunidad.

Por último, se abordó el modo de vida surgido durante la transición productiva a través de la historia oral como método de investigación histórica. Las entrevistas semiestructuradas se utilizaron como herramienta principal para recoger los testimonios y experiencias de las personas que han vivido y sido testigos del proceso de cambio en el corregimiento. Estas narrativas orales ofrecen una perspectiva única sobre cómo la transición productiva ha impactado en las vidas cotidianas de los habitantes locales, permitiendo comprender las dimensiones sociales, culturales y emocionales del cambio económico.

Dentro del diseño metodológico de esta investigación, se contempla una fase cuantitativa que incluye la revisión estadística de diversos documentos, entre ellos los boletines estadísticos y los diagnósticos agropecuarios pertinentes al ámbito de estudio. A través de la revisión de estos documentos, se buscó identificar tendencias, patrones y variaciones en indicadores clave como la producción, los precios, la productividad y otros aspectos relevantes para comprender la dinámica del sector económico y sus impactos en el proceso de transición productiva local y regional.

En resumen, el desarrollo de la investigación permitió que todos estos aspectos, técnicas y métodos se intercalaran y complementaran, contribuyendo a consolidar un panorama general completo y enriquecedor sobre el proceso de transición productiva en el corregimiento de San Félix, Caldas.

Estructura

Este trabajo está estructurado en cinco capítulos que exploran los diversos factores que moldean el proceso de transición productiva en San Félix, Caldas. La narrativa se desplaza entre el pasado y el presente, entre los eventos documentados en libros y las experiencias compartidas por los protagonistas locales. Aunque el enfoque principal es el análisis del proceso de "transición productiva", la comprensión de este fenómeno se fundamenta en las historias de las personas, los animales y las tierras que han sido testigos y protagonistas de estos cambios. De esta manera, se reconoce que el proceso de transición productiva está intrínsecamente vinculado a las comunidades locales, cuyas vidas y vivencias han dado forma y vida a este cambio.

El primer capítulo ofrece una visión detallada de los primeros años de fundación del corregimiento, resaltando la influencia crucial de la migración y la actividad productiva inicial en la configuración del paisaje socioeconómico de San Félix. Dividido en dos secciones, abarca el período comprendido entre 1858 y 1950, desde la creación del corregimiento hasta la llegada de migrantes cundiboyacenses. Se examinan las contribuciones socioculturales, económicas y políticas, así como los cambios en la agricultura y la estructura de la propiedad de la tierra. En última instancia, se destaca la importancia de la migración en la consolidación de una economía local centrada en el cultivo de la papa, enriqueciendo la identidad comunitaria y estableciendo un ideal de trabajo basado en la "pujanza" y la "verraquera".

El segundo capítulo explora la transformación del modelo agrícola en San Félix, Caldas, dividiéndose en dos apartados. El primero, "Trabajando el terruño", analiza el cambio de la agricultura de papa a un modelo pecuario, destacando la bonanza papera y su impacto en la comunidad. El segundo apartado, "Merardo Peralta", relata la historia de vida de un migrante para ilustrar los efectos de las fluctuaciones económicas en las vidas rurales. El capítulo cierra resaltando el papel de los Misioneros de la Consolata y la transición hacia un modelo de

producción híbrido, anticipando la crisis agrícola de los años ochenta, tema del siguiente capítulo.

El tercer capítulo aborda los sucesos entre 1980-2000, destacando las afectaciones de las políticas de ajuste estructural en la crisis agraria de los ochenta. Examina los cambios en las dinámicas productivas y sociales, como el desplazamiento de terratenientes a ciudades, el cierre de la Caja Agraria y el desempleo. Destaca el apartado "La semilla cansada", cuenta algunas vidas en donde se ve cómo los campesinos boyacenses, las semillas y tierras antes productivas, se cansaron y dieron paso -junto a otros muchos factores- a un modelo híbrido de producción en el corregimiento centrado en la producción pecuaria. Este capítulo enfatiza en la inter-retroacción entre la forma de producción y el modo de vida, pues el tránsito del proteccionismo a la apertura económica, junto a los demás procesos que precedían el proceso de transición, generaron innegables transformaciones tanto en el ámbito económico como sociocultural y político.

El cuarto capítulo explora los efectos de la violencia que azotó al corregimiento a finales de los 1990 y principios del 2000. Se compone de un apartado titulado "¡Los mataron! ¡Los mataron! ¡Los mataron!", el cual analiza la manera en que la violencia influyó en las dinámicas sociales de los campesinos sanfeleños. Lo que generó, entre otras consecuencias, un éxodo masivo, un aumento del desempleo y la desestabilización tanto social como económica del corregimiento. En este capítulo se cuentan las consecuencias del conflicto en San Félix, sus efectos en la cotidianidad, en los modos de vida y la producción en la región. Resaltando allí el impacto significativo que tuvo en las actividades agropecuarias, llevando al abandono de tierras, al cierre de establecimientos comerciales y sumiendo a la localidad en una profunda crisis económica.

Finalmente, el capítulo quinto aborda las formas de trabajo en las que se ven inmersas las vidas campesinas en la Finca El Libaré, a partir de estas vidas y estas formas de trabajo se quiere hacer un acercamiento a lo que implica "ser campesino" en San Félix. Este capítulo se

compone en dos apartados “Como es que se trabaja” analiza las formas de trabajo diario y la conexión entre “ser campesino” y la vida en la finca y finaliza con el apartado “Entre surcos y tiempos cambiantes”, en donde se muestra como los desafíos constantes en San Félix, obligaron a la comunidad adaptarse y a estar en constante movimiento transformando sus conocimientos y formas de producción para hacer frente a las demandas de la vida rural contemporánea. Por último, enfatiza en la noción de “ser campesino en San Félix”, argumentando que es una forma de vida que se ha construido a través de la flexibilidad y la capacidad de ajuste ante los cambios que caracterizaron la vida rural en esta región, tanto la violencia como los cambios en las formas de producción fueron obstáculos que los campesinos sanfeños tuvieron que sobrellevar con diversas alternativas para mantener sus vidas en este lugar, esto es lo que se muestra a lo largo de los tres apartados y a lo largo de los capítulos, vidas campesinas y transformaciones diarias que le dieron forma al proceso de transición productiva del corregimiento.

Capítulo 1: los atascos en el paraíso del norte

No haga sino arrancar que partimos el jornal. Me dijo el señor José Carrillo, uno de mis maestros en el tajo. El día estaba clarito, se escuchaba el viento soplar. Era un día de esos que congelan las manos y que queman la piel; de esos que son propios de tierra fría. Los trabajadores de la finca habían iniciado su jornada muy temprano. Más arriba de la casa estaba el tajo donde cosechaban la papa, había unos ocho trabajadores que estaban arrancando una parte del papal que ya estaba listo, y ahí estaba yo sin saber qué hacer. ¿Les puedo ayudar? pregunté, mientras trataba de caminar por el tajo. La tierra estaba suelta y al caminar había que saber pisar en medio de los surcos o se corría el riesgo de hundirse y caerse. ¡Cuidado sale rodando y se aporrea!, me dijo Jesús. Ellos me miraban mientras preguntaban qué era lo que me llevaba a estar allí, les contesté que quería aprender a trabajar, saber cómo es que se cosecha la papa. ¡Hágale pues! me dijo José, mientras iba arrancando la mata con el gancho y me señalaba con su mirada, que esa papa no se iba a recoger sola, que le echará mano y comenzará a recogerla. Había que ir sacándola de dentro de la tierra e ir tirándola en el surco del centro, como él lo estaba haciendo. 'Mañana va a amanecer con las manos rajadas' dijo Jesús. ¿Por qué no se puso guantes? pregunto José, no sabía que había que usar guantes, 'acá casi todos usan guantes, dijo. Empecé a meter las manos entre la tierra para ir sacando las papas, estaba fría y húmeda, no sé si era la papa o la tierra, o ambas, pero tenerlas en las manos hacía que de una se congelaran. Tan frío que sentía que se me congelaban los huesos. Luego el frío es tanto que uno pasa a sentir calorcito. 'Eso es que se le están congelando las manos' decían mis maestros cuando les conté. Eso indica, según mis maestros, que a uno se le están quemando las manos. No es gratuito que ellos usarán guantes o que tuvieran la piel tan gruesa, el frío afina, enseña.

Así comienza mi trabajo con los habitantes de San Félix. Recuerdo que para el año 2022 mis intenciones de saber más sobre la historia de este corregimiento me llevaron a

indagar sobre sus orígenes y lo que fue su historia hasta ese momento. Empecé con la idea de trabajar con los campesinos en las fincas, aprender de ellos y sobre todo conocer sus historias de vida. Mi familia vivió durante años en este lugar, allí trabajaron, contrajeron matrimonio y tuvieron sus hijos. Ellos han sido mis primeros maestros. En la casa siempre se ha dicho que San Félix no es ni la sombra de lo que fue, ahora es un pueblo que denota soledad y tristeza. Pero aun así en los últimos años ha ido resurgiendo y el trabajo de sus habitantes lo ha llevado a que muchos quieran volver. Llegué a San Félix conociendo poco sobre sus antecedentes, lo poco que aprendí cuando viví allí y lo que se habla en la casa. Los primeros días me acerqué a los trabajadores de la finca en la que me hospedé y recorrí las calles intentando entablar conversación con las personas del pueblo. Visité familiares y conocidos y entendí que tal vez la forma de escribir la historia de San Félix era a través de sus habitantes, de los que permanecían en el lugar y de las personas que ya no están allí, pero que lo vieron crecer e hicieron parte de su historia; aquellos que hicieron parte de esos períodos tanto de precariedad como de bonanza y aquellos que dejaron una breve historia en algunas páginas de lo que fue su nacimiento, sus primeros habitantes y los cambios a los que fue sometido.

La ocupación de esta zona, inicialmente, obedeció al proceso histórico que ocurrió principalmente a finales del siglo XIX y principios del siglo XX por la colonización antioqueña. Antes de esa época, la región del norte de Caldas era habitada principalmente por comunidades indígenas, como los Pícaras y los Pozos. La primera migración a este lugar fue por parte de colonos antioqueños a finales del siglo XIX, se caracterizó por la migración de numerosas familias provenientes del departamento de Antioquia en busca de nuevas tierras para la producción agrícola. En un segundo momento, a inicios del siglo XX, la región fue clave para el establecimiento de una colonización que se dio por migrantes provenientes del centro del país, de los departamentos de Cundinamarca y Boyacá. Las historias contadas por sus habitantes son las que componen este capítulo. Sin pretender ahondar en la enorme complejidad de su historia, se cuentan los relatos de vida de las personas, centrados en

aspectos que abarcan los objetivos de este trabajo. Lo que viví, sentí y oí de mi familia, la señora Floralba Osorio, el señor Enrique Londoño, Jesús Castellanos, José Carrillo, Batista Castro y demás habitantes del corregimiento le dan forma.

Este capítulo se compone de dos apartados que narran los sucesos ocurridos entre 1858 y 1950. El primer apartado, “Abriendo caminos: de tupidas montañas a campos de trigo”, aborda el proceso de conformación del corregimiento, los lugares de origen de los primeros migrantes, las causas de dicha migración, las primeras herramientas de trabajo y las relaciones de trabajo suscitadas en el ámbito familiar. Con ello, presentamos algunos de los factores que enuncian la conformación del corregimiento y posibilitaron sentar las bases para una forma de producción y un modo de vida específico. El segundo apartado, “Una migración silenciosa que abrió las puertas al cambio”, aborda el segundo asentamiento, en este caso de migrantes cundiboyacenses. Lo cual trajo nuevas contribuciones socioculturales, económicas y políticas, materializadas en la siembra de la semilla de la papa, las relaciones de trabajo, la inclusión de nuevas herramientas de trabajo, cambios en la estructura de la propiedad y en los usos de la tierra. Lo cual dio paso a la ampliación de los productos a cultivar, teniendo como cultivo principal la papa y como secundarios, la cebada, el trigo y el maíz. Esto impulsó nuevas formas de producción agrícola que conllevaron cambios en las dinámicas de vida, el fortalecimiento de lazos comunitarios y el establecimiento de bases para una economía local.

Abriendo caminos: de tupidas montañas a campos de trigo

Eran las 4 de la tarde cuando llegamos a la casa de la señora Floralba Osorio. Durante el camino Claudia iba nombrando a todas las personas a las que podíamos ir a visitar para conocer cómo era el pueblo en aquellos años. Después de visitar a algunos de ellos, y ante su negativa, resultamos visitando a la señora Floralba. Que según nos contaron, ha sido una líder y sabedora de la historia de San Félix. Conoce muchos de sus acontecimientos y hasta los

mismos estudiantes del colegio del pueblo recurren a ella para hacer las tareas que tengan que ver con la historia del pueblo.

Al llegar a su casa, después del recorrido de 15 minutos de la finca al pueblo y pasar por calles hasta llegar a la plaza del pueblo, la vimos asomada en la ventana, solo se podía entrever su rostro. Tendrá unos ochenta años o más, su piel deja ver las arrugas que han llegado con los años, su cabello largo y canoso sostenido por una cola, abrigada con saco de lana y vestido de lana que le llegaba hasta la pantorrilla donde se cruzaba con medias largas para el frío. Su rostro se veía cansado, ojos hundidos, mirada fija y piel morena. Nos presentamos y le hicimos saber que nuestra visita tenía como objetivo conversar sobre la vida del pueblo años atrás, cuando llegaron los migrantes que le dieron forma y la vida que se llevó después de ello. “Entren por favor, vengan les cuento como es que era la cosa”, dijo doña Floralba, dando la vuelta y dirigiéndose a la puerta.

Al verla recordé cuando compraba manzanitas a 20 pesos en la tienda que ella tenía. Recuerdo haberla percibido como una mujer seria, fuerte, de contextura alta, de buen porte y muy trabajadora, el que pasaba por su tienda la podía ver volteando todo el día, moviéndose entre los bultos de las remesas de los campesinos. Fue un gran contraste verla ahora con tantos años encima y con la lentitud y quietud que implica la vejez. Entramos a su casa, la seguimos a través del pasillo, en el que se dejaban entrever el ladrillo y la tapia que le da forma a la casa, a medida que íbamos caminando se escuchaban chirriar las tablas de madera del piso. Pasamos la segunda puerta y al lado izquierdo hay un cuadro que llama mi atención por un instante, continuamos y podemos ver el interior de la casa, en el centro está el patio rodeado de una chambrana que separa el corredor de las habitaciones de la casa, de la chambrana se desprenden materos con sus flores veraneras de diferentes colores.

Comenzamos la conversación con asuntos triviales, agradeciéndole en cada momento su disposición para contar la vida del pueblo del que se muestra totalmente orgullosa. Antes de seguir, doña Floralba hace una pausa y dice: “primero venga les enseñe este cuadro que

tejimos para la celebración de los 150 años en el 2008”, resaltando allí una expresión de alegría y nostalgia en su rostro. Bien recuerda, teniendo como objeto de remembranza el cuadro, que la fundación del pueblo se dio en febrero del año 1858. Varios recuerdos se entrelazan con los tejidos y toman partes del cuadro. Entre ellos, los primeros cultivos que se sembraron. Con su voz un poco entrecortada y navegando entre sus recuerdos dice: “este es un cuadro tejido en honor a los campesinos y un reconocimiento que le hice a mi padre cuando trabajó como panadero”. Nosotras mirábamos detenidamente el cuadro e intentábamos formarnos una idea de la historia que resguardaba. En su parte superior resaltaba un grabado en letras grades de color verde ‘*San Félix, 1858-2008 150 años*’ seguido, estaba la imagen de un panadero, un horno y una mesa. Más abajo, en la parte inferior, están las imágenes de las espigas de trigo y la cebada, entre una gama de colores amarillosos y cafés. Hacia la esquina derecha de la parte inferior, están tejidas dos personas, campesinos, recogiendo la cosecha. Los dibujos están bordados sobre tela y con la técnica de punto de cruz. Cuenta la señora Floralba que fueron tejidos y luego enmarcados en el cuadro de madera para preservarlos de mejor forma.

Ilustración 1

Cuadro tejido en homenaje a los 150 años.



Nota. Fotografía, trabajo de campo. Leidy Johana Peralta (2022).

Se interrumpe nuestra percepción y concentración en el cuadro con la voz de doña Floralba invitándonos a pasar a la sala, “sigan por favor, siéntense mientras yo traigo unas fotos y un libro que tengo guardadas que les puede servir”. Después de algunos minutos escuchándola mover y esculcar entre sus cosas, la vemos volver de la habitación cargando lo que parecía un álbum de fotos y un cuaderno. Se sienta y abre con un cuidado casi sagrado la primera página del álbum de fotos, allí se encontraba un manojito de fotos sueltas en formato a

blanco y negro. Coge la primera de ellas, la observa con detenimiento y casi parece acariciarla con sus ojos invadidos de nostalgia y alegría, para luego mostrárnosla mientras menciona que “antes eran cultivos de trigo, esto es por allá por la finca El Retiro, esto debe de ser más o menos los años 30, un cultivo de trigo”. A medida que van pasando las fotos, trata de recordar cada lugar que se muestra en ellas y resalta alguna anécdota que le da vida a su rostro.

Algunas retratan lugares específicos del pueblo: las escuelas, el colegio, el cementerio, el centro de salud, la casa cural, otras muestran zonas rurales del corregimiento, fincas aledañas o los establecimientos, cultivos de trigo y cultivos de papa. Tras observar con detenimiento las fotos sueltas del álbum pregunto ¿Y estas fotos hacen parte de su familia? “¡no!, estas fotos las recupere del archivo de la casa cural, todo esto iba para la basura, con este cuaderno donde el Padre Víctor llevaba las cuentas de la parroquia. Vea en este cuaderno el padre Víctor Menegón empezó a llevar las cuentas de la parroquia, contesta doña Floralba mientras va pasando las hojas del cuaderno, adornado, además, con imágenes de santos, que ahora hacen parte de su archivo fotográfico personal.

Ilustración 2

Cultivo de trigo en San Félix, 1930.



Nota. Archivo fotográfico de la señora Floralba Osorio, habitante del pueblo.

Doña Floralba conserva en su archivo personal datos de lo que ha sido el pueblo desde la llegada de los Misioneros de la Consolata desde los años cincuenta del siglo pasado, liderados por el Sacerdote Víctor Menegón; además de algunas imágenes que fue recolectando de manos de otros sanfeleños y documentos que recuperó de la Casa Cural. Doña Floralba recuerda la fundación del pueblo por las historias que le contaron sus antecesores a través de los años; haciendo referencia a la llegada de los colonos antioqueños desde el Municipio de Aguadas y algunos otros del Sur del departamento de Antioquia. Se remite a la llegada de estos y hace alusión a un caserío que fue inicialmente por donde se abrieron paso los campesinos que se comunicaban entre lo que conocemos hoy el sur de Antioquia y el Norte de Caldas. Comenta doña Floralba que en ese tiempo el caserío no pasaba de ser una “fondita” y unas 4 casitas en las que habitaron los primeros campesinos agricultores a quienes se les otorgó su pedazo de tierra. “Era más un lugar de paso para los arrieros que llegaban con sus muladas”. De la fundación del poblado de San Félix solo se tienen datos esporádicos, aquellos

contados en el libro *Risueña Holanda Caldense* (1958) y los que se cuentan entre los pobladores.

La constitución del poblado de San Félix se remonta a la época de la colonización antioqueña sobre el norte del departamento de Caldas. Colonos antioqueños que se habían establecido en los municipios de Sonsón, Aguadas, Pácora y Salamina decidieron abrirse paso por las tupidas montañas buscando nuevas oportunidades agrícolas y económicas a finales del siglo XIX. Numerosas familias campesinas se abrieron paso en busca de tierras productivas y baldíos que fueron adjudicados en su nombre para el desarrollo de la agricultura. Inicialmente la zona fue llamada Valles Altos de San Félix, en 1860 hombres capitaneados por Manuel Jaramillo, Isidro Mejía y Rafael Estrada emprendieron una excursión desde la cordillera central rumbo al oriente y fueron mostrando el asiento de las poblaciones de San Félix, Marulanda, Pensilvania, Manzanares. Conviniendo que Manuel Jaramillo y Ramón Cortes abrían caminos a San Félix abriendo camino para que familias se trasladaran a los nacientes caseríos. *Risueña Holanda Caldense* (1958). O como lo narra el Padre Jairo Carmona en Lara (2012),

En el proceso de colonización antioqueña que se dio a mediados y fines del siglo XIX los pobladores del norte de caldas (que por aquel entonces era Antioquia), venían huyendo de la crisis de otras regiones del departamento, a establecerse en una zona que para ellos era promisoría, fue así como muchos aguadeños (oriundos del Municipio de Aguadas Caldas) decidieron marchar a San Félix donde se les adjudicaron algunos terrenos con la única condición de que los poblaran, los cultivaran y no los vendieran en un periodo de por lo menos cinco años. Algunos empezaron a organizarse con dos o tres animales domésticos, una vaca, una marrana, cuatro gallinas, un caballo y muchas ganas de trabajar. Pronto se fue derribando monte y empezaron a aparecer los primeros claros en los cuales se hicieron chozas y a su alrededor algunos cultivos de maíz, después trigo y mucho más tarde hortalizas (p. 67).

Es preciso aclarar que la cita anterior responde a lo dicho por una persona que participó en la tesis de Sofía Lara (2012), sin embargo, el proceso de colonización no se dio en el siglo XIX como lo menciona él, sino a finales del siglo XVIII.

En la medida que estos se fueron abriendo camino, desmontando y sembrando sus cultivos fueron llegando a nuevas tierras fértiles y poblados que iban cobrando valor. En sus inicios el poblado de San Félix era lo más parecido a un caserío, la plaza y las calles que se trazaron eran mangas. “(...) Entré a San Félix en 1882, teniendo 4 años (...) encontré la plaza mayor, pura manga (...) había cuatro casitas (...) era más bien una fondita”. Rafael Valencia, citado en Risueña Holanda Caldense (1958) hace mención a la época en la que él llegó y recuerda que lo que sus padres Tomás Valencia y Mercedes Cardona tenían presente que los primeros que habían venido eran aguadeños, Manuel Jaramillo, Federico Jaramillo dueño del Libaré, actual vereda de San Félix; Isidro Mejía y Ramón Cortés quienes se habían abierto camino con bueyes desde Pensilvania; el señor Cosme Henao quien tenía un molino que para la época había mucha cosecha de trigo y otros tantos que ya estaban en el poblado (Risueña Holanda Caldense. 1958. p. 25). Resulta difícil confirmar esta información y establecer exactamente quienes fueron aquellos primeros pobladores. Más allá de los datos que nos aporta el libro Risueña Holanda Caldense, no se posee ningún otro tipo de información.

De la mano de la señora Floralba Osorio mientras nos enseñaba las fotografías nos contó que para los años treinta del siglo pasado en San Félix se sembraban cultivos de cebada, trigo y maíz que habían sido introducidos por sus primeros pobladores desde su llegada. A estos colonos que llegaron a establecerse en los Valles Altos de San Félix se les entregaron tierras con la obligación de construir cada uno una casa, cultivar los terrenos, no podrían venderlos, cambiarlos ni traspasarlos; pues en la certificación que se les hizo quedaban en la obligación de empezar a producir las tierras (Instituto Misiones Consolata, 1958). En sus inicios el poblado hacía parte de la concepción de Aguadas, y luego pasaría a ser parte de Salamina como fracción de este municipio desde el año de 1864, hasta el año de 1905-08-10 en el que

eleva su categoría a corregimiento de Salamina. Para el año de 1911 el poblado de San Félix no tenía claro el número de habitantes, según la parroquia se contaba con datos de 5430 niños bautizados en el corregimiento de San Félix, el corregimiento empezó a darse la importancia para inicios del siglo XX, las tierras estaban siendo pobladas rápidamente por caldenses y antioqueños, la descendencia de los colonos que se habían establecido había emprendido la siembra de las tierras. Su explotación agrícola se concentraba en la producción de cebada, trigo y maíz, y de la crianza de animales domésticos; la cría de ganado y cerdos para el sustento económico tanto en veredas de la zona alta- fría como la parte baja, hacía el municipio de Salamina.

Las formas de producción para estos años, como se menciona anteriormente, hacían parte de la producción de trigo, cebada y maíz cultivos que fueron traídos por los antioqueños que en sus inicios colonizaron estas tierras. Familias enteras eran las encargadas de la producción agrícola, los padres e hijos eran los encargados del trabajo en los molinos y los cultivos, molinos artesanales que eran construidos por el grupo familiar; las mujeres se encargaban de la casa, la siembra de huertas caseras y el cuidado de los animales para la manutención del hogar. Mi madre recuerda que: “en la casa cuando yo era soltera, mamá (mi abuela Josefina) siempre contaba que al ser familias tan numerosas los dueños de las fincas contrataban con el padre como el agregado de la finca y los hijos eran los trabajadores de estas. A los mayores les daban un pago, no era mucho, pero se les retribuía y los más jóvenes debían ir a trabajar con el padre como parte del quehacer diario” (Grajales. C. 2021). Es de anotar que, para la época, en Colombia la economía estaba basada en la producción cafetera y con ello la implementación de los métodos de contratación ligados a esta, de los más frecuentes se podían encontrar el pago en especie y una asignación salarial al agregado. Así mismo la organización de la producción y la fuerza de trabajo se basó en la aparcería: el aparcerero se encargaba de responder por parte de la producción de la gran hacienda, por lo general guardaba el 50% de la cosecha y el resto debía entregarlo al dueño de la hacienda. En

San Félix se sabe poco de las formas de contratación para esta época, las pocas familias que estaban establecidas en la zona habían adquirido sus tierras como parte de la titulación de tierras a cambio de que se establecieran y sembraran durante los años siguientes; además de la siembra de cultivos, también se centraban en la quema de carbón, el aserrado de madera y el desmonte para el uso de nuevos terrenos. utilizando herramientas rudimentarias incluidos los molinos y aserraderos artesanales.

El señor Enrique Londoño, actual corregidor de San Félix, al igual que doña Floralba, recuerda que los cultivos de cebada eran el fuerte económico para los campesinos: “la cebada la vendían para Manizales y Pereira, para la industria de la Cerveza, durante ese tiempo por donde usted mirara había cosecha de cebada, habían algunos molinos donde trillaban y sacaban por bultos para vender, pero eso fue acabando, los molinos se fueron acabando y los dueños de las fincas empezaron a vender a los boyacos” (Londoño, E. 2022). Según el Instituto Misiones Consolata, con el pasar de los años fueron desapareciendo primero los cultivos de trigo “(...) ya no había a quien vender el trigo: en Salamina creaban demasiados problemas analizando los puntos del grano, rebajando siempre más el precio así que ya no convenía continuar con estos cultivos (...) después la cebada reemplazaría el cultivo de trigo [pues] se creyó que con el despertar de los cultivos de la cebada se daría un nuevo empuje a los cultivos de trigo (...) pero la cebada no representaría la misma contribución que el trigo (p. 82). Para ese momento la producción de estos cultivos estaría en declive, las personas habían decidido dejar de ocuparse en estos y con la llegada de una segunda ola migratoria a la región algunos empezaron a vender sus tierras.

Doña Floralba Osorio recuerda que, hasta mediados y finales de los años 1940 todavía se veían algunos cultivos de cebada. Los caldenses que hacían presencia en estas tierras aún le apostaban a esta labor y fue en esa misma época que llegó una colonia de boyacenses y la economía del pueblo fue cambiando. Para ese entonces, los sanfeleños serían testigos del arribo de familias cundiboyacenses que llegaron con la idea de comprar y arrendar tierras para

su establecimiento. La llegada de esta colonización traería consigo un cambio en la parte cultural, económica y política del pueblo. Según Enrique Londoño “a raíz de la violencia política en el país, empieza a llegar aquí gente de Boyacá y Cundinamarca, y ellos son quienes van a enseñarnos a cultivar las papas porque los antioqueños que había acá no sabían sembrar papa y con ellos se vino una bonanza para el pueblo” (Londoño, E. 2022).

En San Félix la historia es contada por sus habitantes, quienes actúan como sujetos activos de la reconstrucción histórica del corregimiento. Sus percepciones, sentires y comprensiones acerca del proceso de conformación son fundamentales para la caracterización, pues son ellos quienes guardan en su memoria las historias y anécdotas que dan vida al pasado de San Félix. Los primeros años de fundación del corregimiento fueron claves para el establecimiento de la primera formación productiva que permitió nuevas dinámicas sociales como el uso del suelo, las relaciones de trabajo y la dinámica social, que luego sería la base para la forma de producción más exitosa del corregimiento.

Una migración silenciosa que abrió las puertas al cambio

Después de unos días en el pueblo concreté una cita con el señor Enrique Londoño en la corregiduría del pueblo. Al llegar a la corregiduría que está al lado de la Estación de Policía, don Enrique -actualmente el corregidor- me recibe amablemente; tomó asiento al lado de su escritorio, es una oficina pequeña, solo como para atender los casos que del pueblo. Me presento y le hago saber cuál era el objetivo de mi visita. “Claro que sí, yo me acuerdo de usted y toda su familia, paperos reconocidos de acá”. Don Enrique empieza por contarme que sus padres llegaron a mediados de los años cincuenta a la región con varios de sus hermanos pequeños. “Todos nosotros nos levantamos aquí, de los 12 hermanos que somos, yo soy el único que está acá (San Félix). La mayor parte de mi vida he vivido acá, me he ido por algunas temporadas, pero he regresado y aquí estoy”. Don Enrique un hombre de 60 años, sentado en

una de las sillas de su oficina empieza diciendo “a la gente de San Félix se le conoce como gente trabajadora, berraca, a esa gente que llegó mucho antes de que él naciera, a los boyacos, dice él, gente que vino y nos enseñó a trabajar”. Hace una pausa mientras trata de recordar lo que ha sido la vida en San Félix y vuelve y hace énfasis en lo que ha sido el pueblo después de la llegada de los cundiboyacenses y lo que trajo consigo, comienza diciendo:

Recuerdo la época de 1960 en la que San Félix era un pueblo pujante con cerca de 8.000 habitantes que se movía por el comercio de la papa (...) a mí me tocó de joven arriar mulas y todas esas fincas eran verdecitas de los cultivos de papa que se cosechaban por ese tiempo (...) en las fincas, además, de los cultivos estaban los que criaban los cerdos, las gallinas, los que tenían unas vaquitas y sacaban el queso para vender (...) eso acá los fines de semana el comercio se movía por todo lado (Londoño, E. 2022).

El señor Enrique recuerda el giro que dio la región con la llegada de la colonia cundiboyacense como un factor importante para el progreso económico de esta. Hasta mediados de la década 1940 San Félix se encontraba estancada, dice don Enrique, pero con el arribo de estas personas más o menos en 1945 el pueblo fue creciendo. Entre los años de 1930 a 1948, los antioqueños que se habían establecido mucho antes en estas tierras caldenses fueron testigos de una nueva colonización por parte de habitantes del altiplano cundiboyacense que se desplazaron entre los departamentos de Caldas y Tolima, llegando a establecerse en zonas frías del Líbano, Murillo, Páramo de Letras y Manizales. Don Enrique da paso a lo que fue el proceso de migración y la llegada de estos colonos a la región del Norte de Caldas, Salamina, San Félix y Marulanda. Recuerda que para esa época la violencia política en el país desató un movimiento migratorio, y le atribuye a este aspecto la llegada de los colonos al corregimiento. De esta memoria resalta el libro de Isaías Tobasura. Boyacenses en Caldas. Una Colonización Silenciosa (2003), en la que nos apoyaremos para describir el proceso y

asentamiento de la colonia cundiboyacense en el corregimiento de San Félix. Además de las historias contadas por las personas que vivieron este proceso.

Para esta época en Colombia, la crisis de los años 1930 y sus efectos en el mercado laboral y en las luchas agrarias habían generado un desplazamiento masivo de la población rural, dejando como resultado el abandono de tierras y, en algunos casos, en la pérdida de la propiedad por falta de uso, afectando la propiedad territorial. En este contexto, la afectación a la propiedad territorial surgió como consecuencia de la crisis económica, que forzó a los propietarios a ceder o desertar de sus posesiones territoriales. Esto condujo a una marcada concentración de tierras en manos de un grupo reducido de propietarios, lo cual tuvo un impacto negativo en las familias que previamente habían obtenido derechos legales sobre esas tierras. La desposesión territorial afectó no solo la estabilidad económica de estas familias, sino también su posición en la estructura de propiedad de la tierra. Los movimientos migratorios, la escasez de mano de obra imposibilitaba retener la fuerza de trabajo en las haciendas cafeteras que a su vez rompió con las relaciones sociales del régimen territorial. Colonos y arrendatarios se enfrentaban a los grandes terratenientes para poder sembrar café en sus propias parcelas lo que desató la luchas agrarias - lucha por la tierra - obligando al Estado a ponerle atención a la cuestión agraria que derivó en la Ley 200 de 1936, Ley sobre tierras (Machado, 1999, p. 245). La Gran Depresión de 1929 frenó el proceso de transformaciones, pero aceleró el proceso sobre la estructura agraria. El problema de acceso a la tierra, la monopolización de la propiedad, las formas de apropiación de las tierras baldías, la crisis de las haciendas cafeteras y la transición a un nuevo gobierno liberal con la llegada a la presidencia de Enrique Olaya Herrera en 1930, desataron enfrentamientos entre liberales y conservadores, situación que dio paso a una persecución política por parte de los conservadores que no se resignaban a haber perdido el poder después de una larga hegemonía conservadora.

Estos factores generaron movimientos migratorios con resonancia a lo largo y ancho del país; pobladores de la cordillera de los Andes fueron obligados a desplazarse a las zonas

planas del oriente y otros tantos migraron a zonas cafeteras en el centro del país. El debilitamiento del sector económico, la crisis del campo y la violencia política, fueron factores que llevaron a la crisis de los contratos de arrendamiento y aparcería que había dejado la ley de tierras de 1936 en Colombia, si bien, esta ley se promulgó con la noble intención de regular y mejorar la tenencia y explotación de tierras, tuvo consecuencias complejas en la realidad. A medida que se desarrolló, esta legislación propició un fenómeno de concentración de tierras en manos de grandes propietarios agrícolas, que, a menudo, alegaban derechos sobre tierras que previamente habían sido asignadas a colonos. Estas reclamaciones de propiedad desafiaron la noción de tierras de dominio público y generaron tensiones en la sociedad. En última instancia, se convirtió en un símbolo de las luchas por la tenencia de tierras en Colombia y tuvo un impacto duradero en la distribución de la propiedad territorial en el país. (Fajardo, D. 2014).

De los pocos documentos en los que se puede rastrear la historia de la llegada de estos colonos a tierras caldenses se encuentra el trabajo del profesor Isaías Tobasura Acuña, *Boyacenses en Caldas: Una colonización silenciosa* (2003). De acuerdo con este trabajo la mayoría de la gente provenía de Municipios de Chiquinquirá, Ráquira, Tinjacá, Saboyá, San Miguel, Sutamarchán y Pauna, pueblos que eran caracterizados por su alta densidad poblacional y una excesiva concentración de la tierra, lo que generaba un incremento en la demanda de esta frente a la productividad agrícola estancada (Tobasura, 2003, p. 71). Se cuenta además que:

Los que trabajaban acá llegaban a Boyacá bien vestidos, con peinilla y carriel, y nos invitaban a venimos, y uno sin conocer, se venía a sufrir, porque el trabajo aquí era muy duro. Nos veníamos para acá buscando el mismo clima y similares características de los suelos para la producción ojalá de los mismos cultivos. La gente se vino de allá porque aquí era montañas vírgenes y había mucha tierra libre donde cultivar, inclusive en las mismas goteras de Manizales, mientras allá todo estaba poblado. El trabajo de los primeros que vinieron fue derribar montaña, quemarla para producir carbón que

luego se vendía en Manizales, porque aquí la mayoría de los hogares cocinaban con carbón vegetal. Había que tumbar dos o tres cuadras, quemar esa madera o aserrarla para construir las viviendas, de esa forma quedaba el campo limpio para sembrar la papa (Entrevista Gonzalo González en Tobasura, 2003, p. 74).

Según Renzo Ramírez e Isaías Tobasura (2004), esta migración tuvo lugar por determinantes de orden social, económico y político, en los departamentos de Boyacá y Cundinamarca, para el caso de los cundiboyacenses, estos determinantes fueron de orden interno y externo como lo explican estos autores:

(...) El primer caso se evidencia el potencial demográfico, la escasa posibilidad de empleo, el empobrecimiento de la población, la pobreza productiva de las tierras y la concentración de la propiedad en el altiplano cundiboyacense. En el orden externo, resaltan las ofertas de empleo y el rico mercado laboral cafetero; los altos jornales que permitían el mejoramiento y bienestar social; el fácil acceso a tierras ricas y baratas en la cordillera central, espacios de idéntico ecosistema al de sus lugares de origen, y que permitían la continuación de una explotación agrícola tradicional -especialmente de tubérculos y cereales- y ganadería. Sin embargo, existió otro tipo de motivaciones, por ejemplo, la violencia intrafamiliar y escolar, la intolerancia política y los conflictos de orden social azuzados por métodos violentos (p. 240).

Las pésimas condiciones laborales en los campos boyacenses, la concentración de la tierra en pocos manos y la falta de garantías para adquirir terrenos, además de la adquisición de maquinaria para la explotación agrícola fue reduciendo la demanda en la mano de obra, esto ocasionó que muchos se vieran obligados a migrar con la idea de mejorar sus condiciones salariales abandonando sus lugares de origen. Por otro lado, la demanda de la mano de obra en la producción agrícola cafetera permitió la movilización de cientos de campesinos a la cordillera central causando efectos en los altos jornales que les permitió una mejor calidad de

vida. Las entrevistas realizadas por Tobasura (2003) dejan entrever la situación en la que se encontraban las personas:

Yo me vine de mi tierra porque allá se trabajaba mucho y se conseguía muy poco, a uno le pagaban por el día de trabajo 10 o 15 centavitos; aquí por la misma época trabajaba un día y le daban 30 o 35 centavos. El cambio era grande con respecto a lo económico. Se trabajaba duro, pero la plata se veía. Además, había trabajo para todos los días, mientras allá solo se conseguía por días. Claro que la alimentación allá sí era mejor o por lo menos más variada (p. 73).

O como lo narra, Hermanos Rivera, (Entrevista 1997, en Tobasura 2003):

En Chiquinquirá, mi pueblo, casi todas las fincas eran grandes propiedades y los dueños vivían en Bogotá o en el pueblo; era muy escaso el trabajo, porque ya comenzaban a trabajar las fincas con tractores y maquinaria. Lo que nos hizo dejar nuestra tierra fueron las aspiraciones de mejorar nuestra situación económica, y para ello teníamos como punto de apoyo un hermano que ya estaba establecido aquí y, además, otros parientes, como Pedro Rivera, Alfredo Rivera, y paisanos que, también, estaban aquí y les estaba yendo bien económicamente. A uno le llamaba la atención porque de allá se venían mal trajados y cuando regresaban ya iban bien vestidos y algunos llevaban buena plata [Entrevista a los hermanos Rivera (Víctor y Campo Elías), 1997].

Ramírez y Tobasura (2004) también hacen alusión a la violencia como factor de las motivaciones para que se diera el proceso de migración, incluyendo la violencia intrafamiliar, escolar y política que, para la época afectaba a la población por las condiciones de insalubridad y del duro trabajo físico, siendo los niños y las mujeres los más afectados. En las entrevistas realizadas y presentadas en su trabajo expone cómo los niños más pequeños eran quienes recibían la peor parte en los castigos y maltratos por parte de los adultos, padres o hermanos mayores, hasta el punto de salir huyendo de sus casas. Para ese momento los adolescentes,

sin haber cumplido una edad madura, ya habían aprendido las labores del campo y estaban listos para empezar una vida laboral. En las escuelas la violencia escolar también hacía presencia por parte de los maestros en complicidad de los padres, algo que generaba que los niños desertaran de las escuelas y se dedicaran al trabajo en el campo y en este caso, se vieran obligados a salir lejos de sus lugares de origen. De esta manera los colonos del Altiplano se desplazaron hasta encontrar un lugar semejante a su origen generando transformaciones en el uso del suelo, en las formas de organización social, económica y política de la zona en la que lograron establecerse.

El escritor Alfredo Molano hace referencia a esta migración en una nota para el periódico El Tiempo en la que menciona la importancia y contribución de esta colonización:

(...) Eran gentes oriundas de Boyacá, más exactamente de Chiquinquirá, Ráquira, Saboyá, Carmen de Carupa, Gachantivá, Puente Nacional; liberales que la policía chulavita y la cuadrilla de Efraín González –protegido por los dominicos– perseguían, maltrataban y asesinaban (...) Huían hacia el norte de Tolima –Santa Isabel, Murillo– y el nororiente de Caldas –Páramos de Letras y Herveo– para tumbar monte, hacer carbón y sembrar papa en haciendas. Llegaron como agregados de los terratenientes. Hicieron compañía con los propietarios para sembrar papa, trigo y cebada; les enseñaron a cultivar horizontalmente y de arriba para abajo. Las buenas cosechas atrajeron a otros parientes o paisanos de los recién llegados. La colonia boyacense creció con rapidez. Las compañías con los ricos terminaron en compras de tierra (...) Los boyacenses se enriquecieron con el cultivo de la papa y se adueñaron de su comercialización en Salamina y el norte de Caldas. Abrieron negocios en las plazas de mercado y ampliaron sus propiedades en San Félix (Molano, 2015).

De esta serie de procesos que tuvieron lugar en esta época - finales de los años 1940 - toma relevancia el momento de la llegada de los migrantes cundiboyacenses, puesto que como lo menciona don Enrique, *“con la llegada de los boyacos, llega la bonanza económica del*

pueblo". El arribo de estas personas generó en la región una mejora en las formas de producción y las condiciones de vida de los sanfeleños. El pueblo se encontraba en un estancamiento económico, los pobladores que permanecían se dedicaban a la siembra de cultivos de Cebada, Trigo y Maíz y a la cría de ganado, aunque en menor proporción. Desde ese entonces la población cundiboyacense sería responsable de enseñar el cultivo de la papa que marcaría la importancia de la colonización en el desarrollo social y económico del pueblo. Según Enrique Londoño (2022), los colonos antioqueños que habían aquí [San Félix] no sabían sembrar papa y cuando llegaron los boyacenses, *"ellos nos enseñaron a sembrar la papa y con ellos se abre la bonanza de la papa en San Félix"*. Con la llegada de la comunidad cundiboyacense, el corregimiento de San Félix, Caldas, comienza a transitar en una serie de acontecimientos que lo llevarían a un reconocimiento importante a nivel departamental y nacional por su producción papera y oferta laboral; el cultivo de papa sería, en adelante el motor económico de la comunidad y el responsable del auge económico de los años venideros. Las transformaciones del sector rural serían producto de un incremento en la producción y con ello un aumento en la población; la fuerza de trabajo aumentaba, los cundiboyacenses no pasaban desapercibidos, eran reconocidos por ser personas trabajadoras y entregadas. Con el arribo de estas familias boyacenses a San Félix que se dieron a la tarea de comprar y arrendar tierras, iban llegando más personas que venían en busca de empleo y mejores salarios.

Según Enrique Londoño (2022) los que iban llegando se iban empleando en la labor del desmonte, la quema de carbón y la adecuación de los suelos para la siembra de los cultivos de papa. Desmontar o desyerbar era el trabajo que se ofrecía inicialmente en las haciendas, derribar la montaña y quemarla para la venta de carbón en Manizales, el aserrado de la madera para la construcción de fincas campesinas para el establecimiento de los trabajadores. Cortar la maleza para dejar listo el terreno y empezar el arado. Los recién llegados trabajaban e iban consiguiendo sus ahorros para hacerse en compañía con los hacendados, mientras se les asignaba parcelas en las que podían sembrar los cultivos. Doña Floralba Osorio a finales de la

década de los años 1940, trabajaba en la tienda de su padre, un comerciante del pueblo, Manuel Osorio, ella recuerda que, ‘a la tienda llegaban boyacenses preguntando por las fincas en las que ofrecían empleo; mi papá les decía vayan a tal finca allá están necesitando trabajadores, entonces él los recomendaba sin conocerlos, ¡y claro! entonces ellos agradecidos volvían a la tienda a comprarle la remesa a mi papá’. Al mismo tiempo que se iban generando nuevas relaciones y lazos de confianza entre los pobladores. Los boyacenses se dieron a conocer con los comerciantes del pueblo y así mismo empezaron a utilizar los créditos para la compra de las remesas para los establecimientos y la alimentación de los trabajadores. Cuenta doña Floralba que: “A veces les iba mal en una cosecha y le decían: ¡Ay don Manuel! Espérenos que ya tenemos otra cosecha sembrada, que la patroncita nos va a ayudar y era la Virgen de Chiquinquirá (...) era la devoción fiel que tenían los boyacenses por la virgen de Chiquinquirá la que hacía que sus cosechas terminaran bien, y le pudieran pagar a papá” (Osorio, F. 2022).

Durante esta época, el sistema de contratación al que estaban ligados los campesinos que llegaron, era el de las relaciones establecidas entre propietario, establecido, codillero y jornalero¹. Anterior a los años cincuenta e inicios del siglo pasado, las formas de contratación estuvieron ligadas al pago en especie y una retribución salarial menor, ya que se les asignaba un terreno para que sembraran y de ello obtuvieron ganancias tanto para el hacendado como para el trabajador. En respuesta a estas formas de contratación surgió la propuesta de Reforma Agraria de 1936 en Colombia, lo que le permitió a los campesinos disminuir la contratación por aparcería y pasar a la formalización de la propiedad. En Caldas con la llegada de migrantes y el aumento en su población se empezó el establecimiento de los migrantes con el arrendamiento y adquisición de tierras, la titulación de baldíos y la ampliación en el plazo para la siembra. En la región la relación entre el “establecido” y propietario se daba a partir del suministro de la semilla y los insumos por parte del dueño de la tierra y la mano de obra la ponía el establecido

¹ La definición de estos roles u oficios se desarrollan en el siguiente apartado.

por medio de la contratación de jornaleros o la fuerza de trabajo familiar, mientras que los colonos iban teniendo acceso a las tierras; al codillero se le asignaba una parcela para cultivarla y cuando la producción estaba lista recibía la cuarta parte de las ganancias.

Durante los primeros años a la llegada de los boyacenses el pueblo fue consolidando el comercio, las tiendas de abarrotes, las bodegas de papa y las cantinas; las familias iban creciendo, las uniones matrimoniales entre boyacenses y caldenses iban generando un nuevo progreso económico que hacían posible el desarrollo de una nueva infraestructura en la región. A inicios de la década de 1950 la región dejaba la siembra de trigo y cebada, cultivos que habían sido hasta el momento el sustento económico, para darle paso a una economía basada en el cultivo de papa que había llegado y se estaba estableciendo con un prometedor despliegue de ganancias económicas.

Así fue como los colonos cundiboyacenses fueron poblando estas tierras. Una migración que fue motivada por la búsqueda de oportunidades económicas y la necesidad de escapar de la pobreza, la escasez de empleo y el problema de acceso a la tierra debido a factores determinantes como la violencia política de la década de 1930. Su llegada fue esencial para el establecimiento incipiente de una estructura de la propiedad de la tierra, que conllevó una disposición específica del espacio. Esto a través de la compra - titulación- de terrenos a los antioqueños y su posterior ampliación por medio del desmonte. Se resalta que la fuerza de trabajo durante este periodo estaba concentrada en el grupo familiar. Lo cual daría paso a la ampliación de oferta laboral y al aumento de la población, requerida para el desarrollo y el establecimiento posterior de la forma de producción centrada en el cultivo de papa. Finalmente, es necesario resaltar que con la llegada de estos migrantes se consolidó el ideal de trabajo basado en “la pujanza” y “la verraquera”, traído de la colonización antioqueña y fortalecido por los cundiboyacenses que también aportarían bases para el desarrollo económico y social del corregimiento. Esto será ampliado en el siguiente apartado, en donde se da cuenta de las implicaciones económicas específicas de esta colonización.

Capítulo 2: Senderos del cambio productivo en San Félix, Caldas

Mientras íbamos trabajando en el tajo empezamos a hablar de cómo era que se cosechaba la papa. ‘Lo que estamos haciendo ahora es bloquear, ya no se dice que se está arrancando sino bloqueando’ dijo José. Cada trabajador coge un bloque que está compuesto por tres surcos, se empieza desde la parte inferior del tajo, de abajo hacia arriba, por el surco del centro, se va arrancando la papa con el gancho y se la va dejando regada a medida que se va avanzando. Se termina el surco del centro y se empieza por el del lado derecho o izquierdo, según como se vaya adelantando. La papa se va tirando en el centro, donde ya está la otra regada, y así con el otro surco hasta completar el bloque.

¿Y ya no se usa el azadón? pregunté. ‘No, eso ya no se ve por acá, se usa este gancho², que es como una palita, es mejor con este, no se corta la papa, como es puntudito se levanta la tierra mejor, y no se daña tanto la papa’ dijo José. ¿Y acá en San Félix siempre se ha sembrado papa? pregunté. ‘Sí, pero ahora muy poquita, solo acá- haciendo referencia a la Hacienda Libaré- y por allá en el páramo hay otros muchachos que siembran en cantidad. Vea, esto hace 50 años estas tierras tenían más papas, había más cultivos y la ganadería era en menor proporción, es que estas tierras siempre han sido buenas para sembrar papa, solo que ya no hay gente que trabaje. Este pueblo era muy bueno, eso hace unos 50 o 60 años, el día domingo llegaban camiones a cargar papa, en ese tiempo sembraron mucha papa y había mucha gente por todo lado sembrando (...) ahora ya ni hay trabajadores, no hay quien siembre’ dijo Jesús Castellanos. ‘¡Sí! Ahora no es fácil sembrar papa, los insumos son carísimos, la inversión debe ser grande, y hay que tener buena suerte. Ahora en la región solo hay 2 fincas que siembra papa para sacar al mercado y la suerte está en

² Ver ilustración 3. Gancho que se usa para el arranque de la mata de papa, hasta entrados los años 2000 se utilizó el azadón, con la llegada de los Caucanos se empieza a utilizar los ganchos como herramienta.

poder sacar una cosecha sin problemas, y esperar que el precio este bueno para que deje alguna cosita', dice don Cesar Marín.

Jesús Castellanos, Batista Castro, José Carrillo, Cesar Marín y José Antonio Álvarez fueron mis maestros en el tajo durante mi estadía en San Félix. Algunos de ellos oriundos de Boyacá o descendientes de familias Cundiboyacenses, aún permanecen en el pueblo y dedican sus días al trabajo en la finca. Ellos vieron a San Félix crecer, aprendieron a cultivar la tierra, a manejar los animales, a crear fuertes relaciones comunales y a sobrellevar los buenos y malos tiempos de la cosecha. Estas son algunas de los asuntos que abarcan este capítulo. El primer apartado "Trabajando el terruño: entre manos, herramientas y relaciones", narra el posicionamiento de un modelo agrícola centrado en el cultivo de la papa y el asentamiento de la comunidad cundiboyacense; además del impacto que generó la llegada de los Misioneros de la Consolata. Esta época es reconocida por sus pobladores como "La bonanza papera", materializada en el aumento de la producción y con ello en la oferta de empleos, las relaciones contractuales y los cambios en las formas de organización. A partir de ello, mostraremos algunos factores que dieron paso a una reestructuración de las formas de producción, dejando atrás el modelo agrícola e iniciando la adaptación al modelo pecuario. El segundo apartado "Merardo Peralta" cuenta la historia de vida de un migrante boyacense resaltando la forma en la que fue aprendiendo a cultivar la papa, las relaciones de producción a las que se vio sometido, los tipos de herramientas allí usadas y la importancia que el auge papero tuvo en la región.

Ilustración 3

Herramientas de trabajo: Gancho y azadón.



Nota. A la izquierda gancho y a la derecha azadón. San Félix, Caldas. Leidy Johana Peralta (2022).

Trabajando el terruño: entre manos, herramientas y relaciones (1950-1980)

Para muchos de los que habían llegado a estas tierras sin nada o que habían invertido sus pocos ahorros, los años 1950 auguraban buenos tiempos. El asentamiento de pobladores cundiboyacenses en tierras sanfeleñas había dado paso al fortalecimiento de la economía del pueblo, la producción agrícola había pasado de concentrarse en la siembra de trigo y cebada a

la producción papera. Las proyecciones futuras de desarrollo en el corregimiento, junto a los cambios a nivel económico, le daban un nuevo aire a la región. Para esta época se establecía un contexto económico centrado en el cultivo de papa, el cual se estableció como la nueva fuente de ingresos de los pobladores locales y cambió las dinámicas del mercado local y regional. El tránsito entre cultivos agrícolas requería una gran cantidad de fuerza de trabajo, cambios en la estructura de la propiedad y los usos productivos del suelo, que llegaron con el asentamiento de la colonización cundiboyacense. Resulta difícil estimar la cantidad de migrantes que se asentaron en el corregimiento de San Félix debido a la falta de registros. Según Enrique Londoño (2022), para mediados de los años 1950 el crecimiento en la población fue considerable, puesto que era necesario gran cantidad de mano de obra para la siembra de cultivos de papa, “los boyacos llegaron acá y se dieron cuenta que todas las fincas eran buenas para la producción de papa y empezó a llegar mucha gente”. En adelante el cultivo de papa daría empleo a los cientos de personas que se establecieron en este lugar.

Para esta década, en el año de 1953, llegó a San Félix una congregación de religiosos - Los Misioneros de la Consolata -, que tenía como propósito la evangelización del pueblo. Esta congregación de religiosos, junto con la Arquidiócesis de Manizales, dieron paso a la construcción de un seminario que albergaría a la comunidad de los Misioneros de la Consolata, cuya tarea era trabajar en pro de la comunidad sanfeleña. El Padre Víctor Menegón, quien sería el Párroco y líder comunitario, encabezó varios de los proyectos con los que llegaría el desarrollo al pueblo. Su llegada fue determinante para el desarrollo del pueblo, evidenciada tanto en el nivel sociocultural, con los cambios en las dinámicas comunitarias, como en el nivel económico, con los cambios en infraestructura que permitieron una mejor distribución y organización de los productos cultivados.

Ilustración 4

Padre Víctor Menegón, antigua plaza de San Félix.



Nota. Archivo fotográfico de la señora Floralba Osorio, habitante del pueblo.

Tobasura (2003) hace mención a ello con la entrevista realizada al Padre Víctor Menegón en 1997, conocido líder del corregimiento de San Félix:

El Padre Víctor Menegón párroco de la Consolata, cuenta que en 1953 cuando llegó a San Félix: “el poblado tenía unos seiscientos habitantes. El vecindario era una zona de pastos, de grandes fincas ganaderas, donde poco se cultivaba; por ello había poco trabajo, y la pobreza era generalizada. Era necesario movilizar la población para darle trabajo, y cambiar la forma de explotación del suelo y las relaciones entre patronos y trabajadores. Mi tarea, en principio, fue tratar de convencer a los dueños de la tierra para que cedieran un poco a los agregados para que éstos pudieran trabajar. En eso

conocí a los Rivera y a los Hernández, quienes vivían en Manizales, pero eran oriundos de Boyacá. Les decía: ¿Cómo es posible que aquí no podamos orientar y organizar la gente para que cultive papa, trigo, o cebada? Sí - me respondían - pero aquí la gente no conoce esos cultivos, no sabe trabajar la tierra. Entonces les propuse traer gente de Boyacá y Cundinamarca, pues yo en mis tres años que llevaba en Colombia ya había volteado por Cundinamarca y Boyacá, residentes del páramo o parientes de éstos que vivieran aún en su tierra natal. Así poco a poco fueron llegando boyacenses y cundinamarqueses, y se fue cambiando el uso del suelo de ganadería extensiva para cultivos de papa, cebada y trigo. Creció tanto el pueblo que, cuando salí de allí en 1971, ya había unos 8.000 habitantes (Tobasura, 2003, p. 14).

Con la bonanza papera, la población aumentó de forma considerable. Y con ello, los festejos, tanto sociales como eclesiásticos. Muchos de estos, además de diversión y celebración, buscaban recolección de recursos o fuerza de trabajo para el mejoramiento del pueblo. Los Misioneros, en cabeza del párroco Víctor Menegón, eran quienes convocaban y congregaban a la comunidad para estos eventos. Durante la celebración de las fiestas patronales los campesinos ofrecían a San Isidro Labrador, patrono de los agricultores, lo mejor de las cosechas para agradecerle por la buena recolección. Estas ofrendas eran entregadas al sacerdote: papa, maíz, trigo, gallinas, pollos, cerdos, ovejoes, terneros, vacas; que después eran subastados entre los mismos campesinos para recoger fondos en pro de la ejecución de obras en el pueblo.

Recuerdo que esas fiestas eran buenísimas, los campesinos se preparaban para la celebración y eso se veía como gastaban plata en las cantinas bebiendo y con la familia. Con toda esa platica que recogía el Padre fueron construyendo la plaza principal, el colegio, la iglesia (porque antes la iglesia era de paja, pequeña y la reconstruyeron como es ahora) la casa cural, la galería, la escuela de niñas que lleva por nombre La Consolata. En el pueblo había varias fiestas: la celebración de la

Virgen del Carmen, la de la Virgen de la Inmaculada y la de San Pedro y otras que no recuerdo (...) la gente del campo se divertía mucho con estas celebraciones y en todas ellas el padre recaudaba fondos para los arreglos que le hacían al pueblo, con eso fue que fueron sacando el pueblito adelante (Peralta, M. 2021).

O como lo narra un habitante local del corregimiento en Lara (2012),

Las fiestas del ocho a la Virgen a la patrona de la iglesia, a la Inmaculada... Eso congregaba a toda la comunidad, y todos los días era una fiesta, los nueve días era una fiesta, fiesta, toda la gente sacaba su mejor gala para el 8 de diciembre, los almacenes se movían, el comercio en general eso se movía se traía la famosa, a mí nunca se me va a olvidar, banda de San Bartolo... Lo que había antiguamente los famosos pabellones, que eso era un desfile, cada procesión eso era un desfile, había unos pabellones extraordinarios con las ofrendas... ¡Llenos de billetes! Llenos de plata, ¡La re-plata! Eso sacaban unos estandartes unas cosas con cintas y eso los forraban con billetes de doscientos pesos, de esos verdes llenos, pero en forma, la ofrenda para la Virgen, póngale cualquier 20.000 o cuánto... ¿más? Yo me acuerdo de unos billetes verdes, que era un señor con un canasto lleno (p. 73).

La iniciativa de los misioneros y la contribución de la comunidad llevó al pueblo de San Félix a la construcción de grandes obras, por medio de la realización de convites que eran convocados por el Padre Víctor, en pocos años se había hecho un pueblo nuevo. Doña Floralba Osorio (2022) recuerda que durante la Vuelta a San Félix (evento deportivo) se reunían los campesinos en el pueblo y hacían sus apuestas por un posible ganador.

Yo era la que llevaba las cuentas de las apuestas, me acuerdo que para ese tiempo fue un corredor de Medellín, lo llamaban Cochise Rodríguez, y resulta que estábamos haciendo pues el parque y entonces el padre dijo "Voy a apostar por Cochise" y "no padre, Cochise apenas está empezando, hay más veteranos", "no, me sonó Cochise, me sonó Cochise" decía. Entonces en las etapas yo anotaba lo que apostaban y

ganaba la etapa y entonces todo eso era para el parque. Canastas de gaseosa, de cerveza, bultos de cemento, bultos de arena, en fin. Así se construyó el parque, las carreteras a las veredas, la construcción del acueducto, la construcción de algunos de los barrios del pueblo y la llegada de la energía eléctrica al pueblo también fue gracias al trabajo de los misioneros (...) el Padre Víctor era quien convocaba a la comunidad para que todos fueran aportando, los jornaleros entregaban a veces un jornal, los dueños de las fincas daban dinero en efectivo, lo mismo que los comerciantes; mi papá desde la tienda también le colaboró mucho al Padre Víctor y a todos acá en el pueblo y así entre todos y con la ayuda del Padre el pueblito fue cambiando (Osorio. F. 2022).

Además de los festejos religiosos, también recuerdan las ferias ganaderas en las que se sacaban los mejores ejemplares de las razas Normanda, Holstein, Dorham y los cruces, que fueron mejorando las razas de los bovinos. La región contaba con haciendas que albergaban centenares de reses que eran criadas para las ferias ganaderas que se celebraban mensualmente en el corregimiento. Según el Instituto de Misiones Consolata (1953), el último martes de cada mes en la plaza principal de San Félix rebosaban reses y ganaderos con motivo de las ferias, acudían negociantes de todos los municipios circundantes a proveerse de ganado gordo y de levante; eran por los menos unas 400 cabezas de ganado que entraban a la plaza mayor para esta feria ganadera (p. 84).

Cuenta mi madre -Cenobia Grajales- que,

un año se hizo el reinado de la papa, yo estaba muy joven, trabajaba en la finca el Retiro con su tío Merardo, recuerdo que a esas fiestas fue mucha gente a San Félix, las hicieron para recoger plata para la construcción del cementerio (...) estaba el reinado del pueblo y el reinado de la papa que era el de los campesinos, la reina del pueblo fue una muchacha Nubia Santafé y la reina de la papa fue Mercedes -no recuerdo el apellido-, en la plaza se hacían las casetas para la celebración, los

campesinos adornaron la caseta con collares de papa, hicieron adornos con el redrojo de la papa y a la reina le ponían collares de papa, cinturón de papa, todo era alusivo a la papa, y la muchacha que ganaba tenía que bailar toda la noche con los campesinos; en esa época había mucha gente, en las cantinas sólo se veía gente del campo tomando aguardiente, los tenderos y el comercio en general se beneficiaba del auge papero (...) es que San Félix ya no es nada de lo que fue hace muchos años (Grajales, C., 2022).

La llegada de los misioneros marcó un antes y un después en la vida de los sanfeleños, la comunidad en general recuerda que gracias al Padre Víctor Menegón el pueblo logró cambiar las condiciones de vida de sus habitantes; lo recuerdan en repetidas ocasiones por sus logros frente a la construcción de varios de los proyectos que aún se pueden ver en el pueblo; además por las enseñanzas y por el trabajo comunitario, se le conoce por la labor que desempeñaba, hay quienes le atribuyen el trabajo de médico, odontólogo, carpintero, agricultor y profesor. Se desplazaba a caballo por las fincas aledañas al pueblo para impartir la comunión, la bendición a los hogares y transmitir sus conocimientos con los campesinos. El representativo líder aún es recordado por los habitantes de San Félix durante la época de la bonanza papera y por el trabajo conjunto con las personas.

Para esta época resulta difícil estimar la cantidad de habitantes de la región. Según Tobasura (2003) “si el impacto de la migración boyacense se midiera por el número de migrantes, resultaría complicado estimarlo, debido a que no existen registros que den cuenta de la movilidad territorial de la población en la época” (p. 121). El despliegue que había generado esta migración en los departamentos de Caldas y Tolima fue de gran importancia en el poblamiento de estas zonas, pues la contribución de los boyacenses al departamento no pasaba desapercibida. Según este mismo autor una forma de medir la cantidad de boyacenses, era la proporción de trabajadores en los establecimientos o fincas.

En 1959, el Departamento de Caldas (...) tenía un área sembrada de papa de 5.581 hectáreas, de las cuales 593 eran explotaciones de más de cinco hectáreas. Asumiendo que la mayoría de estas fincas hubieran sido trabajadas por boyacenses el número podría superar las 20.000 personas (Tobasura, 2003, p. 122).

Para el caso de San Félix, "(...) en su mejor momento, tuvo unos 8.000 habitantes. Unos cinco o seis mil eran de Boyacá; no había finca donde no hubiera boyacenses", quienes llegaron y se dedicaron al cultivo de papa, llevando la economía del pueblo a su mejor momento y se veía materializada en el desarrollo del pueblo y el bienestar de sus habitantes. (Ver tabla 1).

De acuerdo con lo anterior, las relaciones de producción que se presentaban para la época era un sistema de aparcería, combinado con otras modalidades de contratación - contratos a destajo, por tarea o unidad contratada- (Tobasura, I. 2003). Para la época de la migración, la división del trabajo no era tan marcada, pues todos, hasta los dueños de la tierra, trabajaban en el corte. Los cosecheros del momento se desempeñaban como **agregados** o **establecidos**³, por un lado contrataban jornaleros para la siembra de la cosecha, obteniendo el pago semanal o a veces hasta el término de la cosecha; y por otro lado, estaban los trabajadores a contrato para tareas específicas como el desmonte, pica, fumiga y recolección; además de los arrieros que eran reconocidos por el trabajo con las muladas cargadas de papa que salían desde los establecimientos a las bodegas del pueblo; en la cosecha, se acordaba un precio por carga de papa recogida. Las mujeres eran contratadas en los establecimientos⁴ y se les conocía como "Guisanderas", tenían que hacer de comer hasta para 40 trabajadores, cuidar los animales domésticos (cerdos, gallinas) y criar los hijos. En un establecimiento de papa que albergaba a 40 trabajadores unos 30 eran de Boyacá. Dice mi tío Merardo que

³ Los agregados o establecidos son las personas que están a cargo de una propiedad rural (finca). Contratados directamente por los propietarios del predio. Llamados así por los campesinos de San Félix.

⁴ Los establecimientos o fincas son lugares en donde albergaba un gran número de trabajadores. Llamado así por los campesinos de la época.

“cuando eso el trabajo no era como en Boyacá que todo era plano y el terreno se preparaba con tractor o bueyes, en San Félix a los primeros boyacos que llegaron les tocó desmontar toda esa montaña virgen y como era tan quebrado el terreno, era más duro el trabajo” (Peralta, M. 2022). Aunque muchos de los migrantes fueron atraídos con la esperanza de cambiar sus condiciones de vida, al inicio no les fue fácil adaptarse. Se mantuvieron allí porque sabían que devolverse a Boyacá no era una opción, la situación allá era peor y sabían que en Caldas y Tolima había mucha tierra virgen que cultivar y mucho trabajo por hacer.

Durante los años 1960 se había logrado establecer un modelo económico basado en el cultivo de papa que representaba para los sanfeleños su fuente de ingresos. Las transformaciones del campesinado en San Félix, se habían consolidado gracias a la migración cundiboyacense que fue de gran importancia para el auge papero y económico de la región. Según Tobasura (2003),

El auge del cultivo de papa en Caldas está íntimamente relacionado con la migración de boyacenses y cundinamarqueses. La iniciativa de esto logró posicionar al departamento de Caldas como uno de los más importantes abastecedores del tubérculo en el país (p. 122).

Según este autor el cultivo de papa a mediados del siglo pasado generó que muchos boyacenses se dedicaran al fortalecimiento de este sector agrícola, pues la zona pasó de centrarse en el cultivo de trigo, cebada y maíz, al cultivo de papa que en adelante sería su plantación inicial. El periódico La Patria menciona que

(...) el cultivo de papa fue el segundo renglón agrícola en importancia económica, después del cultivo de café en el departamento de Caldas, por los aportes al PIB, generados por el consumo de insumos como fertilizantes pesticidas y por la generación de empleos directos e indirectos, en la siembra, manejo, recolección, transporte y venta” (La Patria. Fedepapa apoya Editorial de la Patria. Citado en Tobasura (2003. p. 123)).

La actividad agrícola en la región había crecido en comparación con años anteriores. El rendimiento del cultivo de papa por hectárea en el departamento de Caldas se duplicó entre 1934 y 1965 destacando no solo la importancia de la cantidad sino también de la calidad; en el año de 1965 el incremento del área cultivada supera las 12.000 hectáreas como se muestra en el siguiente cuadro:

Tabla 1.

Superficie cultivada y producción de papa en el departamento de Caldas, de 1934 a 1966

Año	Superficie sembrada Has.	Producción Ton.	Rendimiento Ton/Ha
1934	1479	8874	6.0
1959	5581	39322	7.09
1964	7562	-	-
1965	12618	142770	11.315
1966	7631	72304	9.475

Nota. Elaborado con base en información del Dane. La Agricultura en Colombia 1950-1972 y Antonio García. Geografía Económica de Caldas. 1936. Citado en Tobasura I. (2003. p. 123).

Para ese momento se consideraba a San Félix como uno de los grandes productores de papa del Departamento, tanto por la calidad como por la cantidad; eran hasta 200.000 cargas las que salían y se repartían fácilmente en ciudades como Medellín, Cali y Pereira, como afirma el Instituto de Misiones Consolata, citado en Tobasura (2003, p. 131). Era una región próspera, el cultivo de la papa era la principal fuente económica y el éxito de este cultivo se debía a los boyacenses. Así lo narra Manuel Carmona Llano en S. Lara (2012)

Vea hombre, yo era un “petacón” cuando vivíamos para el lado del Cañón pero recuerdo que por todo lado había cultivos grandes, y en los establecimientos trabajaban hasta cuarenta o cincuenta jornaleros; los hermanos míos, que eran mayores, arreaban mulas con mi papá y se madrugaban a las dos o tres de la mañana

para traer la mulada hasta las bodegas que aquí en el pueblo estaban por todas partes, la gran mayoría de locales –afirma señalando alrededor de la plaza- eran bodegas de papa, y no sólo aquí en el parque sino por las calles, es que pa´ mejor decir, en esa época aquí no había sino bodegas de papa y cantinas: las muladas eran grandísimas y esta plaza mantenía llena de animales cargados y como no era pavimentada, en invierno se formaban unos pantaneros los machos. Recuerdo también que mi papá hablaba de unos trabajaderos para el lado de Hojas Anchas, El Guayabo, El Páramo, El Paraíso y el Valle Alto, entre otros, vea hombre, todas las mangas que ahora se ven como arrugadas –con surcos fueron hace años cultivos de muchas cargas de sembradura (p. 71).

Para esta época un grupo de boyacenses había de gozar de los beneficios económicos que les dejaba las cosechas del cultivo de papa. Los dueños de fincas eran reconocidos, estaban: los Rivera, los Rodríguez, los Martínez, Horacio Sierra, Isauro González, Luis Higuera, los Pinilla, los Burgos, eran algunos de los propietarios de tierra. De las generaciones anteriores se recuerda a: Senón Valencia, Aristarco Amador, los Castellanos, los García, que fueron de los primeros boyacos que llegaron a San Félix y empezaron a traer gente de Boyacá y Cundinamarca (Peralta, M, 2021). Los paramunos -o boyacos, como se le conocía a la gente del páramo y en especial a los boyacenses- en su mayoría, eran los que trabajaban las tierras frías, se habían adaptado a la zona y eran quienes mejor sabían trabajar el cultivo de papa. Muchos habían llegado siendo muchachos solteros y se fueron estableciendo en estas tierras tras contraer matrimonio con las mujeres caldenses. Mi familia hizo parte de la generación de cultivadores de papa. Uno de ellos, mi tío Merardo, boyacense, fue quien accedió a contarnos su historia mientras compartimos recuerdos de aquel entonces.

Merardo Peralta

Era el año 1955 y el señor Merardo Peralta – mi tío – llegaba por primera vez a San Félix, traído por su hermano Silvio que llevaba algunos años allí. Mi tío, el menor de 5 hermanos, todos oriundos del municipio de Chiquinquirá-Boyacá, se había desplazado desde esta región del país hasta el departamento de Caldas para empezar a trabajar. Sus hermanos Israel y Querubín habían llegado primero al Páramo de Letras de Manizales y Silvio y Darío habían decidido ir un poco más allá, llegando a San Félix, una zona que ofrecía amplias oportunidades de empleo, según habían escuchado de algunos jornaleros viajeros:

Se decía *que* en este lugar había mucho trabajo, la cosecha de la papa estaba creciendo y estaban necesitando gente para trabajar. Yo llegué años después que *Darío* y Silvio, ellos ya estaban acá [San Félix]. Silvio fue quien me trajo a empezar a trabajar (Peralta, M, 2021).

Merardo llegó a San Félix a los 8 años, su madre había fallecido y sus hermanos mayores decidieron traerlo de Boyacá para que fuera aprendiendo los trabajos de la finca. Las pocas posibilidades de acceder a las tierras, la escasez de empleo que había en el altiplano cundiboyacense y la pobreza extrema en la región, había generado el desplazamiento de los hermanos Peralta a las tierras frías del departamento de Caldas. San Félix llevaba unos años siendo poblada por colonos cundiboyacenses, las buenas cosechas atrajeron a las personas, se corría la voz entre parientes y amigos que eran invitados a trabajar con la promesa de una gran oferta laboral en las haciendas y mejores salarios. “Llegamos a estas tierras sin nada, solo con la maleta con unos 4 trapitos, buscando una mejor estabilidad” (Peralta, M, 2021).

Llegó atraído por las promesas de un trabajo estable en la Finca El Retiro, propiedad del señor Isauro González, un boyacense que había llegado a San Félix a invertir sus pocos ahorros en una tierrita que luego se convertiría en uno de los establecimientos más grandes, albergando a más de 40 trabajadores, y uno de los mejores productores del cultivo de papa. Isauro llegó a la región, compró su tierra y empezó a abrirse camino, contrataba jornaleros para

desmontar, arar la tierra y sembrar la papa. Merardo por su corta edad, solo podían ofrecerle el empleo de “mandadero” de la finca.

Yo llegué a la finca de Isauro y me tocaba hacer los mandados, traer, llevar, hacer lo que me mandaran. Me levantaba a las 5 de la mañana a recoger la leña, había que barrer los patios y lo que el patrón me mandara. Cuando me mandaban al '**tajo**' donde los trabajadores, me sentaba a ver trabajar a los mayores, mientras ellos estaban picando el potrero yo me iba al lado de ellos para aprender más. Después de llevar 2 años de mandadero, le dije al patrón Isauro que quería salir a trabajar al '**corte**' pero cuando le dije, me dijo que no era posible; entonces me fui para la Finca La Sonrisa a trabajar con el señor Miguel Martínez, todavía de mandadero, pero me pagaba un poquito más (Peralta, M, 2021).

En San Félix, los boyacenses que traían unos cuantos ahorros compraron su pedazo de tierra, los demás arrendaban o trabajaban al contrato como jornaleros y codilleros. La gran mayoría llegó sin un solo peso, pero se fueron haciendo a sus ahorros.

Nosotros [Merardo y sus hermanos] trabajamos como jornaleros, desmontando, picando el potrero con azadón si era inclinado, o arando con los bueyes o las bestias (...) eso lo que había era trabajo (...) mucha gente llegó y compró esas fincas que eran sólo monte y empezaron a derribar toda esa montaña (Peralta, M, 2021).

La adquisición de tierras fue fácil, el capital comenzó a acumularse entre los boyacos con pesos encima y así la tierra fue concentrándose en unas cuantas familias; en San Félix Los Rivera, Los Rojas, Los Martínez entre otros, fueron de las familias que empezaron a adquirir cada vez más extensiones de tierra, iban comprando terrenos cerca a sus haciendas e iban ampliando sus cultivos, a la vez que se apoderaban de otras tantas. Al contrario de las pequeñas parcelas que habían sido adquiridas por pequeños campesinos y llevaban años trabajando para hacerse a su terreno (Peralta, M. 2021)

Merardo recuerda que los trabajadores del corte -jornaleros - en este tiempo se ganaban un sueldo de 150 centavos, mientras que él, como mandadero solo ganaba 50 centavos.

Cuando tenía 12 años le dije al patrón Miguel que ya podía trabajar al corte, quería ganar más como los otros trabajadores (...) durante los cuatros años siguientes que duré de mandadero aprendí a trabajar la tierra, a coger un azadón, me sentaba a mirar los mayores o me iba yendo al lado de ellos mientras picaban el potrero y así aprendí (...) me di cuenta que debía seguir a quienes sabían trabajar para aprender el oficio. Trabajar la tierra era poder generar más ingresos, ganarme la vida, aprender a cosechar y más adelante poder conseguir una tierrita. Empecé donde Miguel con la tarea de picar un potrero de hasta 10 metros cuadrados, quitando la maleza, desmontando para luego poder sembrar (...) a mí nadie me enseñó a sembrar papa, yo me puse al pie de los mayores y aprendí solo.

Recuerdo que, en los años 1970, su papá [Israel], Silvio y yo, trabajábamos en las fincas donde pagaban mejor, haciendo contratos de picar, aporcar y arrancar, a veces hacíamos unos codillitos que nos dejaban cualquier peso para vivir. En el pueblo había mucho comercio, las bodegas estaban llenas de papa, se movía mucha papa para Manizales, salían camiones llenos. Las cantinas del pueblo eran repletas de campesinos los fines de semana, en esos tiempos San Félix era lo mejor; había trabajadores que trabajaban al día, el patrón les pagaba los 6 días de la semana o había quienes se venían desde el viernes para el pueblo y les pagaban no más los 5 días. En ese entonces miija, los pesos que uno se ganaba muchas veces se los gastaba en aguardiente los fines de semana. En esa época estaban construyendo la galería y todo eso se llenaba de gente los fines de semana haciendo remesa para mandar con la lechera para la finca y vendiendo sus productos, habían fincas donde los campesinos tenían sus vaquitas que les daba para hacer queso y sacar, tenían

gallinas y recogían los huevos durante toda la semana y todo esto lo traían para vender en el comercio el fin de semana; así como habían épocas buenas, también había veces que se ponía horrible la situación, en un tiempo se puso jodido, eso hubo un invierno impresionante y la papa se puso baratísima, no había cómo trabajar. ¡Vea mija!, me acuerdo que hubo un año por allá entre 1967 y 1969, Silvio, Israel y yo trabajábamos en la finca las Jardineras, cerquita a Dantas. Su tío Silvio sembró un papal y lo administramos los 3 - Israel, Silvio y Merardo - cuando llegó la hora de arrancar para sacar la papa, toco dejarla ahí en los puestos. Para ese tiempo estaba baratísima la papa. ¡Se perdieron varias cosechas! Me acuerdo que hicimos los puestos, pusimos el toldo y todo para echar la papa, la arrancamos y toco dejarla ahí, no se pudo sacar, todo se perdió (Peralta, M, 2021).

En ciertos momentos a mi tío se le escapan sentimientos que intenta ocultar. Su mirada, su disposición corporal, su tono de voz anuncian cierta tristeza melancólica mientras susurra: “yo nunca estuve de buenas en las cosechas, siempre pasaba algo que no me dejaba conseguir nada”.

¡Vea mija! Esa cosecha no se pudo sacar porque esa finca era tan lejos que tocaba 2 jornadas de mulas: una que iba hasta arriba al Guayabo y de ahí otra hasta el pueblo, tocaba salir a las 6 de la mañana para poder llegar a las 5 o 6 de tarde al pueblo a pie. Cuando se perdía la cosecha, se perdía todo lo invertido. No solo los precios no daban para sacar la cosecha, sino súmele también el invierno; los caminos se volvían unos lodazales que las mulas se quedaban atrapadas y no pasaban, mejor dicho, ni con bueyes (...) en esa época hubo un invierno impresionante que no había por donde sacar la papa; de Valle Alto sacaban los bueyes con papa tratando de salvar algo de la cosecha.

Del Laurel 3 toldos seguidos se quitaron y se dejó la papa ahí arrumada para que se dañara y era una papa tan fina que a los 3 meses ni se había retoñado. Los

precios eran tan bajitos que el ripio y la pareja no se podían sacar, pero la gruesa, imagínese usted, 19 pesos, tampoco era nada y era mejor perder, no había precio y la mula no era capaz de salir por esos caminos, salía más caro el viaje que el precio de la papa. Sin embargo, el cultivo de papa se mantenía, había veces que las cosechas no generaban las ganancias que se esperaba, pero seguía siendo la principal fuente económica de la región. Cosechar papa no era fácil. En ese tiempo la variedad de papa que se sembraba en San Félix, era una papa que tomaba tiempo, entre 7 y 8 meses se estaba sacando la cosecha y mientras las tierras estuvieran a más altura, más se demoraba, cuando las tierras estaban más cerca al páramo, como por allá es más frío se demoraba casi los 9 meses para poder sacar una cosecha al mercado.

Las variedades de papa que por esa época sembrábamos los sanfeleños eran semillas traídas desde el Altiplano o el páramo de Manizales, eran reconocidas por su calidad, **la Salentuna y la Argentina**, dos clases de papas finas como las llamaban y que eran apetecidas a nivel nacional por su calidad, pero que tomaban tiempo para su cosecha. Tiempo que para los pequeños productores se convertía en pérdidas cuando las cosechas no rendían frutos. En ese entonces los productores de papa en su mayoría, manejaban abonos orgánicos y prácticas tradicionales de fertilización del suelo a base del estiércol del ganado, cáscaras de alimentos y la cal, esta última se la echamos a la tierra antes de sembrar para la acidez de la tierra y para que la mata creciera harto (Peralta, M, 2021).

Durante este periodo de 1960 a 1970, en San Félix la producción papera se había destacado por la cantidad y la calidad a nivel departamental, pero la implementación de nuevas tecnologías y factores externos empezaron a generar el decaimiento en el proceso de producción. Como lo señala Merardo, la época de lluvias, la inestabilidad de las vías y el bajo precio en la venta del producto fueron factores que afectaron a los productores de este tubérculo. Sumado a ello, la implementación de nuevas formas de producción en el sector

agropecuario a nivel nacional, con la llegada de la Revolución Verde en 1960, implicó dificultades a pequeños y medianos productores que requerían de una inversión significativa de capital para la producción. Quedando así en desventaja con los grandes productores. Don Merardo recuerda que la inversión en fertilizantes y pesticidas químicos para el cultivo generaba un mayor gasto “los insumos eran carísimos, entonces los costos en la producción aumentaron y ya no daba rentabilidad la cosecha de papa, tenía que estar muy de buenas para que la cosecha le dejara cualquier cosita” (Peralta, M, 2021).

Este movimiento de Revolución Verde tenía como objetivo el aumento en la producción agrícola. Por un lado, la introducción de tecnologías agrícolas modernas permitió el aumento de la producción y la eficiencia en el uso de los recursos, beneficiando a los productores más grandes y con mayor potencial productivo. Mientras que, por otro lado, los pequeños y medianos productores se vieron afectados por las dificultades que tuvieron para acceder a estas tecnologías modernas y competir con grandes productores, dejándolos vulnerables a las fluctuaciones de los precios y la competencia con otros productores. En este caso, las zonas periféricas de Caldas como San Félix, sufrieron las consecuencias de la introducción de estas tecnologías, pues las dificultades para acceder a estas dieron paso para que se empezara a pensar en un nuevo modelo de producción.

Don Merardo cuenta que en el año 1975 se casó con Orlanda Grajales (mi tía), tenía 27 años y en ese momento le resultó la coloca⁵ en la finca El Retiro, con el patrón Isauro González.

(...) allá duramos 8 años, en ese establecimiento se sembró mucha papa durante ese tiempo que estuve allá, pero también se perdió mucha. Los rendimientos eran cada vez menores, allá trabajé con Isauro por **Mitad**⁶ pero tuvimos mucha pérdida, durante

⁵ Coloca: hace referencia a un lugar determinado (finca) donde una persona o familia ha tomado posesión de esta.

⁶ ¿Y cómo es trabajar por mitad? “El dueño de la finca le otorga un terreno para cultivar, las semillas y los abonos; el establecido - agregado – lleva los trabajadores para picar, sembrar, aporcar y arrancar,

el tiempo que estuvimos allí no conseguimos nada. Los precios muy bajitos, el invierno y las escarchas quemaban los papales; el invierno no daba pie para sacar la cosecha, cuando no era la lluvia que desaparecía los caminos o los dejaba hechos unos lodazales que no había por donde pasar, era los veranos que en las madrugadas dejaba heladas que arrasaron con las maticas de papa que apenas y estaban creciendo, las hojas quedaban amarillas - quemadas - se perdía todo el trabajo y lo invertido hasta el momento (Peralta, M, 2021).

Merardo había trabajado como **jornalero**, arando, sembrando, abonando el terreno, a contrato aporcando y arrancando, escogiendo y empacando en el periodo final de la producción; siendo **codillero**, el patrón le asignaba una parcela de la finca, le entregaba un tope de cargas de semilla en préstamo, el trabajo va por cuenta del mismo y al momento de sacar la producción el dueño de la finca le corresponde el 50% de las cargas de papa de la producción, el 25% para el agregado o establecido y el 25% restante para el codillero. De ese 25% debía sacar las cargas de semilla que les haya entregado el dueño de la finca; además de pagar la cuarta parte de los abonos, el empaque, el flete de la mulada y si requiere de más mano de obra. Después de que se casó con Orlanda, empezó a recibir fincas como agregado, a manejar trabajadores y a trabajar en compañía con el patrón. Asumió cada uno de los roles de los agentes en las relaciones de producción; en su relato expresa como durante los años trabajando en la labor del cultivo de papa sus condiciones de vida mejoraron, pero cada vez era más difícil invertir en las cosechas

(...) eso a lo último era nada lo que le dejaba al trabajador, una cosecha se tiene que sacar en tiempo de buenos precios para que pueda dejar. A mí [Merardo] me fue más bien regular, saqué papas en mal tiempo, vendí papas a precios muy baratos (...) pero aun así mija, en ese tiempo producimos mucha papa por allá en San Félix (...) en el

además de darles la comida, la dormida y el pago y al momento de arrancar y sacar la cosecha les toca por mitad al patrón y al agregado y si se tiene codilleros es por porcentaje, según las cargas que se hayan sembrado.

establecimiento de Guayaquil con Noelio Rodríguez *sí* que se sacó papa, eso era por todo lado (Peralta, M, 2021).

A finales de la década de 1970 los propietarios de tierras empezaron a darse cuenta de que cosechar papa ya no estaba siendo un negocio rentable. Los altos costos en la producción y la manutención de los cultivos, el cambio climático, las deficiencias en las vías de comunicación por causas como el invierno, la baja de precios en el mercado y el aumento en el riesgo de enfermedades (polilla, gota, carranlil) fueron factores que intervinieron en la decisión de los hacendados para el detrimento en los cultivos. Asimismo, la competencia de mercados nacionales empezó a generar un declive en el comercio; la producción del cultivo de papa en San Félix, como dice don Merardo era de larga duración por su variedad y los campesinos de los departamentos de Antioquia, Cundinamarca, Boyacá y Pasto, empezaron a generar nuevas variedades de semillas del tubérculo que podían cosecharse en menos tiempo y a menor precio; esto, debido a la implementación de nuevas formas de producción, como el uso de semillas mejoradas, fertilizantes químicos y maquinaria moderna con la que pequeños agricultores como los sanfeleños no podían competir. Don Enrique Londoño (2022) recuerda, que para ese momento el mercado empezó a inundarse de este tubérculo

en Pasto empezaron a cosechar papa en forma, una papa más ligera en su producción, la Pastusa o Parda, esa variedad se cosecha a los 5 o 6 meses, tiene menor costo en los trabajadores, menos insumos, menos gastos. Al igual que en Antioquia, se empieza a producir una variedad llamada Capira y Tocarreña, también a menor tiempo (...) entonces el mercado de nosotros eran Manizales, Pereira, Medellín, y ya con estas variedades empiezan a llegar tractomulas con 600 o 700 bultos de papa cada semana lo que hizo que se mermará la producción de papa aquí (San Félix) (Londoño, E, 2022).

Sumado a esto, dice don Modesto Patiño (2022) “las cargas de papa que traían de estas partes eran más baratas, el bulto en ese tiempo, lo traían en 300 pesos por la cantidad

que transportaban, en cambio sacar un solo bulto desde acá de San Félix podía costar 1500 pesos”. Lo que empezó a generar la disminución en la compra y venta de la papa que se cosechaba en San Félix Caldas. Para esta época, estos factores fueron el detonante para que se empezara a pensar en un cambio en el modelo de producción, pues más adelante veremos cómo estos factores generaron una crisis agrícola a nivel nacional.

Con la inversión en nuevas tecnologías por parte de los grandes productores, la producción de papa en la década de 1970 en Colombia aumentó a nivel nacional. Según datos del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), la producción de papa en Colombia aumentó de 1,3 millones de toneladas en 1970 a 1,7 millones de toneladas en 1979. Este aumento en la producción se debió en gran parte a los programas del estado colombiano para el aumento en la agricultura y los cultivos. Aunque el aumento en la producción fue significativo para esta década, los cambios económicos a nivel nacional afectaron la producción de los pequeños productores, pues la inflación y la devaluación de la moneda colombiana en los años 1970 generaron efectos negativos para los campesinos productores de papa, en tanto los precios de los insumos aumentaban el precio de la papa decaía.

Ilustración 5

Toldo con cosecha de papa y arrieros sanfeleños años 1970.



Nota. Fotografía tomada de la página Facebook, 2019.

Los cosechadores de papa en San Félix que llevaban años sembrando y negociando con papa ya no veían una rentabilidad en este cultivo lo que dio paso a una apuesta importante en la producción de ganado de doble propósito. Don Merardo recuerda que durante la época de la bonanza papera en San Félix también se trabajaba en la producción de ganado, pero en menor proporción

(...) habían fincas en las que su principal fuente económica estaba en el cultivo de papa, pero también se tenía ganado para la lechería (...) cuando me case con Orlanda y recibimos la coloca en el Retiro, allá teníamos un ordeño de unas 20 vacas, de ese ordeño una parte de la leche que se sacaba era para hacer queso y vender en el pueblo, lo demás que se sacaba se vendía también en San Félix. En ese tiempo la que desempeñaba la labor del ordeño era Orlanda, era un ordeño manual, ella se levantaba a las 4 de la mañana y ordeñaba las vacas porque yo sí sabía ordeñar, pero la baquiana para eso era Orlanda (Peralta, M, 2021).

En San Félix los Boyacos sabían cultivar la papa, sabían de la cría de ganado, arrear muladas, negociar, pero las mujeres en muchos casos, además de desempeñar las tareas del hogar, eran quienes se encargaban del ordeño en las fincas. Dice mi madre María Cenobia que de sus 6 hermanas incluso ella, cuando contrajeron matrimonio, en las fincas que recibían sus esposos como agregados, casi siempre en sus labores estaba el ordeño y sus esposos se dedicaban al trabajo de la tierra en el tajo

a nosotras siempre nos tocó ese ordeño, a Consuelo, Amanda, Orlanda, Rocío y a mí [Cenobia] cuando vivimos en esas fincas siempre nos tocaba ordeñar, desde pequeñitas en la casa nos enseñaron a ordeñar, porque ni papá ni los hombres lo hacían [ordeñar] ellos trabajaban quemando carbón, incluso cuando se casaron las señoras eran las del ordeño en las fincas (Grajales. C, 2021).

Las mujeres en esta época desde muy pequeñas se empleaban en las haciendas como ayudantes de las señoras de la finca, de las mujeres que se unieron a la migración del altiplano se sabe que fueron traídas por parientes o amigos que vieron la oportunidad de emplearlas en las haciendas, muchas llegaron solas, otras con sus hijos quienes fueron creciendo y aprendiendo del cultivo de papa. En la casa de mis abuelos maternos, la familia Grajales Cortes descendientes de antioqueños y caldenses, 3 de sus hijas contrajeron matrimonio con Boyacenses en la década de 1970 quienes dedicaron su juventud al trabajo en las fincas, a cosechar papa y el manejo del ganado.

Cenobia recuerda que, a finales de la época de 1970, Merardo tenía la edad de 31 años, era un hombre de 1,70 m de altura, era el más bajo de sus hermanos, un hombre fuerte, con porte de campesino boyacense de ruana y sombrero; en su rostro se desbordan las patillas, en ellas se deja entrever las discretas arrugas que el paso del tiempo había dejado. Un hombre de delantal y mulera de lona, con una cubierta en su cintura donde portaba el machete. De sombrero, botas, camisa y saco para el frío. Así era como todos los campesinos se vestían en la finca para salir al corte. Todos con su radio colgado partían al tajo, unos sintonizando la

emisora en el noticiero, otros la música guasca y otros no se perdían las radionovelas del momento (Kalimán - Arandú). Los fines de semana eran para salir al pueblo, no faltaba la ruana, el sombrero y el zurriago; su atuendo mostraba sus raíces boyacenses, la ruana era una prenda usual de la región para protegerse del frío de la montaña, mientras que el sombrero los protegía del sol y el viento (Grajales, C, 2022).

Merardo fue un cosechador de papa de la finca La Cascada, en la vereda la Meseña, límites con Marulanda. La finca era de propiedad del patrón Noelio Rodríguez, allí vivió poco menos de 3 años, cuenta Merardo que:

Allá sí que cosechamos papa (...) unas tres cosechas sacamos mientras vivimos allá, trabajaba por Mitad con el patrón, había varios codilleros. Yo [Merardo] no me acuerdo cuantas cargas de papa se sacaron de allá. ¡Eso fue mucha! De las 3 cosechas que sembramos se sacó mucha papa, había varios codilleros y en ese tiempo fue buena la cosecha. Me acuerdo que el patrón Noelio tenía una mulada y el arriero era Julio Sierra y cuando arrancaba eso salían esas mulas cargadas con papa hasta la bodega de la Punta (...) también había lechería, unas 30 vacas de ordeño, tocaba sacar la leche a la bodega de la Punta a una hora de camino de la casa, nos tocaba levantarnos a las 2 de la mañana y a las 4 ya estábamos recogiendo las vacas para empezar a ordeñar, porque la leche tenía que estar en la bodega a las 8 de la mañana que llegaba la lechera (...) cuando eso ya estaba la empresa lechara en San Félix (...) se llamaba Leche San Félix y allá compraban toda la leche de las veredas (...) Ahí más arriba vivió Israel con su mamá, en la casa que era de la Meseña con Luis Adán González, pero esa finca la tenía recibida Víctor Rodríguez, allá su papá era codillero (Peralta, M, 2021).

¡Si! allá en la finca la Meseña también vivimos nosotros, dice mi madre [Cenobia]. Esa finca la tenía Víctor Rodríguez, nos llevaron a nosotros, a su papá [Israel Peralta] le dieron un codillito para sembrar como 7 cargas y a mí me tocaba

hacerles de comer a 18 trabajadores que habían cosechado papa, también había arriero, aserrador y un señor que quemaba carbón, me acuerdo que se llamaba Néstor Castillo y el aserrador era de apellido Morales. En ese tiempo eso por allá era muy bueno, había mucho trabajo y de ese codillo que sembró su papá [Israel] compramos la casita que teníamos en San Félix. (Grajales, C, 2021).

Considerando lo mencionado, en el periodo estimado (1950-1980) el pueblo había logrado un crecimiento en la economía local, el trabajo agrícola lograba solventar las necesidades básicas, las condiciones de vida de los pobladores habían mejorado en torno al acceso a los servicios básicos como la salud, la educación, el agua potable, la electrificación, pero la falta de una infraestructura adecuada para el transporte y la comunicación con el resto del país aún era precaria. Mientras que el pueblo lograba resurgir de la pobreza en tiempos de buena cosecha que vaticinaban logros a nivel nacional, Colombia dejaba atrás años de guerras que habían cobrado vidas, desplazamientos forzados y conflictos políticos que se apaciguaron. Con las reformas agrarias de 1960 y 1970 se dio paso a abordar las profundas desigualdades en la distribución de la tierra en el país. Estas reformas fueron impulsadas por la necesidad de combatir el latifundio y la concentración de la tierra en manos de unas pocas élites, así como por el deseo de mejorar las condiciones de vida de los campesinos y promover el desarrollo rural.

Ilustración 6

Toldo con papa recogida.



Nota. Finca La Cascada, Vereda La Meseña (Merardo Peralta y Dinael Peña, 1981).

Archivo fotográfico, familia Peralta Grajales.

Fajardo (2011) señala que durante el decenio de 1970 las políticas agrarias en Colombia marcaron la transformación de la “reforma agraria” al “desarrollo rural integral” reflejando un cambio en las estrategias y objetivos de las políticas gubernamentales en relación con el sector agrario y el desarrollo rural. La redistribución de la tierra había sido limitada y había sido superada por la titulación de baldíos, políticamente había surgido una amplia oposición al reparto agrario, Colombia había abandonado el problema de la tierra por presiones de los terratenientes cerrando la política de tierras con El Pacto de Chicoral de 1973, que puso fin a la ocupación de tierras por parte de campesinos sin tierra. Las políticas sectoriales habían pasado a enfocarse en el concepto de “desarrollo rural integrado” que tenía una visión más

amplia del desarrollo rural. Esta transformación había surgido en respuesta a los desequilibrios en el desarrollo regional, reconociendo la necesidad de abordar no sólo la distribución de la tierra, sino también otros aspectos como la infraestructura, la educación, la salud y la participación comunitaria en el desarrollo rural. San Félix no pasaba desapercibido, en sus inicios el otorgamiento de tierras se hizo a unas cuantas familias que conformaban grandes latifundios y que hasta ese momento habían logrado expandirse, logrando acaparar más extensiones de tierra, diferente a lo que se puede encontrar en zonas como Salamina, La Merced y otras zonas aledañas a la región donde se puede ver parcelaciones que corresponden a distintas familias.

Con las políticas sectoriales enfocadas a un desarrollo rural integrado, se logró la implementación de programas de atención médica primaria en las zonas rurales, con la construcción de centros de salud, brindando servicios de atención médica, vacunación, control de enfermedades y promoción de la higiene y el saneamiento; proyectos de mejoramiento y construcción de vivienda, asistencia técnica para que los campesinos pudieran mejorar sus viviendas y sus condiciones de habitabilidad. En términos de educación, se establecieron escuelas rurales y se promovió el acceso a la educación básica para los campesinos, permitiendo que los niños y jóvenes tuvieran acceso a la educación formal. Referente a la infraestructura, se realizaron inversiones en electrificación, sistemas de agua potable e inversiones en caminos rurales. Estos proyectos buscaban mejorar la conectividad de las zonas rurales, facilitar el acceso a servicios básicos y promover el desarrollo económico local y con ello el bienestar comunitario.

De esta forma la bonanza papera generó impactos significativos en el desarrollo económico y social de la región. El cultivo de papa se convirtió en la principal fuente de ingresos de la comunidad, así como un destino atractivo para migrantes en busca de empleo. La llegada de los Misioneros de la Consolata, el liderazgo del Padre Víctor Menegón en conjunto con la comunidad, fueron claves en la transformación del pueblo, llevando a cabo

importantes proyectos que mejorarían las condiciones de vida de la población. Sin embargo, a medida que avanzaba el tiempo, se observó una disminución en la producción de papa y de trabajadores en la región. Factores como el encarecimiento de los insumos agrícolas, la dificultad para obtener una cosecha exitosa, el clima, las dificultades en las vías de comunicación afectaron la rentabilidad de los cultivos. Finalmente, la introducción de nuevas tecnologías en el sector agrícola dejó en desventaja a los pequeños agricultores, que constituían la mayoría de la fuerza de trabajo en el corregimiento. Lo cual, junto a la competencia con otras regiones del país, llevaron al deterioro de la actividad. Por lo que se vieron obligados a empezar a apostarle a un modelo de producción híbrido. A pesar de los grandes impactos que generaron estos factores en este rango temporal, solo fue su inició. Sus verdaderos impactos se materializan en la crisis agrícola de los años ochenta. Lo cual se desarrollará en el siguiente capítulo.

Capítulo 3: Bonanza verde, el conflicto de un pueblo (1980-2000)

Ilustración 7

Cultivo de papa en San Félix.



Nota. Finca La Cascada, Vereda La Meseña (de derecha a izquierda, Merardo Peralta, Dinael Peña y Julio Sierra). Archivo fotográfico, familia Peralta Grajales.

En la década de 1970, América Latina se vio envuelta en un escenario económico de optimismo y promesas. Los países exportadores de petróleo, agrupados en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), experimentaron un auge sin precedentes. Los ingresos generados por la exportación de petróleo inundaban sus cuentas, creando un excedente de ahorro listo para ser invertido (Fernández, 2012).

Esta corriente de capital encontró su destino en América Latina, una región emergente con un potencial de crecimiento que despertaba el interés de los inversionistas globales. Grandes proyectos de infraestructura, modernización y desarrollo se materializaron gracias a la

llegada masiva de estos fondos. La formación bruta de capital fijo aumentó considerablemente, ofreciendo promesas de un futuro próspero.

Simultáneamente, el panorama internacional ofrecía condiciones financieras favorables. Los tipos de interés reales se mantenían bajos, e incluso en algunos momentos, alcanzaban terrenos negativos. Este entorno financiero incentivó a los países latinoamericanos a aprovechar la oportunidad, sumergiéndose en una espiral de endeudamiento para financiar aún más sus proyectos de desarrollo.

La confianza en un futuro de crecimiento continuo se arraigó en la proyección colectiva de América Latina. La euforia del desarrollo permeaba las decisiones de inversión y las políticas económicas, creando un ciclo de expansión impulsado por una expectativa optimista. Sin embargo, esta expectativa chocaría con la cruda realidad en la década siguiente.

A medida que avanzaba la década de 1980, las condiciones económicas globales comenzaron a cambiar, especialmente como consecuencia del shock del petróleo y la apreciación del dólar (Fernández, 2012). En términos económicos, se comprende “el shock del petróleo” como la variación abrupta de los precios del petróleo en los mercados internacionales. Dos de los eventos más significativos de este tipo ocurrieron en la década de 1970. El primero fue en 1973, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aumentó drásticamente los precios del petróleo en respuesta a tensiones geopolíticas, en particular, la Guerra del Yom Kippur. El segundo shock ocurrió en 1979, cuando la Revolución Islámica en Irán y la consiguiente interrupción en la producción de petróleo llevaron a un nuevo aumento en los precios (Sánchez, 2010).

Estos shocks tuvieron un impacto sustancial en la economía mundial y, especialmente, en los países importadores de petróleo. Generaron inflación, aumentaron los costos de producción y afectaron los términos de intercambio para muchas naciones. En el contexto latinoamericano, donde varios países dependían en gran medida de las importaciones de

petróleo, estos shocks contribuyeron a desequilibrios macroeconómicos y a la acumulación de deuda externa (Sánchez, 2010; Fernández, 2012).

A lo cual se sumó la apreciación del dólar, es decir, el incremento del valor de la moneda de cambio. Este periodo se caracterizó por la manifestación de un incremento significativo en la deuda externa, resultante del deterioro de las condiciones internacionales de intercambio. Este fenómeno se manifestó a través de una depreciación acelerada de las monedas locales en relación con las monedas de intercambio internacional, generando elevadas tasas de inflación, estancamiento económico y un aumento en los niveles de desempleo (Gómez, 2020). A medida que las tasas de interés continuaron su ascenso, el servicio de la deuda se convirtió en una carga insostenible para naciones ya debilitadas económicamente.

En síntesis, la transformación del panorama económico, impulsada principalmente por los shocks del petróleo y la apreciación del dólar, agravó la fragilidad de la situación en América Latina debido a tres factores fundamentales (Fernández, 2012). En primer lugar, la mayoría de los préstamos otorgados a los países latinoamericanos se estructuraron con tasas de interés variables. En segundo lugar, estos préstamos estaban denominados en una moneda extranjera, específicamente el dólar, escapando al control de estos países. Por último, la exposición de los bancos internacionales, predominantemente estadounidenses, a las consecuencias del desastre financiero subrayó la interconexión global que contribuyó a la profundización de la crisis en la región.

La respuesta a este desafío llegó con la declaración de moratorias en el pago de deudas por parte de países como México y Argentina. Sin embargo, esta medida generó inestabilidad financiera a nivel mundial. En busca de soluciones, muchos países latinoamericanos recurrieron al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial en busca de préstamos de emergencia. Aunque estas instituciones brindaron ayuda financiera,

impusieron condiciones que incluyeron medidas de austeridad y reformas estructurales, a menudo impopulares y generadoras de descontento social.

Ya a mediados de la década de 1980 muchos de los países latinoamericanos habían advertido la crisis de la deuda. Debido a ello, se inició un proceso de negociación de la deuda, con la participación de los países deudores, los bancos acreedores, los gobiernos de los bancos acreedores e instituciones financieras internacionales (Stallings, 2014). Según la información de la CEPAL, doce naciones participaron en las negociaciones de la primera o segunda ronda entre 1982 y 1984, mientras que otras cinco ya habían reestructurado sus deudas en los años anteriores a 1982 (Stallings, 2014). Ello implicó el reconocimiento, por parte de los países deudores, de la imposibilidad de cumplir con sus cronogramas de pago. Esto se debió a menudo al hecho de que el servicio de la deuda superaba los ingresos generados por las exportaciones, llevándolos a buscar renegociaciones.

El proceso de negociación experimentó varias fases (Stallings, 2014). En la primera, denominada de austeridad, se implementaron políticas vinculadas a acuerdos del FMI, focalizadas en la reducción de déficits fiscales mediante recortes de gasto o aumento de impuestos. Además, se proponía una devaluación para impulsar las exportaciones y aumentar los recursos disponibles para el pago de la deuda. Sin embargo, la contracción económica socavó este objetivo. La segunda fase, representada por el Plan Baker, buscaba estimular el crecimiento mediante ajustes estructurales que abrían las economías al comercio, privatizaban empresas públicas e incentivaban inversiones extranjeras. La tercera fase, introducida por el Plan Brady, continuó buscando el crecimiento y las reformas estructurales, pero también abrió camino a la reducción de la deuda. A lo largo de estas fases, las condiciones de los préstamos refinanciados mejoraron significativamente, reflejando una disminución en el índice que combina la tasa de interés, comisión y período de amortización. Este cambio sugiere una mejora en las condiciones para los deudores a lo largo de las rondas de negociación (Stallings, 2014)

La reestructuración de la deuda, aunque prometía alivio, dejó tras de sí profundas cicatrices. La implementación del Plan Baker y del Plan Brady significó una transformación en la estrategia de desarrollo regional. Buscando impulsar el crecimiento, se abogó por una mayor participación del sector privado y la apertura de las economías al comercio. Este cambio, aunque atrajo flujos de capital en los noventa, generó debate y críticas, representando una desviación significativa en las políticas económicas establecidas.

La "década perdida" fue testigo de una serie de impactos económicos y sociales. La contracción económica, expresada en la caída del índice del PIB per cápita, marcó el inicio de una travesía difícil. La tasa de inversión, crucial para el desarrollo sostenible, sufrió una disminución drástica, afectando la capacidad de la región para generar empleo y oportunidades de crecimiento.

El desempleo, aunque aparentemente cedió terreno en la segunda mitad de la década, ocultó la realidad de una transición hacia el sector informal, señal de un empleo más precario. Mientras tanto, la tasa de pobreza, que ya había mostrado una mejora en los años setenta, revirtió su curso, afectando desproporcionadamente a los estratos más vulnerables de la sociedad.

Las transferencias netas, en un giro inesperado, revelaron una dependencia persistente de la región en términos financieros. A pesar de exportar recursos durante la década de 1980, las salidas de capitales y los pagos de intereses y dividendos superaron ampliamente las entradas de agencias multilaterales. Esto expuso la vulnerabilidad de la región en el escenario económico global.

Gran parte de estas consecuencias fueron fruto del diseño e implementación de las "políticas de ajuste estructural" por parte de los países deudores. Estas políticas fueron promovidas por instituciones financieras internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, como condición para otorgar préstamos y asistencia financiera.

El objetivo declarado de estas políticas era abordar desequilibrios económicos, mejorar la eficiencia y fomentar el crecimiento sostenible a largo plazo. Sin embargo, como se describió anteriormente, su implementación generó críticas debido a sus impactos sociales y distributivos. Pues si bien se argumentaba su necesidad para corregir los desequilibrios económicos y para sentar las bases para el crecimiento a largo plazo, a menudo su implementación exacerbó las desigualdades sociales y generó costos sociales considerables, especialmente en términos de empleo y bienestar de la población.

Si bien Colombia no fue partícipe directo en la crisis de endeudamiento externo, experimentó sus consecuencias, en gran parte materializada en “una perturbación fuerte de su balanza de pagos y una crisis bancaria de magnitud intermedia” (Ocampo, 2014, p. 22). Para su solvencia fue necesario, como en los otros 18 países deudores, la implementación de políticas de ajuste estructural. Este proceso de ajuste estructural en Colombia implicó la adopción de políticas económicas neoliberales, como la liberalización comercial, la eliminación de subsidios, la reducción del gasto público y la privatización de empresas estatales. Estas medidas tuvieron como objetivo mejorar la eficiencia del mercado, atraer inversión extranjera y reducir el déficit fiscal. Sin embargo, el proceso de ajuste estructural tuvo efectos significativos en el desarrollo social, económico y político de Colombia. Si bien, se evidenciaron beneficios económicos, como la entrada de inversiones extranjeras y nuevos mercados, también generaron y/o enfatizaron desigualdades económicas y sociales.

En el sector agropecuario el proceso de ajuste estructural tuvo un impacto particularmente negativo, ya que las políticas neoliberales favorecieron a los grandes productores y exportadores en detrimento de los pequeños agricultores y las comunidades rurales. La liberalización comercial permitió la entrada de productos importados a precios más bajos que los producidos localmente, lo que afectó a los agricultores que no podían competir con los precios. Además, la eliminación de subsidios a la producción agrícola y la reducción del gasto público en el sector agrícola, que incluía la eliminación de programas de crédito y

asistencia técnica, también afectaron la capacidad de los pequeños agricultores para mantener sus cultivos y sus medios de vida.

La influencia de esta crisis en el sector agrícola estuvo mediada por una serie de factores económicos, políticos y sociales que afectaron significativamente la producción agrícola y la vida de los agricultores. Según Perfetti (2022) desde finales de la década de 1970 y comienzos de 1980 la crisis agrícola se caracterizó, entre otras cosas, por el descenso en el precio del café en los mercados internacionales. Las repercusiones económicas no se hicieron esperar en el sector agropecuario, pues para ese momento el café representaba más del 50% de las divisas que ingresaban al país producto de las exportaciones; añadido a esto la recesión global del momento provocó el desplome de los demás productos agrícolas que eran exportados a los mercados internacionales desde Colombia (algodón, arroz, azúcar, banano y flores). En 1982 el índice de precios registraba el más bajo de los últimos años, lo que afectó gravemente las exportaciones agropecuarias del país; el mal manejo de la economía colombiana llevó al crecimiento del PIB total del país exhibiendo un proceso de disminución progresiva en su tasa de expansión. De esta manera, el crecimiento de la economía, se tradujo en el debilitamiento de la demanda interna de alimentos y de materias primas de origen agropecuario, demanda que fue satisfecha por productos importados a menores precios, dejando así a los productores colombianos en una situación desfavorable (Perfetti, 2022, p.p. 455-56).

De ahí que, Colombia entró en un periodo de estancamiento económico caracterizado por políticas públicas y económicas enfocadas a contrarrestar las consecuencias financieras derivadas de la crisis. En ese orden de ideas, el gobierno del momento dispuso una estrategia para el desarrollo económico y social del país y priorizó el sector agropecuario, fijando como objetivo de la política sectorial “el incremento de la producción de alimentos y de las exportaciones (...) [así como] el logro de un mayor nivel de empleo y de ingresos para los productores rurales” (Perfetti, 2022, p. 457). De acuerdo con el manejo de estas políticas

sectoriales se estableció que fueran encaminadas a asegurar la reactivación agropecuaria y garantizar el fortalecimiento de este sector. Esta política estuvo dirigida principalmente al crédito agropecuario, al igual que al “fortalecimiento del mercadeo agrícola, el control a las importaciones y el apoyo a las exportaciones de bienes agropecuarios, la reducción de impuestos para el campo, el fortalecimiento de la investigación agrícola y la política social rural” (Perfetti, 2022, p.457).

Teniendo en cuenta las afectaciones generadas por las políticas de ajuste estructural y la crisis que implicó en el sector agropecuario; a continuación, nos centraremos en el impacto de estos procesos en la producción de papa. Para ello, examinaremos los efectos a nivel nacional, regional y sus implicaciones a nivel local a partir del trabajo de campo realizado en el corregimiento de San Félix. En este apartado se cuenta cómo los campesinos boyacenses, las semillas de calidad y las tierras que alguna vez fueron extensos cultivos de papa, se cansaron y fueron desapareciendo y cómo este cansancio hizo parte de la transformación del modelo productivo que en épocas anteriores se había destacado en la región.

La semilla cansada

Durante el trabajo en el tajo, con las manos en la tierra húmeda mientras arranca la papa, Jesús Castellanos contaba que, en San Félix, hace 50 años, la papa que se sembraba no era ni la sombra de lo que se cosecha ahora “se sembraba en todas las fincas de la zona, la producción era más alta y los cultivos eran más rentables”. Mientras sigue trabajando, sigue recordando cómo fueron esos años de buenas cosechas, “¡Mire! eso acá era papa por todo lado y a medida que fueron incrementando los precios de los insumos y bajaron los precios de la papa ya no había cómo seguir produciendo, todo se puso carísimo”. Tanto Jesús como los demás cosechadores que se encontraban en el tajo, coincidieron en estas palabras, todos ellos hicieron parte de la bonanza papera en San Félix y fueron testigos del decaimiento del cultivo.

Además de ello, resalta que con el paso de los años también se fueron perdiendo las semillas de papa fina y entraron nuevas variedades de semillas y formas de cosechar:

Antes era diferente, hasta la forma de sembrar era diferente (...) usábamos el azadón y se sembraba atravesado, ahora se hace de forma vertical” ¿antes era mejor? Pregunté. ¡Claro! responde el señor Jesús mientras está en el tajo arrancando, “así era mejor, daba más papita, vea lo que da ahora (levanta una mata de papa y me la enseña) no da nada, da muy poquito. Antes cada mata era un canastado⁷ de papa, arrancábamos la matica y eso era una cantidad de papas, bonitas, buenas de papa fina que llamábamos nosotros (...) ahorita solo un coca’o de esos (señala con la mirada una caneca de plástico) no es nada, poquita, a veces muy menudita, casi no engruesa y es pastusa, porque ya no se volvió a ver la fina, esta semilla la traen toda del Cauca (Castellanos. J. 2022).

Para muchos de los pobladores de San Félix, la producción, el área sembrada y los rendimientos fueron decayendo, los grandes sembradíos de este cultivo habían pasado a ser potreros para la ganadería. Las pérdidas de cosechas de años anteriores, obligaron a los productores de este tubérculo a darle paso a la cría de ganado para la producción y comercialización de leche. Jesús recuerda que las cosechas se fueron acabando y la lechería fue entrando con fuerza, a los propietarios de las fincas les resultaba más rentable la producción lechera que seguir invirtiendo en la cosecha de papa. “Toda la vida ha sido duro cosechar, porque no se sabe cómo van a estar los precios para sacar el producto (...) pero hace años [1980] eso a lo último se fue poniendo que tocaba era dejar perder la papita en los toldos o en las bodegas”. (Castellanos, J. 2022). Para Ramón Hurtado, cosechador y negociador de papa la situación no fue diferente,

⁷ Hace referencia a los canastos que se utilizaban para la recolección de la papa, cada uno hacía una medida de arroba (cerca de 12 kg).

(...) yo en ese entonces tenía una tierrita, me gustaba cultivar y negociar con papa. Había veces que la papa se rebajaba cuando había mucha abundancia, pero lograba mantenerse (...) ya después sí hubo una caída de precios aterradora (1980 - 1984) y fue cuando se perdió la cosecha; la gente perdió todo, entramos en quiebra [refiriéndose a propietarios y/o arrendatarios] tocaba quitar los toldos y dejar que se perdiera la cosecha. En la bodega que tenía en San Félix, me tocó sacar bastante papa y dejar que se perdiera (Hurtado, R. 2020).

Al igual que don Ramón, Milton Castellanos, oriundo del corregimiento, comenta que desde finales de 1970 los productores de papa se vieron afectados por la caída de los precios y los altos costos en los insumos; para ese momento San Félix había comenzado a transitar en una serie de acontecimientos que lo llevarían a un declive en su economía,

En esta época [1970] la cosecha de papa estaba en auge, los campesinos productores de este tubérculo se encontraban en las mejores condiciones, pero la caída de los precios llegó y con ello la quiebra de muchos de los cosechadores. Resultaba más favorable dejar que la producción se perdiera. Muchas de las personas [propietarios o arrendatarios] perdieron su tierra y hasta el último peso que habían invertido en la cosecha; algunos pudieron recuperarse, pagar deudas y volver a empezar (Castellanos. M. 2020).

Alrededor de 1984 el señor Ramón Hurtado siendo miembro de FEDEPAPA (Federación Colombiana de Productores de Papa) ya había sufrido el golpe de la caída de los precios y llegó incluso a solicitarle al Ministro de Agricultura, de ese entonces, un plan de contingencia que tuviera como finalidad la estabilización en los precios de la papa; sin embargo, dicha iniciativa no tuvo resultados, pues inicialmente no se contaba con una información precisa de los cultivadores de papa de la región y fue imposible llegar a un consenso que permitiría sentar las bases para poder aplicar dicha iniciativa política, por

problemas con los productores para la recolección de información (Hurtado. R. 2020). Al Señor Ramón le había tocado dejar perder más de una vez la producción tanto en su finca, como en la bodega que tenía en el pueblo, pues la competencia de mercados regionales a bajos precios, había generado un impacto negativo en los pequeños productores, pues no podían competir con productores a mayor escala y con mejores condiciones tecnológicas, lo que generó una pérdida en los ingresos de los agricultores y en el caso San Félix, una disminución en el área sembrada y los rendimientos.

Según la URPA (Unidad Regional de Planificación Agropecuaria de Caldas, 1983) en el departamento de Caldas el cultivo de papa fue disminuyendo paulatinamente desde 1977 con 6.000 Has sembradas a 4.200 Has en 1981. De la misma manera se observó una disminución en los rendimientos de 15 T/Ha a 10 T/Ha. De acuerdo con la URPA, la excesiva precipitación (aumento de las lluvias por el fenómeno del Niño), el alto costo de los insumos (insecticidas, pesticidas, abonos) la falta de la asistencia técnica, la poca financiación y altos intereses, además de un incremento en los altos costos de producción, las afectaciones por las heladas y la gota, y un serio problema de mercado y competencia de productos a más bajos precios y mejor calidad provenientes de otras regiones del país, fueron algunos de los factores que se presentaron para la época y contribuyeron a la problemática (p. 165).

Tal como lo menciona la URPA, estos fueron algunos problemas que llevaron a los productores a abandonar el cultivo y transformar el uso del suelo para la ganadería, pues ante la crisis, muchos agricultores abandonaron o redujeron la siembra de papa y optaron por otros cultivos o actividades económicas, lo que condujo al cambio en las prácticas agrícolas y una diversificación en algunas regiones. Merardo Peralta recuerda sus últimos años en San Félix y expresa cómo fue pasando de cultivar papas a la ganadería,

(...) después del 1986 vivimos en la finca La Pradera 2 años, de propiedad de Diego Rivera, allá había lechería y unas chilitas, se sembraron unas cuantas cargas de papa, pero eso no dejó nada de ganancias, solo como para cubrir los gastos y pagar en la

Caja Agraria (...). En la finca El Paraíso llegamos después, allá era lechería y cría de ganado. En esa finca se había sembrado mucha papa, pero eso fue antes de que yo la recibiera. Cuando nosotros llegamos se sembraron unas cuantas carguitas y era más que todo unos codillitos que se les dieron a unos trabajadores, pero entre el dueño y contratos con trabajadores. A mí, allá, me tocó trabajar más con el ganado, tenía unos marranos y también podíamos hacer queso para vender ahí en el pueblo. Ya no se cosechaba tanta papa porque eso a veces dejaba muchas pérdidas, era más la inversión que las ganancias (...) Las semillas de la papa fina desaparecieron, ya no daban rendimiento; empezaron a sembrar otra variedad de semillas que trajeron, que dieran rendimiento y la papa fina fue desapareciendo ¡hace muchos años no volví a ver esa papa fina que sembramos en San Félix! (Peralta. M. 2021).

Durante la bonanza papera, la semilla que se sembraba en San Félix (Argentina y Salentuna), era producto de la selección de la papa que se cosechaba, cuando se arrancaba la cosecha se escogía la papa y se sacaba la semilla, la más bonita y sana para sembrar nuevamente. Como dice Merardo “la de mejor calidad” para que se pudiera tener altos rendimientos en la siguiente cosecha, pero esta semilla se fue acabando. Según Merardo, estas semillas se fueron perdiendo por el mal tiempo en la cosecha “a veces el mal clima hacía que la semilla no resultara propiamente fina, es decir, de buena calidad, entonces se sembraba lo que resultaba y la semilla se fue desmejorando y ya no daba el rendimiento que se necesitaba”. Sumado a esto, la implementación de fungicidas que fueron modificados o actualizados con la llegada de la Revolución Verde, como dice Merardo, ‘cada vez los químicos que se inyectaban eran más fuertes y fueron volviendo la tierra infértil’ e hicieron que el suelo no diera el mismo rendimiento, pues de tanto sembrar esta semilla la tierra fue perdiendo sus nutrientes, lo que hizo que en las siguientes cosechas el rendimiento fuera menor “(...) las altas concentraciones de pesticidas, el invierno, las enfermedades y las plagas afectaban no solo el cultivo, sino el suelo” en la mejor época de cosecha se podía sacar de una sola mata de papa,

un canasto lleno, unos 10 kilos de papa de calidad, fina, pero a lo último, como dice Merardo ya no daba rendimiento y empezaron a implementar otras semillas; nuevas variedades genéticas, adaptadas a las condiciones adversas, para que fueran resistentes a la humedad y la temperatura. La implementación de fertilizantes y pesticidas químicos y la falta de conocimiento en su aplicación adecuada supuso un desafío, pues desconocían las técnicas sobre el manejo de estos sobre el suelo. Como lo menciona Merardo, todo ello fue determinante para que el rendimiento de la semilla que se había cultivado por años se fuera perdiendo y mermará su producción.

Las condiciones climáticas en este período, caracterizado por lluvias y heladas, fueron los factores que más resaltaron los campesinos como responsables de esta crisis. A finales de los años 1970, estas condiciones climáticas, desfavorables por su exceso para el cultivo de papa, hicieron que varios sembrados se perdieran, dejando al cultivador sin producción y con pérdidas económicas. La sequía se hizo evidente desde la mitad de esta década con la presencia del fenómeno de La Niña, que se caracterizó por temperaturas del agua más frías de lo habitual en la región ecuatorial del Pacífico. Esto afectó los patrones climáticos, generando consecuencias negativas en el sector agrícola. En lo que respecta al cultivo de papa relacionado con este fenómeno se puede considerar que las enfermedades del cultivo de papa en condiciones húmedas y frías pueden aumentar el riesgo, como el tizón tardío (gota) y otras afectaciones que pueden requerir un aumento en el uso de fungicidas y otros insumos agrícolas, lo que incrementa los costos de producción; además de influir en la producción, afectando tanto la cantidad como la calidad de la cosecha. Esto a su vez, afecta los precios de la papa en el mercado, lo que tuvo implicaciones económicas para los productores y consumidores.

Las enfermedades y plagas empujaron parte del cambio en el modelo productivo, pues las pérdidas de las cosechas, nos contaba Cesar Marín, también se debían a las enfermedades: "Yo recuerdo, dice Cesar, hace mucho tiempo lo que acabó también con el

cultivo de la papa fue la Polilla⁸, ese animalito llegó de Guatemala y empezó a acabar con todo lo que se comía y acá le hizo harto daño a la papita y se perdieron varios cultivos”. Además, el problema de la gota, que era otra enfermedad que llegaba con los cambios en el clima, “cuando estábamos en invierno y de repente caía una llovizna de esa menudita goteaba el papal y se volvía negro, también estaba el Carranlil, así lo llamaban, y cuando le caía a la matica en un mes volvía el papal amarillo” (Marín. C. 2022).

La implementación de otras semillas por mercados antioqueños, pastusos y caucanos, género en los agricultores de San Félix pérdidas, pues cultivar la papa de calidad ya no era una opción, había que invertir en la cosecha, y muchos de los propietarios venían de pérdidas económicas, algunos habían quedado empeñados con la Caja Agraria. Como lo menciona Merardo, cuando había pérdidas en las cosechas tenían que entregar todo por la deuda, esto quería decir que el propietario del **establecimiento** le prestaba la firma en la Caja Agraria al **establecido**⁹ para el préstamo de abonos, fungicidas y demás, y si al momento del arranque de la cosecha no se generaban las ganancias esperadas, el establecido debía entregar lo que le quedara para saldar la deuda. En este caso el establecido se comprometía con el dueño a entregar todo por la deuda. Como parte del proceso de ajuste estructural, los pequeños productores de papa se vieron afectados por la competencia con otros mercados regionales y la reducción de subsidios, ya que se enfrentaron a mayores costos de producción y precios más bajos para sus productos; en palabras de Jesús Castellanos, “nosotros nunca tuvimos ningún apoyo por parte del gobierno, y más porque todo eso de los recursos se manejaba desde Salamina, entonces eso por acá no llegaba nada” (Castellanos. J. 2022). Ello, junto a la

⁸ Polilla Guatemalteca o Polilla de la papa. “La Polilla de la Papa (Tecia solanivora Povolny), es originaria de Guatemala, de donde se dispersó a países de Centro América y Venezuela. Su detección en el país se realizó en 1985 en Norte de Santander (...) daños que ocasiona la Polilla Guatemalteca, además de deterioro de la calidad, está el de facilitar la penetración de microorganismos y pudrición del tubérculo, causando perjuicios económicos por la disminución en el precio de venta. Los tubérculos afectados no se pueden utilizar para semilla, ni para consumo humano o animal” (SIC; Informe especial ICA. 2016) <https://www.ica.gov.co/noticias/todas/2016/informe-especial-polilla-guatemalteca-o-polilla-de>

⁹ Los conceptos "establecimiento" y "establecido" son desarrollados en el apartado anterior.

deficiente infraestructura de servicios en el campo, el deterioro de niveles de rentabilidad de algunas actividades agropecuarias, la viabilidad técnica y económica de la producción, la degradación de los recursos naturales y los efectos de orden público (Rodríguez, 1996); hicieron más evidente el decaimiento del cultivo de papa en la región, pues los agricultores cada vez veían que la producción papera ni daba fruto ni sustento y, a raíz de ello varios de los boyacenses que habían conseguido su tierra en los inicios empezarán a migrar a las grandes ciudades.

El boyacense neto de la época más importante de la migración (incluso hasta finales de años setenta) era agricultor y ganadero, hasta cuándo comenzó el declive del cultivo de la papa; en cambio, los hijos ya no son ni lo uno ni lo otro; circunstancias de diversa índole han hecho que se abandonen las tierras frías, o se dediquen a otras actividades productivas, llevándolas literalmente al empobrecimiento; de edredones dibujados de verde intenso de cultivo de papa, se pasó a pálidos potreros abandonados y salpicados de rastrojo. La mayoría de las tierras están dedicadas a la ganadería de leche o de doble propósito. Los boyacenses las hicieron florecer y producir durante años, pero unos murieron, otros consiguieron plata, están viejos y sus hijos perdieron la tradición y el amor por el campo (Tobasura, 2003, p. 130).

O como lo recuerda el señor Enrique,

Muchos de estos boyacos que habían llegado y comprado las tierras a los antioqueños, llegaron pobres, se dedicaron a cosechar la papa y fueron adquiriendo más tierras, consiguieron plata y para esa época [1980] empezaron a irse, dejaron la finca en manos de un agregado para que cuidara el ganado y ellos pudieran tener la finca como caja menor y poder venir cuando quisieran y no tener que joderse cosechando papa.

Además, los trabajadores - jornaleros - empezaron a irse a otras tierras a conseguir trabajo en busca de mejores condiciones y ya no había tampoco quien trabajara.

(Londoño. E, 2022).

Por su parte, Merardo cuenta que en esta época muchos hacendados vivían por fuera de San Félix,

(...) varios de los dueños de las fincas ya vivían en Manizales o en Salamina, en las fincas ya era poquita la papa que se sembraba, empezaron fue a conseguir ganado para la lechería, otros para el engorde, entonces ya subían a la finca era a dar vuelta, a vacunar o castrar (...) antes si había vacas, solo como para sacar la leche del gasto de la casa, ahora ya había más ganado y el trabajo se concentraba en el ordeño para sacar la leche a San Félix. Sembrar papa ya no era un buen negocio, lo único medio rentable era la ganadería porque no necesitaba tantos trabajadores, solo uno, máximo dos, la gente empezó a irse y lo que tenían ahorrado a invertirlo en otras ciudades o se devolvieron para el mismo Boyacá (Peralta. M. 2021).

De acuerdo con la URPA, de 1973 a 1982, la densidad poblacional en Caldas experimentó cambios significativos. El despoblamiento en las áreas rurales, en el caso de Salamina como cabecera municipal del corregimiento de San Félix, en el año de 1973 el número de habitantes era de 28.131 y para el año de 1982 su población fue en descenso con un número de habitantes de 25.251¹⁰. Esta migración se debió al desempleo en las zonas rurales, el debilitamiento de los cultivos, la pobreza y el acelerado impulso de la población por mejorar sus condiciones de vida en busca de mejores empleos (p. 3).

A nivel nacional, la migración del campo a la ciudad se había generado por diferentes razones; con base en cifras de censos de población del DANE 1994, hacia la década de los años 1950 el 70% de la población colombiana se concentraba en las zonas rurales, cuarenta años más tarde su participación es menor del 30%. Algunas de estas razones fueron: la deficiente infraestructura de servicios en el campo, el deterioro de niveles de rentabilidad de algunas actividades agropecuarias, la viabilidad técnica y económica de la producción, la

¹⁰ Los datos aquí mostrados son tomados del Diagnóstico Agropecuario de Caldas del año 1983, con base en el DANE. XIV Censo Nacional de Población y III de vivienda 1973, y una proyección elaborada por la oficina de planeación departamental, División Socio Económica 1982, datos ajustados.

degradación de los recursos naturales y los efectos de orden público (Rodríguez, P, 1996. p. 5). La crisis agrícola afectó no solo la economía sino también la vida de las comunidades rurales, llevando al desplazamiento de familias a las áreas urbanas en busca de empleo lo que contribuyó a un aumento en la migración interna y al crecimiento de la pobreza en las ciudades y que para el caso de la zona rural de Caldas no fue desconocido.

Estas variables tuvieron influencia directa sobre la producción del cultivo de papa en el departamento, incluyendo el corregimiento de San Félix. Como lo recuerda Merardo, del campesino boyacense que llegó y se quedó en San Félix cosechando papa ya no quedaban muchos, las pérdidas de los últimos años, dejó bajas en la producción lo que los llevó a desistir de seguir invirtiendo en el cultivo de papa y darle paso a la producción ganadera y los derivados de este. La producción agrícola de la región se fue deteriorando en comparación con años atrás; el rendimiento del cultivo de papa por hectárea, en lo que respecta al corregimiento de San Félix (Salamina), era cada vez menor entre 1990 – 1992. Así se muestran en la siguiente tabla los datos para Salamina cabecera municipal del corregimiento de San Félix.

Tabla 2.

Superficie cultivada y producción de papa en el municipio de Salamina, Caldas (1990-1992).

Año	Superficie sembrada. Has.	Producción Ton.	Rendimiento Kg/Ha
1990	480	5780	11000
1991	420	6825	16250
1992	220	2000	8000

Nota. Elaborado en base a información de las Evaluaciones Agropecuarias en Caldas, 1990, 1991, 1992. Planeación Departamental de Caldas URPA, (septiembre, 2023).

De esta manera, San Félix comenzó a transitar de un modelo de producción agrícola, que sustentaba las formas socioeconómicas de la región, hacia un modelo híbrido que

abarcaba tanto la producción agrícola como la pecuaria, esta última ganando cada vez más fuerza debido a los diversos factores que impulsaron este cambio. Según Enrique Londoño (2022), para esta época el trabajo de la lechería en las fincas se había profundizado, con la llegada de la primera empresa lechera llamada -Leche San Félix- en 1982. Esta empresa comenzó a comprar toda la leche producida en las fincas de la zona, lo que les brindó a los propietarios una fuente de ingresos más estable y la producción de leche se volvió más organizada y rentable, lo que llevaría a un cambio en las actividades económicas dominantes en la región.

Esta empresa arranca a comprar toda la leche y a transformar el producto, sacaban leche en bolsa, quesos y mantequilla (...) entonces esto fue una de las dificultades del cultivo de papa, los dueños de las fincas empezaron a ver que quincenalmente les pagaban una plata por la leche y no necesitaban estar sacando cada ocho días para pagar una cantidad de trabajadores con el cultivo de papa, porque un solo trabajador podía ordeñar y cada 15 días le pagaban (...) por otra parte, en los años ochenta la electricidad empezó a llegar a las fincas y con ello las cercas eléctricas, entonces los finqueros empezaron a ver que con la cerca eléctrica se podía fragiar más la tierra, que cabía más ganado y se podía pastorear más reses. ¡Vea! otro factor que influyó para no producir más papa, es que los comerciantes de mercados como Manizales, Pereira y Medellín cuando empieza a llegar toda esa papa Parda y Pastusa del departamento de Pasto y empieza a inundar el mercado con precios más baratos, empiezan a vender este tipo de papa que resultaba ser más económica y dejan de comprarle a los productores de aquí [San Félix] y todo esto contribuyó para que se dejara de sembrar la papita acá (Londoño. E. 2022).

El crecimiento en el sector pecuario fue ganando terreno. Según la URPA (1983) desde principios de los años 1980, la utilización de la tierra en el departamento de Caldas se constituyó en buena parte por pastos naturales y artificiales para la actividad ganadera,

equivalentes a 366.840 Has, el 48.5% de la superficie total. Para ese momento el subsector pecuario representaba un incremento en la participación del PIB agropecuario con tasas de crecimiento mayores al subsector agrícola. Gran parte de la superficie de pastos naturales eran utilizados por una masa de ganadería bovina de doble propósito (carne - leche) conformado especialmente por ganado de raza Normando, cuyos núcleos principales estaban localizados en el corregimiento de San Félix (Salamina) y Marulanda, además, de ser una de las zonas que surtían la mayor cantidad de leche en el departamento (p. 128, 176).

Para la década de los años 1990, la ganadería se había convertido en el modelo productivo más conocido en la región del páramo de San Félix y Marulanda, por su destacada producción de leche y ganado de raza. Durante este periodo se consolidaron fincas dedicadas a la venta y cría de ganado de raza Normanda y Holstein, lo que resultó en una notable producción y comercialización de leche, llevando a la agricultura a ocupar un papel secundario en la región. Para José Carrillo, la lechería y la cría de ganado se había convertido en la mejor opción “la vaca además de producir leche, se le saca la cría y ese ternero a los 5 meses ya valía una plática que estaba segura, solo había que meterle un purgante y darle buen pasto, sin tener que matarse haciendo fuerza” (Carrillo., 2022).

Otro sector afectado por el cambio en el modelo productivo fue el comercio del pueblo, que experimentó una crisis debido al éxodo de la población rural que solía trabajar en los grandes establecimientos agrícolas y por la falta de dinero en el corregimiento como resultado del desempleo. Los grandes establecimientos que antes albergaban hasta 40 trabajadores pasaron a tener solo 5, incluyendo el establecido, el ordeñador y dos o tres trabajadores adicionales, que se encargaban de alimentar, cuidar y ordeñar el ganado. La industria láctea se abrió paso en el corregimiento, como lo menciona el señor Enrique y, aunque este fue un importante logro para la región, no involucró a los trabajadores que habían perdido su empleo en la zona rural, obligándolos a desplazarse a otras regiones del país en busca de mejores oportunidades.

La producción lechera en la región para la época de los años 1990 había aumentado cada vez más. En el año de 1993 en lo que respecta a 1990, el número total de bovinos había incrementado su producción, al igual que el total de litros de leche por año, llevando a la región a ser un importante productor de leche en el Departamento de Caldas. Los datos suministrados en la siguiente tabla hacen referencia al municipio de Salamina, pero en relación con el tipo de producción de ganado de doble propósito, que para la época se producía en San Félix.

Tabla 3.

Población bovina y coeficiente de producción láctea en el municipio de Salamina, Caldas. Ganado de doble propósito (1990-1993).

Año	Total número de vacas en ordeño	Producción total leche/ año Lts
1990	4000	4.128.000
1992	3800	3.351.600
1993	6200	5.952.000

Nota. Elaborado en base a información de las Evaluaciones Agropecuarias en Caldas, 1990, 1992, 1993. Planeación Departamental de Caldas URPA (septiembre, 2023).

Los campesinos de San Félix empezaron a cambiar las formas de explotación del suelo, conocido por su topografía montañosa y su clima de páramo, adecuados para la ganadería, implementando formas de producción ligadas a ésta, en tanto, los ganaderos de la región se enfocaron en la selección de razas de alto rendimiento, en particular, la raza Holstein, conocida por su producción lechera y la raza Normanda también popular debido a su capacidad de producción lechera y calidad de carne; además, la mejora genética del ganado fue una parte fundamental de este modelo, pues algunos ganaderos invirtieron en la adquisición de sementales de alto rendimiento para mejorar la genética de sus bovinos y aumentar la producción de leche. Así lo cuenta el señor Ramón Hurtado:

Durante ese tiempo (1990) entré a un curso que ofrecían en el Sena sobre el cruce de ganado (recuerdo que lo daba un francés) y aprendí a sacar la raza Normando; después de mucho tiempo de haberme dedicado a la cosecha de papa, decidí dedicarme a la ganadería (...) los pastos fueron implementados para la ganadería y en el curso también aprendí a manejar la rotación de los suelos para dar rendimiento (...) recuerdo que después de eso, algunos años después tuve novillas de 35 a 40 litros de leche diarios, eran novillas de doble ordeño, pero llegó la guerrilla a pedir la vacuna y nos tocó salir (Hurtado, R. 2020).

En la década de los noventa, Colombia experimentó un notable aumento en la producción ganadera. Entre los años 1993 y 1997, la ganadería experimentó incrementos notorios en sus niveles de producción, especialmente evidenciados por el continuo aumento en el sacrificio de ganado. Este aumento se vincula estrechamente con importantes inversiones realizadas en nuevos hatos ganaderos, muchos de los cuales se establecieron en áreas que anteriormente estaban destinadas a cultivos. Esto sugiere un cambio en el uso del suelo, donde la ganadería se convirtió en una actividad más predominante. Es relevante destacar que la inversión en estos nuevos hatos no solo implicó la expansión del área dedicada a la ganadería, sino que también se caracterizó por la incorporación de nuevas tecnologías de producción. Estas inversiones se concentraron principalmente en el desarrollo de la ganadería de doble propósito, indicando una estrategia integral que buscaba maximizar tanto la producción de carne, como la de leche. Este enfoque evidenciaba una respuesta proactiva a las demandas del mercado y la implementación de prácticas agrícolas más eficientes.

Así, durante el periodo de 1980 - 2000, la acción conjunta de factores externos e internos que intervinieron en el cambio de modelo productivo y que se han venido enunciando, precipitaron cambios significativos en la economía del país y fueron contrarrestados con una serie de políticas de ajuste estructural en línea con las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. A inicios de los

años 1990, después de una década de estancamiento económico y social, se da paso al proceso de ‘apertura económica’ que consistía en la liberación del comercio para todos los sectores, incluido el agropecuario. Este proceso fue postulado en el mandato de Virgilio Barco, 1986-1990, y promovido y acelerado en el gobierno de César Gaviria, 1990-1994, el cual tenía como objetivo “incrementar el grado de exposición de la producción colombiana a la competencia internacional [pues esto debería] reanudar en aumentos significativos de la productividad, en mayores estímulos a la inversión en la tecnología y en una tendencia a la re-localización de la producción” (Villar, 2000, p. 26). No obstante, estas políticas y movimientos económicos no dieron los alcances esperados. Como lo afirma Ocampo (2019),

La expectativa de que la apertura económica de comienzos de los años 90 acelerara el crecimiento no se realizó: alcanzó un 3.5% anual en 1990-2018 vs. 5.1% en 1950-1980. La causa básica de la desaceleración ha sido una fuerte y prolongada desindustrialización y dificultades del sector agropecuario para adecuarse a una economía más abierta. (Párr. 4).

De ahí que los sectores que mueven la economía nacional fueran conscientes de que la apertura económica trajo consigo consecuencias positivas y negativas para el país siendo la principal causante del estancamiento en el sector agropecuario. Así mismo, en los años 1990, instituciones que promovieron el sector agropecuario, iniciaron su proceso de declive, como lo fue el IDEMA, Instituto de Mercado Agropecuario, que cumplía un papel fundamental en las importaciones de alimentos generando un presupuesto para el fomento agropecuario nacional. Según González (2020) con la apertura económica, “el mercado de importación de alimentos fue de participación abierta, y por consiguiente el papel de comercialización internacional de productos para el consumo nacional entraría bajo la participación del sector público como del sector privado” (p. 41). Para los agricultores del país esta opción no era viable, su preocupación recaía en la competencia del mercado nacional y la

necesidad de mantener un equilibrio entre los productores nacionales y la oferta mundial que estaban afrontando.

Así, las políticas planteadas para el sector agropecuario, como resultado del ajuste estructural y la apertura económica, implicaron cambios en las dinámicas sociales y en la reasignación de los recursos de fomento para la agricultura y la remodelación de las instituciones y programas actuantes. Como lo afirma Fajardo (2018).

En este panorama, entre finales de la década de 1980 y finales de la de 1990 se produjo una reducción sustancial de las áreas sembradas, en particular de cultivos transitorios, las cuales pasaron de 2,3 a 2,0 millones de hectáreas, con aumentos consecuentes en las tasas de desempleo en el sector –se perdieron cerca de 300 mil empleos– y en las importaciones de alimentos (p. 107).

Entre 1990 y 1997 la agricultura en Colombia tuvo un deficiente desempeño como resultado de tendencias macroeconómicas negativas (el proceso de revaluación real del peso colombiano) resultado de un enorme aumento en el gasto público y un alza en el financiamiento externo, público y privado; además, de la caída de los precios internacionales de un amplio grupo de cultivos importantes para el sector agropecuario. A finales de 1991, debido a los problemas macroeconómicos causados por la disminución de las importaciones en todo el mundo y un gran ingreso de dinero extranjero, el gobierno decidió acelerar las reducciones de tarifas arancelarias que se habían planeado. A principios de 1992, estas tarifas se redujeron a los niveles que se habían planteado originalmente para el año 1994. En promedio, las tarifas bajaron al 11.5%. Estos cambios hicieron que las tarifas arancelarias para productos agrícolas bajaran del 31.5% al 15% entre 1991 y 1993 y las tasas reales de protección también disminuyeron, pasando del 91.3% en 1991 al 39.2% en 1993. A pesar de estas modificaciones, se mantuvo un nivel de protección arancelaria más alto para los productos agrícolas en comparación con otros sectores" (Jaramillo, 1998).

Después del reajuste a los aranceles, una nueva crisis agrícola golpeó a los agricultores nacionales, conocida como la crisis agrícola de 1992. Según Jaramillo (1998) esta crisis fue el resultado de una confluencia de factores que bajaron los incentivos agrícolas y los niveles de producción. En primer lugar, la presencia de una de las mayores sequías de la historia del país que afectó la mayor parte del territorio por cuenta del fenómeno del Niño, el alza en los precios internacionales de la mayoría de las materias primas que colapsaron entre 1991 y 1992, además de la baja en los niveles de protección de varios productos agrícolas como resultado de la liberación del comercio; la situación se agravó en 1992 con la disminución de flujo en los créditos, debido a las dificultades de la Caja Agraria y a la creciente violencia rural (p.12).

La reducción de los subsidios y la inestabilidad de los precios hicieron que los agricultores enfrentaran dificultades para acceder a créditos y financiamiento para sus operaciones, lo que afectó su capacidad para invertir en sus cultivos. “Con base en cifras de Finagro, la Caja Agraria y los programas de Desarrollo Rural Integral DRI, para 1993, tanto el uso de crédito para cultivar papa como la oferta real monetaria, han tendido a disminuir principalmente para los pequeños productores” (Rodriguez, 1996, p. 31). Como consecuencia de esto, los productores de papa se vieron obligados a enfrentar mayores costos de producción y precios más bajos para sus productos, dejándolos con menos recursos para competir en un entorno de mercado cada vez más abierto.

La crisis de la Caja Agraria se venía generando con antelación por un cúmulo de problemas financieros, incluyendo préstamos no reembolsados, situación que no permitió seguir proporcionando financiamiento adecuado a los agricultores. Siendo más afectados, dentro del sector, los pequeños productores, que para el caso de San Félix no fue desconocido; la creciente disminución de acceso a los créditos terminó sepultando a los productores agrícolas, pues la creciente pérdida de las cosechas empezó a generar deudas con la entidad y por consiguiente la difícil asignación de nuevos préstamos. La situación empezó a agravarse con el incremento en los insumos agrícolas, dado que las distribuidoras que trabajaban en el

corregimiento se marcharon por las constantes problemáticas que empezaron a surgir con la violencia armada; los comerciantes más destacados se fueron con sus negocios para otros municipios, al igual que muchos cosechadores de papa que vieron en otras regiones del país la oportunidad de establecerse y decidieron salir e invertir en otras partes (Lara, 2012).

En lo que respecta a la liberación de mercados por efecto de la apertura económica, Colombia empezó a importar papa de varios países, con ingresos de variedades de papa al mercado desde países como Estados Unidos, Canadá y algunos países europeos. Perú y Ecuador, siendo dos de los países latinoamericanos con mayor diversidad papicultora, ambos exportadores de este producto en especial Perú, contribuyeron a la competencia de mercado con variedades específicas que tenían características comerciales más atractivas para los consumidores y, que a menudo resultaban en precios más bajos afectando a los agricultores locales que no podían competir con este mercado y enfrentaban una disminución en sus ingresos y rentabilidad, obligándolos a abandonar o reducir sus actividades agrícolas. En palabras de Pedro Rodríguez (1996), “con la política de apertura económica llegó la exigencia de competitividad de los productos agrícolas, lo que [llevó] a mejorar la eficiencia productiva de la papa” (p. 65).

Según este mismo autor, históricamente la papa en Colombia no es considerada un producto exportable, por razones de seguridad alimentaria, almacenamiento, costos de producción y transporte, lo que posiblemente generó esta situación. Sin embargo, a partir de la apertura económica esto permitió que se gestionará por parte de productores y gremios el fortalecimiento de vínculos de comercio con Venezuela para la década de 1990, entre los años 1991-1994 se exportaron 200.000 toneladas, con 180.000 destinadas al mercado venezolano.

Para el año de 1992 el crecimiento de la producción de papa y su participación a nivel nacional había aumentado, concentrando su producción en 5 departamentos a nivel nacional respecto del año 1978; resaltando en el departamento de Caldas una disminución significativa. La producción total de papa en estos departamentos experimentó un aumento de 1,715,000

toneladas a 2,033,000 toneladas (ver tabla 4). A nivel departamental, Cundinamarca emergió como un destacado productor, aumentando su participación del 24.8% al 34.9%. Antioquia también incrementó su contribución del 8.9% al 10.1%. En contraste, Boyacá disminuyó del 32.6% al 25.7%, y Caldas experimentó una baja considerable, pasando del 3.4% al 1.1%. Estos sugieren cambios en la producción de papa, destacando la importancia en el incremento de productividad por posibles mejoras en las prácticas agrícolas regionales, como también puede deberse a diversos factores como la violencia interna o las condiciones climáticas, lo que generó cambios en áreas cultivadas.

Tabla 4.

Producción de papa (000 t) y participación porcentual (%) por departamento 1978,1992.

Departamento	1978		1992	
	(000 ha)	%	(000 ha)	%
Antioquia	177	8,9	230	10,1
Boyacá	651	32,6	587	25,7
Caldas	68	3,4	25	1,1
Cundinamarca	495	24,8	797	34,9
Nariño	324	16,2	394	17,2
Total	1,715	-	2,033	-

Nota. Elaborado en base a información de datos recopilados en el libro “La papa y el desarrollo económico en Colombia. Pedro Rodríguez Quijano (1996)”, (octubre 2023).

Teniendo en cuenta lo anteriormente expresado en torno a los cambios que se efectuaron para las dinámicas de producción, varían regionalmente los factores que hicieron

posible estos efectos en los productores de papa, según la escala del productor. En relación con el costo por hectárea, por zona productiva y tipo de productor respecto del promedio nacional del 100%, para el año 1992 (Ver tabla 5). Rodríguez (1996) señala que los pequeños productores tienden a tener costos un poco más bajos que el promedio nacional “salvo Antioquia quienes posiblemente por las condiciones climáticas marginales para la producción de papa y por la dependencia de la adquisición de semilla de otras zonas distantes, se incrementaron los costos de producción” (p. 46). Los medianos productores muestran variabilidad, algunos con costos inferiores y otros superiores al promedio. Los grandes productores tienden a tener costos más altos que el promedio nacional, especialmente en las regiones de Antioquia, Boyacá y Cundinamarca. Otros productores de departamentos como Nariño y los Santanderes se encuentran cercanos al valor de referencia, lo que podría deberse, según el autor a factores como la tecnología utilizada, las condiciones de páramo que reducen algunos costos de insumos como semilla, y el corto periodo vegetativo de muchas variedades de papa que influyen en los costos de producción. La falta de datos para Tolima - Caldas limitan las observaciones específicas para estas regiones, que para el caso de San Félix se encuentra en el departamento de Caldas.

Tabla 5.

Relación de costos/ha por zona productora y tipo de productor respecto del promedio nacional, 1992.

Zona productora	Tipo de productor		
	pequeño (%)	mediano (%)	grande (%)
Boyacá y Cundinamarca	0.83	1.02	1.17
Nariño	0.73	0.96	1.09
Antioquia	1.10	1.18	1.36
Santander	0.82	0.87	1.05

Cauca - Valle	0.91	1.07	1.11
Tolima – Caldas	-	-	-
Risaralda – Quindío	0.69	0.92	1.11

Nota. Elaborado en base a información de datos recopilados en el libro “La papa y el desarrollo económico en Colombia. Pedro Rodríguez Quijano (1996)”. (octubre 2023).

Fueron diferentes los factores que incidieron en el costo de producción del cultivo de papa y que afectaron la rentabilidad de éste: el aumento en el precio de algunos insumos, la introducción de variedades más exigentes en el control de plagas y enfermedades, la asistencia técnica insuficiente que conlleva un uso excesivo de fertilizantes, fungicidas, plaguicidas y herbicidas. Además de otros aspectos, como la falta de tecnología, la deficiencia en los sistemas de mercadeo y comercialización, la carencias y altos costos en la infraestructura para almacenamiento y una marcada fluctuación de precios (Ministerio de Agricultura Desarrollo Rural & Observatorio Agrocadenas Colombia, 2005). Todo ello incidió en la disminución de rentabilidad de la producción de papa toda vez que los costos aumentaron en relación con los precios de comercialización. Lamentablemente, no se cuenta con información para el departamento de Caldas. Si bien el departamento se menciona en algunos estudios, no se ofrecen datos específicos para esta década. No obstante, en este apartado se asumen las voces de las personas oriundas del corregimiento de San Félix, para comprender cómo afectaron estos factores la producción de papa y llevaron al cambio en las dinámicas productivas de la región, dando paso a un modelo híbrido centrado en la ganadería.

Las transformaciones en el sector agropecuario por cuenta de la apertura económica dieron paso a cambios en la estructura agrícola. En esta década (1990) la agricultura colombiana experimentó un desempeño variable en sus tres subsectores principales: cultivos semestrales, cultivos permanentes y el subsector pecuario. Los cultivos semestrales,

particularmente el algodón, granos importables y oleaginosas, mostraron una disminución continua en su producción entre 1990 y 1997. Los cultivos permanentes, excluyendo el café, experimentaron un crecimiento positivo, destacándose la expansión en la producción de aceite de palma, frutas, caña de azúcar, flores y banano, cerrando el paso para la siembra de diferentes productos de cultivos semestrales. Las áreas plantadas reflejaron cambios estructurales en la producción agrícola, hubo una reducción sustancial en las áreas dedicadas a cultivos semestrales propios de la agricultura campesina, ocasionando la pérdida de más de 300 mil empleos. Mientras que las áreas de cultivos permanentes, excluyendo el café, experimentaron un crecimiento que llevó a un total del producto agropecuario de 1.5% entre 1990 y 1997. Sin embargo, el sector pecuario creció notablemente, liderado por la industria avícola y la ganadería, que experimentó una fase de liquidación del ciclo ganadero (Jaramillo,1998).

Después de 1990, muchas de las actividades productivas sufrieron importantes caídas en su rentabilidad, con excepción de algunos productos no transables como la papa, la yuca y la carne. En lo que respecta a los cultivos transables, el azúcar y arroz incrementaron sus incentivos, como resultado de medidas especiales de apoyo. Según Jaramillo (1998),

Gran parte de los cambios estructurales observados a partir de 1990 en la agricultura colombiana deben ser atribuidos a la apreciación de la tasa de cambio real. En particular, este fenómeno es responsable del descenso en los rendimientos relativos de los cultivos transables. El creciente valor del peso ha sido el resultado de varios factores, incluyendo los influjos de capitales, los descubrimientos petroleros y el aumento masivo en el gasto público a partir de 1990 (p. 20).

Aunque este periodo estuvo marcado por la influencia de factores externos e internos que desencadenaron crisis en el sector agropecuario, es importante destacar la persistencia del conflicto armado interno como un factor interno fundamental. Este conflicto, caracterizado por la presencia de grupos guerrilleros, paramilitares y fuerzas militares del estado, tuvo

consecuencias devastadoras para las comunidades agrícolas. La violencia generalizada generó un clima de inseguridad que obligó a muchos agricultores a abandonar sus tierras debido a amenazas directas o al temor constante a represalias. La coacción y la intimidación impactaron directamente en la producción agropecuaria al limitar el acceso seguro a tierras cultivables, interrumpir actividades agrícolas y contribuir a la disminución de la producción de alimentos. Además, la conexión entre el conflicto y el narcotráfico desencadenó problemas adicionales, como la expansión de cultivos ilícitos y la desviación de recursos y mano de obra lejos de la agricultura convencional.

El conflicto armado colombiano tiene sus raíces profundas en la cuestión de la tierra, lo que dio paso a que los campesinos fueran las principales víctimas de este. La expropiación de millones de hectáreas y el desplazamiento masivo de los campesinos fueron consecuencias directas de una alianza perturbadora entre narcotraficantes, paramilitares y parapolíticos. Esta alianza no sólo desencadenó violencia indiscriminada en las zonas rurales, sino que también alteró las relaciones de propiedad de la tierra con el objetivo de consolidar el control territorial en beneficio de actividades ilícitas y la ganadería extensiva. Para Fajardo (2018) “la crisis agraria desatada desde comienzos de la década de 1990 dio lugar a un crecimiento descontrolado de la producción de hoja de coca con la correspondiente sobreoferta de pasta de cocaína” (p., 228).

De esta guerra se tuvieron consecuencias humanitarias devastadoras, con comunidades enteras siendo desplazadas, enfrentando violencia indiscriminada, y la alteración significativa en las dinámicas agrícolas tradicionales con un impacto negativo en la seguridad alimentaria y la diversidad agrícola, afectando profundamente las condiciones de vida de las comunidades rurales. La guerra no fue ajena al corregimiento de San Félix. Desde los años 1990 la intervención de diferentes actores armados que luchaban por el control de territorios en Caldas, empeoró la situación que ya se venía dando relacionada con el declive económico y los procesos relacionados con la ganadería extensiva en la región.

En el transcurso de los años 1990, Merardo ya se sentía cansado. Poco era lo que había conseguido, no había tenido suerte con las cosechas y las colocas ya no dependían de la producción de papa, aunque él también había trabajado con ganado nunca se había acostumbrado al ordeño, Orlanda (esposa) siempre era la que había ordeñado en las fincas. Mi madre cuenta que cada vez que estaban en el ordeño, alegaban con las vacas hasta que acababan “cuando las ubres de la vaca están cortadas o les da la mastitis eran más susceptibles y jodían mucho para ordeñar (...) eso no valía manear la vaca porque se ponían ariscas y empezaban a dar pata, hasta que Merardo les quebraba el balde del ordeño en las patas” (Grajales, C, 2022). Merardo para esta época ya estaba en sus 46-47 años, con Orlanda habían conseguido una casita en San Félix y tenían estudiando a las hijas en el colegio del pueblo, sus hermanos Silvio y Darío ya se habían ido años atrás a la ciudad.

Silvio se cansó de perder plática y se fue a Manizales en busca de mejores oportunidades, montó un restaurante con la esposa en el barrio San José y no volvió a coger un azadón. Darío no duró mucho en San Félix, ese se fue rapidito para Bogotá, no le gustaba mucho trabajar la tierra, le gustaban más los negocios y la ciudad. Israel se casó con su mamá (Cenobia) y vivieron durante mucho tiempo en fincas, él también era cosechador de papa, pero era perezoso y no consiguió nada, hasta que resultó enfermo y ya se quedaron viviendo en el pueblo (Peralta, M, 2022).

Merardo se había caracterizado por ser un cosechador de papa y como dice él, su vida fue cultivar papas; sin embargo, las variaciones que se fueron presentando en el cultivo, no solo lo afectaron a él sino a muchos campesinos, pues varios de los jornaleros que habían dedicado parte de su vida a esta actividad decidieron migrar a otras ciudades por el desempleo que se había originado. Dice Merardo:

Durante el tiempo que vivimos en San Félix, era joven, me gustaba tomar aguardiente, nos pegamos unas rascas los fines de semana y la platica tampoco se veía mucho. Hasta entrados los noventa vivimos en el Paraíso, de ahí nos resultó una coloca muy

buena en la finca La Sonora, esa fue la última finca que tuve recibida antes de venirnos a Manizales (...) allá nos fue un poco mejor. ¡usted se debe acordar mija! En La Sonora teníamos un ordeño que no eran muchas vacas, pero era apenas para sacar la leche de la casa y hacer queso. Allá el trabajo era emradizar¹¹ y sembramos unas cosechas de papa que las primeras no dejaron mucho porque los precios no dejaban, se sacaron cuando los precios estuvieron baratísimos.

Cuando vivíamos allá ustedes ya vivían en San Félix y su papá ya estaba muy enfermo, nosotros ya estábamos cansados de trabajar y en el 1993 murió su papá, yo ya estaba aburrido de tanto trabajar, aun así, nos quedamos otros 2 años hasta 1995 en la Sonora, a lo último logramos sacar unos 3000 o más bultos de papa en la última cosecha, no se hizo tanto, estaba muy barata la papa para ese tiempo, pero de esa última cosecha, el patrón me dejó una chilita para arrancar como de 7 cargas. ¡Esa fue la salvación! Después de eso me entró el aburrimiento y le dije a Orlanda que nos viniéramos, con la plata que me dejó esa chilita que en ese tiempo eran unos 300 mil pesos y otros ahorritos, con esos nos vinimos; vendimos la casa del pueblo y compramos una casita acá en Manizales y pusimos la tienda, con los ahorros que trajimos, además las muchachas [hijas] ya se habían graduado del colegio y ya estaban acá en Manizales estudiando y era mejor venirnos, el pueblito ya estaba muy malo (Peralta, M, 2021).

Para Merardo fueron varios los hechos que marcaron la vida de San Félix. “La época en la que apenas empezaba la bonanza, la bonanza papera y el desarrollo del pueblo, la ganadería, la violencia y ahora la pobreza, no hay nada que hacer por allá”. Merardo observó que a lo largo de los años las cosechas exitosas en San Félix iban desapareciendo gradualmente. Durante nuestra conversación, compartió su perspectiva sobre el declive de la

¹¹ Preparar un terreno. Quitar o remover las malezas o plantas indeseables de un terreno de cultivo. Sinónimo de desmontar, desyerbar.

papa fina de San Félix y cómo esta semilla fue desapareciendo de la región: "Vea hija, la semilla se cansó, la tierra se cansó y nosotros también nos cansamos de producirla". Para Merardo toda semilla se cansa de ser producida después de tanto tiempo, lo que involucra que la tierra también se canse de producir, pues el manejo inadecuado de estas llevaría a la disminución drástica de los rendimientos e incluso la pérdida total de cosechas. La semilla de papa sanfeleña había gozado de un amplio reconocimiento a nivel nacional debido a su calidad, su prestigio comenzó a desvanecerse generando una serie de consecuencias de carácter económico y social que alteraron el mantenimiento y la reproducción de la semilla de papa.

Que la semilla, el suelo y los campesinos se hayan cansado se debe, en este caso, a la acción conjunta de los factores que hemos venido enunciando y que precipitaron el proceso de transición productiva de un modelo agrícola sustentado en el cultivo de papa a un modelo híbrido (agrícola y ganadero) que fue ganando terreno con la ganadería durante este periodo (1980-2000). Este cansancio encuentra eco en los campesinos de los Andes peruanos cusqueños. Para el caso de las familias Paucartambo, la erosión genética de las semillas es una constante en cada campaña agrícola, en esa medida los campesinos buscan abastecerse continuamente de semillas, más cuando hay variedades que ya no tienen o que están cansadas. Cuando los campesinos empiezan a sufrir por la erosión genética recurren a lo que ellos llaman el "refrescamiento de la semilla"; en cada comunidad existen familias que manejan semillas de papa nativa adaptadas a los determinados agro ecosistemas propios de las zonas alto andinas, pues para ellos lo primordial es asegurar las semillas de sus cosechas (Solis, 2015). Cuando esto no es suficiente, los campesinos buscan las semillas por fuera de la comunidad, en las comunidades vecinas, por donde "caminan las semillas" a lo que ellos llaman "las semillas de un ayllu equivalente". De esta manera se va configurando una red de rutas o caminos que las semillas van construyendo "(...) de un año a otro las semillas caminan de chacra en chacra, lo cual no es más que el refrescamiento de semillas, es decir, la

renovación del stock con otras variedades para evitar su degeneración genética” (Solis, 2015, p. 142).

En ambos casos se hace uso de las semillas de diferentes maneras, en San Félix, las semillas de calidad dieron bonanza y se mantuvieron mientras fue posible su conservación. Luego no generaron el rendimiento adecuado y la falta de técnicas sociales para su conservación implicó su pérdida, pues se introdujeron otras semillas que fueron mejoradas genéticamente y que daban mayores rendimientos.

Entre los campesinos de Paucartambo de los Andes peruanos, por un lado, está el ciclo de vida de las semillas, y por el otro el camino que estas recorren mientras cumplen este ciclo, lo importante es que la semilla se renueve cuando esté cansada y logre estar presente en cada nueva cosecha. Este proceso ha estado presente durante cientos de años en las familias de los campesinos cusqueños sobre la base de pruebas y ensayos de adaptación y sostenibilidad de semillas que ha permitido la conservación entre 120-150 semillas nativas de papa. Este logro en los campesinos se dio después de la introducción forzada de semillas por las haciendas y luego con la llegada de la Revolución Verde con las ONG's y el Estado (Solis, 2015).

En San Félix, la semilla de papa acompañó a los cundiboyacenses que llegaron un día y dedicaron sus días a su siembra y cosecha; al mismo tiempo factores externos fueron interviniendo en el proceso y la conservación de las semillas; las cuales fueron desapareciendo a la par que los campesinos migraron.

En síntesis, la tendencia a la progresiva liberación y apertura económica de la época llevó al sector agropecuario a un proceso de ajuste estructural que se manifestó en los cambios de patrones de producción y uso de los recursos. En medio del “ajuste estructural” no solo las dinámicas productivas cambiaron, sino también las dinámicas sociales. El desplazamiento de grandes terratenientes a las ciudades, el cierre de la Caja Agraria y el desempleo rural fueron algunos de las consecuencias en las que se manifestaron los cambios de las dinámicas sociales. La agricultura había pasado a ocupar un lugar marginal en la economía de la región,

sentando las bases para el cambio en las formas de producción, ligadas en este caso al modelo pecuario.

A nivel local, este cambio en las dinámicas productivas a causa del ajuste estructural dio lugar a mayores costos en la producción y mantenimiento del cultivo de papa. Como si esto fuera poco, los planes de extensión de la guerrilla, especialmente las FARC, incorporaron frentes armados en el sur de Antioquia y el norte de Caldas, lo que exacerbó la crisis durante este periodo. Todo esto llevó a que el modelo de producción empezará a caer y las cifras de desempleo y migración aumentarían. Lo que finalmente dio paso a la búsqueda de otras alternativas económicas diferentes al modelo pecuario.

Capítulo 4: Rastros de violencia: impacto del conflicto armado

A lo largo del siglo XX y principios del XXI, Colombia se vio inmersa en un conflicto armado interno de proporciones significativas que dejó una marca permanente en su historia. Este conflicto, que se prolongó durante décadas, tuvo sus raíces en una compleja red de factores socioeconómicos, políticos y territoriales. La lucha por el control de la tierra, los recursos naturales y las rutas del narcotráfico desencadenaron una espiral de violencia entre guerrillas, paramilitares y fuerzas del Estado. Las zonas rurales, ricas en biodiversidad y recursos estratégicos, se convirtieron en campos de batalla, afectando profundamente a las comunidades campesinas que quedaron atrapadas en medio del fuego cruzado.

El conflicto no solo fue una confrontación armada, sino también un reflejo de las tensiones sociales, económicas y políticas que caracterizaron la historia colombiana. Los desplazamientos masivos de población, las violaciones a los derechos humanos y la persistente lucha por el poder contribuyeron a un escenario complejo y doloroso. La presencia de grupos armados ilegales se entrelazó con fenómenos como el narcotráfico, alimentando aún más la complejidad del conflicto. La población civil experimentó un cúmulo de consecuencias a raíz del conflicto. Las comunidades indígenas y campesinas sufrieron desplazamientos forzados, violencia indiscriminada y la pérdida de sus modos tradicionales de vida. Por otra parte, los productores y capitalistas, sufrieron secuestros, amenazas y extorsiones.

Los enfrentamientos en las zonas rurales, como escenario de esta contienda por el control territorial, provocaron el desplazamiento forzado de la población campesina en diversas regiones. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) “las cifras de población y áreas afectadas (...) estiman que este fenómeno afectó a 3,6 millones de personas entre 1997 y 2010 y conllevó el abandono de 2,5 millones de hectáreas” (2016, p. 13).

En el departamento de Caldas, el conflicto armado interno dejó una profunda marca en varios de sus municipios, repercutiendo de manera significativa en los ámbitos social,

económico y político de la región. En este escenario, el corregimiento de San Félix, Salamina-Caldas, emergió como una zona estratégica clave para diversos actores armados entre 1999 y 2005, gracias a sus condiciones geográficas, económicas, sociales y políticas. Este corredor, que conectaba con el oriente antioqueño y el Valle del Cauca, se presentó como un punto estratégico vital para la guerra de posiciones entre los grupos en disputa.

Este período, se caracterizó por la presencia de varios grupos armados, entre ellos el frente 47 de las FARC, el frente Cacique Pipintá de las AUC y las Fuerzas Militares del Estado, todos ellos en una lucha constante por el control territorial. La coexistencia de estas fuerzas intensificó la violencia, con consecuencias devastadoras para la población local.

En este apartado se cuentan las afectaciones, tanto en la cotidianidad como en los modos de vida y los modos de producción, que dejó el periodo de violencia en el corregimiento de San Félix. Las cuales van desde éxodos masivos, aumento de tasas de desempleo, desestabilización social y económica, hasta administración a distancia y reducción de inversiones locales.

“¡Los Mataron! ¡Los Mataron! ¡Los Mataron!”: Del año 2000 en adelante

La vida de Amanda Grajales quizá terminó el día en que la guerrilla colombiana llegó a la finca en donde vivía con su familia. El sábado 12 de junio de 1999, la muerte tocó su puerta, llegó disfrazada de un sinfín de hombres y mujeres armados hasta los dientes y buscando cobrar una deuda. Llegó la desgracia. Los vieron bajar por la montaña, muy de mañana, en busca de comida, de armas y de noticias sobre el dueño de la finca. Se llevaron lo que encontraron. Pero tres de estas personas regresaron en la tarde en busca del esposo de Amanda. Él, quien era el agregado de la finca, ya estaba avisado: venían a cobrarle la “vacuna” a su patrón.

Ilustración 8

Conflicto armado en San Félix, Caldas.



Nota. Fuente: Revisión de archivo. Hemeroteca del Banco de la República Manizales, en Sofía Lara (2012, p. 106).

Amanda llevaba a cuestas más de veinte años de casada, cinco hijos varones y un matrimonio que cojeaba por la traición de su marido con una sobrina. Pero ese sábado un nuevo sufrimiento la atrapó y no la soltó hasta el día de su muerte. Ese día tuvo que escuchar a su hijo gritándole – Mamá no me dejes matar–. Y ella no pudo hacer nada. Esos gritos retumbaron en su cabeza desde ese día. Alexander, quien para ese año cumpliría los 16 años,

era un muchacho tímido. Durante toda su vida había vivido en la finca, había aprendido a trabajar la tierra junto a su papá y a manejar el ganado. El deseo por aferrarse a la vida lo llevó a la desesperación, a un llanto incontinente que su madre tuvo que escuchar hasta que sus captores le quitaron la vida. Mientras Amanda se refugiaba en la casa con sus otros cuatro pequeños, en la enramada de la finca maltrataron a su hijo y a esposo. Esa tarde bajó una espesa neblina que cubría todo. Entre montaña y montaña solo el viento se escuchaba pasar y un inclemente aguacero se oía venir. Los gritos continuaron hasta que dos tiros de fusil hicieron que todo quedara en silencio. La noche llegó, y con ella la oscuridad. El ruido de los grillos y una aguda lluvia que a su paso sólo dejaba oír la brisa que tocaba las ventanas. El sonido del agua chocaba contra el suelo y se hacía cada vez más penetrante. El silencio los apresó con tal fuerza que hizo de aquella la noche más larga que pudieron tener. A la luz de una vela Amanda pasó su noche en claro, sin pegar el ojo. Solo los relámpagos y truenos, acompañados de una gran tormenta –como si se fuera acabar el mundo-, custodiaban su tristeza. Solo hasta el día siguiente podían salir de la casa. Con temor en su corazón por el posible regreso de las personas armadas, no hizo más que estar ahí, encerrada, temerosa y sin saber lo que acontecía afuera. Ni ella ni sus pequeños tenían fuerzas para levantarse y buscar ayuda.

El domingo, muy de mañana, cogieron unas cuantas cosas y salieron por la cochera de la finca, ninguno miró atrás. Después de haberse enfrentado a la muerte y aun estar paralizada, salió con sus otros hijos. Llegó al pueblo con el alma rota, destruida y sin ganas de mirar atrás. Desde la entrada al pueblo sus gritos de dolor hacían eco y las lágrimas que caían por sus mejillas le abrían paso para continuar –¡los mataron, los mataron! - decía mientras su voz se iba perdiendo y todo se confundía. Arribó a casa de su hermana Rocío y entre lágrimas contó lo que había pasado, mientras su cuñado Orlando junto con otras personas del pueblo se preparaban para ir hasta la finca al levantamiento de los cuerpos de Rubén y Alexander.

Al llegar, Orlando vio la escena más horrible y aterradora antes vista. Les habían quitado su vida con un tiro de gracia en toda la mitad de su frente. Estaban tirados bocabajo, el

aguacero de la noche anterior los había “lavado” llenando sus botas de agua-sangre y dejando al descubierto todas sus miserias y más horrible aún, durante la noche los marranos habían hecho de las suyas comiéndose partes de sus sesos, ojos y orejas. Orlando sólo veía los pedazos que quedaban de aquellas personas. De Alexander, ese muchacho tímido e inocente que ese día se había convertido en otra de las víctimas que acumula este país.

Amanda, la cuarta hija de 15 hermanos, era una mujer de mirada fija, ojos hundidos, cabello castaño, dientes amarillos, con una caja de dientes en la parte de arriba: “porque de tanto fumar ya ni dientes le quedaban” decía mi mamá; llevaba casi toda su vida, desde los 11 años, con el cigarrillo. Eso pudo ser detonante de alguna de las tantas enfermedades que tuvo. Soñó con casarse desde muy joven. Fue muy noviera. Siempre estuvo esperando que le propusieran matrimonio y si no veía que fuera a pasar cambiaba de novio por cualquier otro que le gustara y viera la posibilidad de casarse. Hasta que a sus 31 años se casó con Rubén. A los 32 ya tenía su primer hijo y estaba esperando el segundo. Vivía en una finca donde tenía que alimentar a más de 25 trabajadores, ordeñar las vacas, cuidar los marranos, hacer el quehacer de la casa y cuidar de sus hijos. Los fines de semana eran para bajar al pueblo, hacer mercado y entre tanto y tanto cuidarle la “rasca” a su marido en los cafés del pueblo mientras se recuperaba para regresar a la finca con todo y muchachitos. Tuvo 5 hijos varones, “le faltó la niña, ella la hubiera cuidado y acompañado durante sus últimos días”, dicen sus hermanas. Siempre llevó una vida de infortunios; nunca tuvieron mucho: solo lo necesario. Entre las borracheras de Rubén y el malgasto de la tía Amanda de lo poco que sacaban de la finca nunca les dio para tener una casita en el pueblo.

La tía Amanda siempre fue una mujer de carácter fuerte, pero luego de lo ocurrido se derrumbó. Su mirada dejó de ser fija y pasó a ser una mujer retraída, distante y poco sociable. Sus hijos empezaron a coger camino, consiguieron esposas y fincas donde trabajar. El más pequeño logró terminar el colegio y decidió irse a pagar servicio militar. Amanda quedó sola, sin quien estuviera pendiente de ella. Con el dinero que el estado colombiano les dio por ser

víctimas de la violencia compraron una casita en el pueblo, pero, así como llegó ese dinero se fue, no se sabe qué hizo Amanda con “la platica”. Vivieron bien un par de años y luego todo, dinero e hijos, se fueron yendo. Amanda necesitaba que alguien la cuidara, pues su salud ya estaba deteriorada. Los hijos empezaron a buscarle un lugar donde alguien pudiera estar pendiente de ella. La trajeron a vivir a Manizales, a unos “bajitos” en donde estaría cerca de una de las hermanas, quién la cuidaría. Los quebrantos de salud no se hicieron esperar y Amanda fue decayendo. Desde la muerte de su esposo e hijo, empezó a sufrir de un grave estrés que le desencadenó un fuerte temblor en las manos, depresión y otra suma de enfermedades, hasta un cáncer de garganta.

Su luz se fue apagando. De repente empezaba a llorar, a comerse las uñas, a sacarse los mocos en cualquier parte, a cualquier hora, pero así no más se calmaba y volvía —era como si se perdiera por un momento y regresara a ser una niña. Nos preguntábamos qué le pasaba. Intentó seguir siendo ella, quería hacernos regalos cada vez que la visitábamos, quería volver a ser ella, la de antes, la que sin tener mucho lo compartía todo. Pero los días pasaban y Amanda seguía decayendo, el cáncer en la garganta empezó a despertar y a dispersarse. Ya casi no podía comer y sin la compañía de sus hijos, todo fue empeorando; ellos sólo la visitaban de vez en cuando y tampoco sabían cómo remediar el dolor que su madre sentía. Ahora al parecer solo tenía a sus hermanas. Empezó a enflaquecer, se le cayó el pelo, envejeció rápidamente: de una mujer alegre y llena de vida pasó a ser una “viejita” llena de arrugas y caprichos.

Los estragos de la enfermedad eran apenas un principio de la realidad por la que Amanda había tenido que pasar. Era solo mirarla a los ojos y ver como la soledad y la tristeza la habían invadido. Y ahora la muerte avisaba su llegada. Dicen que la garganta, el esófago y los pulmones habían desaparecido: se habían consumido como uno de sus cigarrillos; el cáncer ya había hecho lo suyo. Traía una cruel misión —o quizá su salvación- la de llevársela, la de acabar con su sufrimiento dándole la estocada final. Postrada en una cama, sin poder comer

o beber, alimentada por una sonda, recordaba a sus hijos y pedía a su hermana que los cuidara. Con desesperación pedía poder beber tan sólo un poco de agua. Su angustia era inminente; con la mirada devoraba los líquidos que sí podían tomar los demás enfermos. Se consolaba con un trapo mojado que pasaban de vez en cuando sobre sus labios renegridos y secos. Sus días en la tierra estaban por terminar. Un martes en la mañana dejó de respirar.

Los habitantes recuerdan el 12 de junio de 1999, como la fecha que marcó el comienzo más difícil de la guerra en San Félix. Así como Amanda y su familia, muchas personas de la zona rural y urbana del corregimiento se vieron obligados a salir de sus viviendas, afectados por el flagelo de la violencia que se dio entre los años 1999 - 2005 en esta región.

Antes del período de violencia en esta región, a finales de la década de 1990, el modelo pecuario se había establecido en la región con importantes fincas ganaderas dedicadas a la lechería y la cría de ganado para la posterior comercialización, pero las afectaciones generadas por la presencia de grupos guerrilleros, paramilitares y fuerzas del estado que buscaban control territorial y recursos, llevó a enfrentamientos violentos que tuvieron consecuencias devastadoras para la comunidad rural y sus actividades agropecuarias. La guerrilla se había concentrado en la zona rural del corregimiento de San Félix amenazando y extorsionando a los agregados de las fincas y/o los propietarios que se vieron obligados abandonar sus predios dejándolos en manos de administradores.

En un primer momento en el año 1999 el frente 47 de las FARC hizo presencia en la región extorsionando y amenazando a los habitantes. Ese mismo año las primeras muertes de campesinos fueron a manos de este grupo armado en fincas ganaderas de la región, pues al no encontrar respuesta por parte de los propietarios que se negaban al cobro de la vacuna, entraban a masacrar a las personas que habitaban los predios, quemando las casas; reconocidas haciendas como Monteloro, San Luis y otras casas de veredas aledañas a Valle Alto, el Hoyo, el Laurel y la Pradera; además de la matanza de cabezas de ganado de grandes terratenientes (Lara., 2012). En un segundo momento, en el año 2000, el asentamiento

de paramilitares en la zona urbana agudizó la situación. Las masacres relacionadas con este grupo se debían a los presuntos nexos que tenían habitantes locales con la guerrilla, que iban desde los tenderos, propietarios de cantinas, hasta los transportadores. Solo hasta el año 2004 que la fuerza pública hizo presencia activa en el lugar, los pobladores locales encontraron seguridad y respaldo.

Como lo expresaron los habitantes de pueblo en Lara (2012),

Acá las muertes fueron a manos de la guerrilla, ellos fueron los que sembraron el terror, matando a los agregados en las fincas y acabando con el ganado, fue ese el momento más fuerte de la guerra, las amenazas, los boleteos, todas esas cosas que uno no sabía cuándo le iba a tocar a uno... La quema de Monteloro, los primeros muertos que eso era una familia inocente, uno no entendía qué ganaban con acabarlos así, ese fue el momento más duro de esa violencia (Trabajo de campo, San Félix. Habitante local, julio 2011).

El momento más cruel y más doloroso en San Félix, que es ya la llegada de los paramilitares, con la llegada de los paramilitares para mí es como el momento el pico, la cúspide, es como el rebose, ¿Por qué?, porque es la muerte de nuestra gente de los que conocemos que uno sabe que están en una finca y que lo único que hacen es trabajar y que no están cometiendo ningún delito, porque es lo que yo le manifestaba a usted, en San Félix había 2 o 3 ladrones y era el que robaba una gallina para poderse sostener y sostener su familia (...) (Trabajo de campo, San Félix. Habitante local, julio 2011). (págs. 90-91)

La violencia y el desplazamiento forzado generaron una fractura en los vínculos sociales preexistentes en la comunidad campesina. Familias enteras se vieron obligadas a abandonar sus hogares en busca de seguridad, llevando consigo no solo sus pertenencias físicas, sino también las conexiones emocionales y culturales arraigadas en esta tierra. La violencia generó

desconfianza y miedo, socavando la colaboración comunitaria que históricamente sustentaba la vida rural. Como lo recuerdan algunos de los sanfeleños,

En 1999 nos tocó salir por el tema de la violencia (...) como yo no pagaba la vacuna me tocó volarme con mi familia porque me iban a matar. Llegué a Salamina a empezar otra vez y empecé a trabajar manejando un supermercado de un conocido (...) (Hurtado, R. 2020).

O como lo recuerda la señora Rocío Grajales, quien junto con su familia tuvo que salir en varias ocasiones de las fincas en las que residían,

En el año 2000 más o menos vivíamos en la Vereda La Miranda, en una de las fincas que administrada un señor de apellido López (...) allá a cada rato pasaban los guerrilleros por comida o por la leche del día (...) Un día Orlando estaba llevando el ganado para cambiarlo de corral y lo cogieron los guerrilleros y se lo llevaron pal' monte, entonces lo tuvieron amarrado en una chamba un día y medio más o menos y cuando lo soltaron le dijeron que teníamos que salir de esa finca ahí mismo, eso fue horrible, Orlando solo pensaba que ya no volvía a la casa. Después de eso nos fuimos para el pueblo y a los 8 días nos resultó trabajo en la finca El Retiro, llevábamos 15 días allá, cuando un día llegaron por la mañana, otra vez la guerrilla, diciendo que necesitaban la leche del ordeño, toda, eso fue un día por la mañana (...) de allá sí nos tocó salir volados, el administrador de allá no quería pagar la vacuna y entonces iban a quemar esa casa.

Ese mismo día, volvieron en la tarde y nos dijeron que teníamos 3 horas para sacar las cosas e irnos (...) esta vez nos tocó sacar los corotos y meterlos en una chamba porque a esa hora no subía ningún carro a la finca y salir volados en la noche con los niños pal pueblo. Esos fueron unos días de angustia y de miedo, ahí llamamos a mi hermana Orlanda a ver si conseguíamos una finca por acá en Manizales (...) a los días nos ofrecieron una finca por los lados de Irra, pagaban bien y del frío nos fuimos

para ese calor, pero resulta que de allá también nos tocó salir por lo mismo, por allá sí que estaba jodida la cosa con esa gente [la guerrilla] duramos menos de un mes. De ahí nos tocó venirnos para acá, para Manizales, y poner un negocito y ya nos quedamos acá (Grajales., R. 2022).

Las afectaciones a las actividades agropecuarias fueron múltiples. La inseguridad derivada del conflicto armado llevó a desplazamientos masivos de la comunidad, quienes abandonaron sus tierras para buscar refugio en áreas consideradas más seguras. Este desplazamiento resultó en la interrupción de las actividades agropecuarias y comerciales, dejando campos sin cultivar, abandono de ganado y el cierre de varios establecimientos de comercio, generando innumerables pérdidas económicas. Esto hizo que San Félix se convirtiera en una zona desolada y de baja o nula productividad. Como enfatiza Lara (2012),

La época cruda de violencia en el corregimiento se puede enmarcar durante los años 1999 y 2006, en los cuales convergieron diferentes agentes armados como guerrilla, paramilitares y ejército nacional, dejando una población rural en medio de la confrontación. Como resultado de estos 8 años de violencia, entre muchas otras cosas, el único banco del pueblo, La Caja Agraria, fue cerrado; las tres discotecas más reconocidas quebraron o fueron clausuradas; el Hogar Juvenil Campesino fundado en 1978 perdió aproximadamente la mitad de sus beneficiarios; los establecimientos comerciales se vieron fuertemente afectados al igual que la producción de la leche y productos lácteos manufacturados (p. 81).

Quienes se quedaron y vivieron esta época de guerra, violencia o conflicto territorial, vieron con el pasar de los días un mayor deterioro del pueblo. Las reglas impuestas por los grupos paramilitares transformaron abruptamente las dinámicas sociales y económicas del pueblo. Evidenciadas inicialmente en los toques de queda que impedían la circulación en altas horas de la noche, ya fuese dentro de la cabecera o entre las veredas. Con esto se interrumpieron los festejos y las celebraciones nocturnas y con ellos las dinámicas económicas

que éstos suscitaban. Los pobladores se vieron obligados a convivir con estas restricciones, cambiando de esta forma sus costumbres para garantizar su subsistencia en un entorno marcado por la violencia y la escasez de opciones.

Esto llevó a que la economía local experimentara una desestabilización significativa y una dependencia del orden impuesto por este grupo armado,

Cambió la costumbre de nosotros salir a la calle, la vida nocturna, un pueblo que tenía una vida nocturna normal, así fuera un pueblo en decadencia económica, pero había algo de vida nocturna, debido al conflicto la vida nocturna prácticamente se paró porque las familias se encerraban entre 6 y media o 7 de la noche y si usted salía pues a la calle a esa hora, con seguridad no encontraba ninguna venta abierta, como un pueblo fantasma (Trabajo de campo, San Félix. Habitante local, julio 2011) (Lara., S. 2012. p. 134).

El señor Enrique Londoño recuerda,

En todo el tiempo que he estado acá veo morir a San Félix todos los días. Cuando tenía la cafetería el Oasis y nos tocó vivir la violencia, tocaba cerrar los negocios porque no había ni a quién venderle, esto estaba muy berraco (...) con esa forma de matar gente. La gente no quería ni salir y nadie quería venir aquí. Al contrario, a muchos les tocó recoger sus cositas y salir volados o dejar lo poco que tenían ¡cada ocho días un muerto! muy berraco. Todo se fue acabando, en esa época estamos construyendo la Mansión del Abuelo, y varias veces nos tocó suspender la obra. Yo me fui en 2002, porque sí, teníamos el negocio, pero le dije a mi señora para venderle a quién. Regresé nuevamente en el 2004 al pueblo, pero aquí ya estaba solo, solo. Entonces el pueblo pasó de tener unos 5000 habitantes de 1982 a 1994, a tener 1200 habitantes en el 2004 (Londoño. E., 2022).

El miedo a la violencia y el desplazamiento alteraron las rutinas diarias, generando una sensación persistente de precariedad y vulnerabilidad. La necesidad de asegurar la

supervivencia en un entorno hostil llevó a ajustes en la forma en que las personas se movían e interactuaban en sus hogares. Las dinámicas sociales previas, basadas en la colaboración y la solidaridad, fueron reemplazadas por una dinámica de supervivencia individual y familiar. Con lo que la cohesión social se vio afectada por la desconfianza generalizada. Estas condiciones lograron transformar los modos de vida de los habitantes,

Tras la situación que se daba en el pueblo uno siempre estaba intranquilo, pensando en la familia que estaba allá y nosotros acá en Manizales, siempre con temor que en algún momento iban a llamar diciendo que habían matado algún familiar, y más los que vivían en las fincas. Cuando mataron a Rubén y Alexander eso fue muy horrible, ver a Amanda con los chiquitos sola, y estar pensando en las otras hermanas que estaban allá con la familia. Nosotros nos vinimos por el miedo, por el desempleo y porque mi hijo mayor trabajando en la finca como arriero a cada rato se encontraba con esta gente [guerrilla y paramilitares] entonces era mejor salir (Grajales. C., 2022).

En estos años, la crisis económica se tornó cada vez más difícil. La falta de fuentes de empleo se agudizó debido al abandono masivo de las fincas, el cierre de establecimientos de comercio y la baja productividad, consecuencia inicialmente de la transición al modelo agropecuario, que venía dándose desde principios de la década de 1990, y posteriormente, por la desestabilización social y económica, debido a la presencia de los grupos armados. La disminución radical de la población agravó aún más la precaria situación económica, dejando a la economía local en un estado crítico y sin soluciones inmediatas. Ante esta realidad desafiante, la búsqueda de soluciones se volvía una tarea abrumadora. La reconstrucción de la economía local requeriría estrategias a largo plazo que abordaran no solo la generación de empleo, sino también la revitalización de los sectores económicos afectados y la atracción de inversiones.

En un primer momento, el cambio en el modelo productivo (del agrícola al pecuario) generó una disminución demográfica debido a la disminución de vacantes de empleo.

Posteriormente la llegada del conflicto, ocasionó un segundo desplazamiento masivo de habitantes, generando un punto de quiebre en el modelo pecuario debido a la creciente violencia. Este doble golpe, primero por la transición económica y luego por el aumento de la conflictividad, dejó a la producción ganadera en una situación precaria y a la comunidad sumida en una profunda crisis socioeconómica.

¡Ya no había quien trabajara! La gente empezó a salir de las fincas, unos se iban a pueblos más cercanos o a las ciudades, otros se quedaban en el pueblito, pero por miedo a lo que estaba pasando no salían a las fincas a trabajar. La juventud de ese momento empezó a migrar a las ciudades a estudiar (...) los papás decidían mandarlos a estudiar a las ciudades alejándolos de la violencia; y cada vez había menos quien trabajara la tierra. ¡Es que mire! un amigo me decía, que antes era una cosa hablar de San Félix y después de esa época era otra (Londoño. E., 2022).

Con referencia a lo anterior, es importante señalar cómo esta simple observación encapsula la magnitud de los cambios que experimentó la comunidad. La mayoría de los habitantes de San Félix recuerdan esta época como un punto de quiebre en la vida. La guerra desencadenó transformaciones en la cotidianidad, alterando las dinámicas sociales, económicas y políticas que definían la vida en este lugar. La restricción de acceso a lugares públicos, la pérdida de confianza y la constante sombra del temor se convirtieron en realidades palpables. Contrario a lo que algunos recuerdan de la época anterior al conflicto,

Imagínese usted esta plaza, llena de gente, los toldos, los muchachitos corriendo por ahí, las ventas, las chivas cargaditas de gente que bajan de las fincas, alquilan piezas no más para arreglarse, para ponerse la percha dominguera, y de una para la parranda, estos cafés a reventar, la gente bailotiando en las discotecas y ¡beba que no ha bebido! Porque eso así, aquí puede faltar lo que sea menos el aguardiente (Trabajo de campo, San Félix. Habitante local, octubre 2010, en Lara, 2012, p. 96).

En esa medida, la llegada del conflicto armado al corregimiento de San Félix, modificó significativamente diversos aspectos de la vida social de los habitantes, marcando un antes y un después en la historia de San Félix.

Es importante señalar que este conflicto tuvo un fuerte impacto en las actividades agropecuarias tanto a nivel local como nacional, resultando en el empobrecimiento acelerado de millones de campesinos y dificultando el desarrollo normal de su capacidad productiva. La problemática de la violencia evidenció cada vez más el problema de la concentración de la propiedad de tierras en Colombia. En 1970, propietarios de menos de 5 hectáreas ocupaban el 15.6% de la tierra, mientras que los de más de 200 hectáreas ocupaban el 47%. Hacia mediados de los ochenta, hubo una leve mejora debido al desarrollo agropecuario, con pequeños propietarios aumentando al 17% y los grandes reduciendo al 40%. En los noventa, el narcotráfico y el conflicto armado revirtieron esta tendencia, concentrando la tierra en predios mayores a 200 hectáreas al 57% (CEPAL. 2016., p. 14).

Debido a la dinámica política y económica de Colombia, el uso de la tierra estuvo sujeto a cambios drásticos. Factores como la implementación de políticas agrarias, la presión económica y los conflictos armados influyeron en la estructura de uso de la tierra. Si bien, incrementó la siembra de cultivos ilícitos, la concentración por las actividades ganaderas también incrementó notablemente debido a las grandes extensiones de tierra que fueron destinadas a esta labor. Aunque el país cuenta con un potencial agrícola considerable, aproximadamente 4,66 millones de hectáreas de los 12,7 millones disponibles se destinan a fines agrícolas. En contraste, la ganadería utiliza alrededor de 35,11 millones de hectáreas de su potencial total de 16,8 millones, lo que revela una concentración notoria de la tierra en esta actividad, a expensas de áreas protegidas y de reserva. A pesar de este predominio ganadero, el sector agrícola está subaprovechado, sugiriendo un desequilibrio en el uso de la tierra. Además, se destaca la relación directa entre las actividades agrícolas y la pequeña propiedad,

evidenciando que los campesinos desempeñan un papel crucial en la producción de alimentos básicos (González, F, 2020).

Fajardo (2018) señala que, a comienzos de la década de 2000, Colombia fue testigo de una transformación estructural en su sector agrario que marcó el declive de la reforma agraria como una prioridad política. Esta transición coincidió con un cambio económico más amplio que promovía la reconfiguración y relocalización de la agricultura, un fenómeno que se estaba manifestando en varios países de América Latina. Un aspecto significativo de esta reconfiguración fue la crisis en la economía cafetera, que, a pesar de ser un cultivo campesino por excelencia, experimentó un desmantelamiento progresivo.

La guerra interna, que azotó al país por décadas, exacerbó esta transformación al forzar a comunidades enteras a abandonar sus tierras. Este éxodo allanó el camino para una "nueva agricultura" centrada en cultivos considerados promisorios, incluyendo aquellos de uso ilícito. El aumento resultante en la importación de alimentos, en parte debido a acuerdos comerciales, señaló una dependencia creciente de fuentes externas para compensar la escasez interna. Estos cambios tuvieron un impacto devastador en la desigualdad del país, con aproximadamente el 10% de la población desplazada internamente y más de 6 millones de hectáreas abandonadas o usurpadas (Fajardo, 2018, p. 157).

A pesar de los esfuerzos legislativos, como la Ley 160 de 1994 destinada a la redistribución de tierras, la propiedad agraria no solo se mantuvo concentrada, sino que, en muchos casos, se intensificó. La economía del narcotráfico emergió como un factor clave en este proceso, utilizando la propiedad de la tierra como un medio para legalizar las ganancias ilícitas. Esto creó una dicotomía marcada entre fincas más pequeñas y grandes propiedades, profundizando aún más las brechas socioeconómicas.

La reconfiguración agraria también contribuyó a la disminución de la participación del sector agrario en la economía colombiana, pasando del 40% del PIB en 1945-1949 al 11% en 2000. La oferta de alimentos se vio comprometida, y la dependencia de importaciones creció

para compensar la escasez interna. Factores externos, especialmente las directrices de entidades financieras y de cooperación técnica internacionales, desempeñaron un papel crucial en la formulación de políticas que favorecieron a las agriculturas empresariales, a expensas de la pequeña y mediana agricultura. La inversión pública en el desarrollo rural se redujo significativamente, mientras que los recursos para proyectos empresariales aumentaron, exacerbando las desigualdades en la distribución de la tierra y los recursos, marcando un periodo de profundos cambios y desafíos para la agricultura colombiana.

A partir de 2010, Colombia implementó políticas para reparar los perjuicios y restituir tierras a la población desplazada, pero su alcance es limitado. La estructura de la propiedad agraria, según el III CNA, muestra una alta concentración, con unidades menores a 10 hectáreas ocupando el 9%, las de 10 a menos de 100 hectáreas el 27%, y las de más de 100 hectáreas representando el 65%, indicando un aumento en la concentración de la propiedad rural en los últimos 40 años.

En síntesis, la situación en San Félix durante los años de 1999 y 2000 revela el impacto profundo y devastador del conflicto armado en la vida de la comunidad. El modelo pecuario que se había establecido en la región se vio amenazado y desmantelado por la presencia de grupos guerrilleros, paramilitares y fuerzas del Estado. La violencia resultante llevó a enfrentamientos mortales, desplazamientos forzados masivos y la interrupción de las actividades agropecuarias, generando pérdidas económicas y un cambio significativo en las dinámicas sociales y productivas. La presencia inicial de la guerrilla en 1999 y luego la llegada de los paramilitares en 2000 agudizaron la crisis, causando muertes, desplazamientos y un clima generalizado de miedo; obligando a la comunidad rural a abandonar sus tierras en busca de seguridad, rompiendo los vínculos sociales preexistentes y generando una desconfianza generalizada. La economía local sufrió un colapso, con el cierre de establecimientos comerciales, la pérdida de empleo y la disminución de la producción agropecuaria.

A nivel nacional, el conflicto armado exacerbó problemas estructurales como la concentración de tierras, la dependencia de cultivos ilícitos y la desigualdad en la distribución de recursos. A pesar de los esfuerzos legislativos, la propiedad agraria se mantuvo concentrada y, en muchos casos, se intensificó, especialmente con la influencia del narcotráfico. La crisis en la economía cafetera y la migración masiva de comunidades completas contribuyeron a la transformación del sector agrario, marcando el declive de la reforma agraria como una prioridad política.

La búsqueda de soluciones a este conflicto, marcado por negociaciones de paz intermitentes, ha sido un desafío constante para el país. Las consecuencias del conflicto armado perdurarán en la memoria colectiva de Colombia, evidenciando la urgente necesidad de abordar no solo las manifestaciones superficiales de la violencia, sino también las causas profundas que la alimentaron. San Félix sirve como un recordatorio de los desafíos inherentes a la construcción de la paz en contextos rurales de complejidad política y social.

Capítulo 5: Formas de trabajo y vidas campesinas

Cómo es que se trabaja

“Mañana se levanta temprano para que vamos a lavar el ternerin¹² y alimentar los terneros y así se va dando cuenta qué es lo que hay que hacer”, me dijo Mauricio Aguirre quien pertenece a la familia Aguirre Gómez, agregado de la Finca el Libaré -la que sería mi casa los siguientes días-. En la casa de la familia Aguirre Gómez, el día comienza a las cinco de la mañana, marcando el inicio de las actividades agrícolas y ganaderas en la finca.

Mauricio, hijo de Amanda Grajales y Rubén Aguirre, el tercero de cinco hermanos, con aproximadamente unos 40 años, fue criado en la finca. Asistió a la escuela un par de años, pero su madre, Amanda, decidió retirarlo para que dedicara su vida a aprender las labores campesinas. La vida de Mauricio ha estado marcada por tragedias familiares, tuvo que presenciar la muerte de su padre y hermano mayor a causa de la violencia que afectó la región y años más tarde la muerte de su madre. Ahora tiene su hogar, comparte la vida con la señora Claudia y sus hijas, Valentina y Dayana. De su padre heredó el conocimiento del ganado, con el tiempo ha aprendido a cosechar papa y se ha establecido en varias fincas como agregado.

De la habitación contigua, se escucha al señor Mauricio levantarse. Afuera se escucha el ladrido de los perros mientras saludan a los trabajadores que van llegando para el ordeño. Unos minutos después el zumbido constante de la planta de energía, que alimenta a cada uno de los ordeñadores en la finca, avisa que inició la jornada laboral. En la cocina, resuenan las ollas, mientras el fogón de leña comienza a arder para preparar el agua'e panela.

La luz del día empieza a entrar por las rendijas de las ventanas, es hora de levantarme. Afuera, el frío penetra la piel, obligándome a moverme para generar algo de calor. Desde la casa, se ve levantar la neblina en compañía de los rayos de sol, dándole cierto brillo opaco a

¹² Llamado de esta forma por los habitantes del lugar, hace referencia a un sitio cubierto destinado a albergar ganado, especialmente los terneros más pequeños durante sus primeros 2 o 3 meses de vida.

los potreros. Los pastizales están cubiertos por una fina capa de escarcha, como si hubiera llovido toda la noche. Se sospecha que va a hacer un día soleado.

Lo primero es ponerse las botas para salir a trabajar. A unos cuantos metros de la casa está el ternerin, hay unos 15 terneros que se escuchan bramar - ¡meeee! - pidiendo la leche de la mañana. “Ya me conocen, me ven pasar y empiezan a bramar más duro”, dice Mauricio. “El agua debe estar congelada”, dije, mientras que Mauricio cogió la manguera para empezar a lavar el ternerin. ¡Hágale que eso va entrando en calor y coge alientos! ‘Vaya poniendo la manguera por todo lado mientras voy lavando los baldes para que le demos el desayuno a los terneros’. Hay que lavar bien, para que los animales no cojan enfermedades. Darles una buena porción de concentrado y de leche. A algunos se les da ‘tetero’, toca alimentarlos bien para cubrir los aportes de la leche materna. Los terneros son llevados al ternerin después de la primera semana de nacidos para iniciar el proceso de destete de la madre, durante 3 meses, y para evitar el mal de altura o alguna otra enfermedad que les dé por estar a la intemperie. Después de tenerlos en el ternerin durante ese tiempo y ya grandecitos, se sacan al potrero para empezar el engorde y posteriormente la venta.

Ilustración 9

Ternerin



Nota. Finca Libaré. Fotografía trabajo de campo. Febrero 2022.

Luego de moverme por un tiempo, el frío va desapareciendo y se empieza a sentir el calor, un sofoco, ese picoso de tierra fría. Después de alimentar a los terneros, al lado del ternerin se escuchan los cantos de los gallos y los cacareos de las gallinas que avisan que ya pusieron. 'Vaya y trae el balde de la casa para que vamos a recoger los huevos de las gallinas y a echarles el cuido' me dijo Mauricio. En la finca hay un galpón con unas 80 gallinas ponedoras que producen unos 70 huevos para la venta en el pueblo. Todos los días, a mañana y tarde, hay que recogerles los huevos para que no los quiebren o se los coman los perros; darles el alimento y revisar que el agua esté entrando.

Mientras iba trabajando con Mauricio, él me enseñaba cómo se debía de hacer cada cosa. "Manejar el ganado no se aprende de la noche a la mañana, yo llevo años y ¡todavía me falta mucho para aprender! (...). Mañana madruga para que vaya a ver cómo es que se ordeña,

las vacas son resabiadas y no les gusta que otra persona las vea además del ordeñador, pero hay otras que sí son mansitas” dice. A unos cuantos metros de la casa están los ordeñaderos, son tres ordeños, el número de vacas varía en cada uno, de 30 a 40. Están las vacas de raza Normanda, las Holstein y las cruzadas. Son identificadas por una placa que llevan en la oreja, con el nombre de la finca, un número y el nombre que le asignan a cada animal. Cada ordeñador conoce su ganado, al igual que el ganado reconoce al ordeñador. Ellos saben si son mansitas o resabiadas, si son de raza pura o si son cruces.

Así empiezan los días de trabajo en la finca. Las tareas pueden variar de acuerdo al día y a la labor del trabajador. Están los trabajadores que se desempeñan en la ganadería y los que se enfocan en el trabajo agrícola, los cosechadores de papa. Durante mi estadía me acerqué a cada uno de ellos con la idea de saber cómo es que se trabaja y aprender sobre el vínculo que tiene el campesino con los animales y con la tierra. En ese trabajo diario se muestra una asociación entre lo que es “ser campesino” y la esencia misma de la vida en la finca.

Con estos breves recuerdo inicia un apartado final que aborda las dinámicas sociales y productivas que se dan en el lugar de trabajo de los campesinos, asociadas con las actividades agrícolas y ganaderas en la Finca Liberé.

Entre surcos y tiempos cambiantes

Más abajo de la casa está el sitio de ordeño de las vacas que recién han dado luz a su cría. A medida que entraba al potrero, podía escuchar el suave mugir de las vacas que aguardaban pacientemente su turno para entrar al ordeñadero. Sus ojos curiosos revelaban desconfianza cuando alguien diferente al ordeñador se acercaba al lugar. Mientras me abría paso en el potrero marcado por las huellas de las vacas y los huecos, que podían hacer que tropezara en cualquier momento, el penetrante olor a tierra y heces se tornaba intenso, mezclado con un sutil aroma a leche fresca.

En la finca donde vive el señor Mauricio, el ordeño se hace de forma mecánica. Los trabajadores -Julián, David y Alex- tienen un sitio asignado, se encargan del ordeño, de estar pendiente del manejo de los pastos, el abono y la rotación del ganado por medio de cercas eléctricas. Cada uno tiene asignadas de 35 a 40 vacas de ordeño.

El señor Julián lleva 25 años en el trabajo de ordeñador. 'Desde que tenía 10 años mi papá me enseñó a ordeñar, a manear la vaca y el proceso que se debe tener con el ganado (...) nosotros [él y los hermanos] veíamos cómo era que mi papá trabajaba y fuimos aprendiendo (...) a mí la escuela nunca me gusto, yo quería trabajar en la finca; y con mi papá aprendimos a ordeñar, a sembrar papa y lo demás (...) con el tiempo, en ese entonces el ordeño se hacía de forma manual, ahora es más fácil y las vacas tienen menos riesgo de enfermarse' (Grisales, J., 2022). Julián, un hombre de 35 años, padre de un niño y viudo, ha dedicado su vida al trabajo en la finca, lo que debe saber de las labores que desempeña lo ha aprendido de sus padres, patronos y compañeros de trabajo. Su vida pasa entre ser padre soltero, trabajador y fiel jugador de tejo.

David es el ordeñador más joven, 24 años, es el medio hermano del señor Mauricio. Criado en la finca, ha trabajado con el ganado desde pequeño, aprendió a ordeñar y familiarizarse con las labores de la finca. Aunque estudió en la escuela de San Félix por algunos años, decidió no volver, 'lo que tenía que aprender estaba en la finca' dice David. Es un hombre de estatura baja y ágil a la hora de manejar las 40 vacas que tiene a cargo del ordeño.

Por otro lado, está el señor Alex, un hombre de unos 50 años, ha desempeñado diferentes labores -como ordeñador, cosechador de papa y jornalero-. En las últimas dos décadas ha trabajado como ordeñador, comenzando con el ordeño manual antes de dominar el proceso mecánico. Su rostro se muestra marcado por años de trabajo y con una mirada distante que revela algo de timidez o quizás desinterés. Sus manos, fuertes y callosas, son señal de las duras condiciones en las que ha laborado.

Los sitios de ordeño están alrededor de la casa, en medio de potreros, en los que se encuentra un toldo improvisado con seis estacas que sostienen una carpa de color azul. A los lados se ubican cercas eléctricas para el manejo del ganado. Al interior, la máquina para el ordeño y una caneca azul grande, cortada por la mitad, para que la vaca coma concentrado mientras se hace la labor.

En medio de uno de los ordeñaderos, le pregunté al señor Julián en qué podía ayudarlo. 'Acá hay muchas cosas por hacer (...) vaya echando la comida a la vaca. Cada vez que pase una le echa una cocada' dice Julián. Cada vaca aguarda el turno para pasar al ordeño, se corre la cerca y va pasando una a una, tomando el puesto por si solas. Lo primero es 'manear' la vaca por la patas antes de ponerles las mangueras que van directo al pezón. 'Se empieza por coger el lazo, se tira alrededor de las patas de la vaca para que dé una vuelta, cruza el lazo por la mitad de las patas y termina haciendo un moño apretado al lado contrario de donde inicio, por seguridad de la vaca y el ordeñador' dice Julián. Debe de quedar fácil para desatar desde una de las puntas, para que al momento de la vaca querer salir se pueda soltar con solo jalar y no se lastime o lastime al ordeñador. Después se le conectan las mangueras a cada uno de los pezones de la ubre para la extracción de la leche. Las mangueras tienen dos funciones: una conduce aire comprimido y la otra lleva la leche extraída a la cantina, asegurando una extracción eficiente sin causar daños al pezón ni al tejido mamario de la vaca. 'Lo que hace la pezonera es generar movimientos en la ubre de la vaca (...) como simulando la sensación del ternero cuando mama la leche, para que la vaca no retenga el líquido en el pezón' dice Julián. Cada vaca dura entre 5 o 7 minutos en el ordeñadero, al terminar se le debe de echar un líquido en los pezones para protegerlas de una infección o bacteria.

Además del ordeño, las tareas continúan con el envase de la leche en las cantinas para ser llevadas a la casa y luego enviadas en la 'lechera'. Se prepara la yegua - Brisa- se le cubren los ojos con un poncho para cargarla con las cantinas, 'esta yegua es arisca y toca saberla manejar para que se le quede quieta y no se levante de las manos y tire la leche al

suelo ¡es jodida!’ dice Julián. Se carga la yegua y antes de salir del ordeñadero se mueve la cerca, hay que ‘abrirle más potrero al ganado para que vaya rotando en el potrero’. A medida que se va haciendo la rotación se va trasladando el improvisado toldo, según el crecimiento del pasto se va abriendo camino, corriendo las estacas del cerco donde la hierba aún no está comida.

Cuenta Julián que los animales hay que saberlos llevar a la hora de ordeñar, hay que tratar de no estresarlos, así el manejo se da de la mejor manera y no hay riesgo de accidentes durante el ordeño, lo mismo que pasa con la yegua a la hora de cargarla. ‘¡Vea! Esta vaca se llama Genética, se llama así porque es de raza Normanda pura, pero es muy jodida para ordeñarla, toca dejarla de las últimas e ir suavemente con ella, porque o sino se levanta y tira todo con las patas y lo puede agredir a uno’. Como buen ordeñador, Julián conoce a sus vacas, razas, cruces y resabios. ‘Algunos animales son más resabiados y muestran más resistencia que otros que pueden ser más mansitos, con el tiempo se van conociendo y ellos también se acostumbran a uno, a la voz, a las manos y hasta el olor, cada animal es único en su comportamiento’ (Grisales, J., 2022).

En el sitio de ordeño del señor Julián, hay un total de 36 vacas. Algunas han dado a luz recientemente, lo que las hace ser más resabiadas en el ordeño, ‘toca prestar atención a cualquier cambio en su comportamiento’. Se sabe que las vacas que han tenido segundo y tercer parto producen más leche que las que son primerizas. Se debe tener cuidado porque si se descuidan lo “embisten” a uno. Julián, así como cada uno de los ordeñadores, tiene claro que el conocimiento de los animales es producto del trabajo que han realizado por años y que lo más importante es su bienestar, ‘mientras el animal esté en un entorno agradable, la producción de leche será mejor’ (Aguirre, M, 2022).

El ordeño culmina alrededor de las ocho de la mañana. A esa hora llega la ‘lechera’, la turba que hace la recogida diariamente para el transporte a las empresas del pueblo. Del ordeño del señor Julián se cargaron unas 4 cantinas de aluminio, cada una de 40 litros. Del

sitio del señor Alex hay al menos 3 cantinas llenas y otra mermada, igual que el de David, con unos 105 litros de leche, son alrededor de 350 litros de leche que salen de la finca en las mañanas directo para ser procesada y vendida. Después del envase en las cantinas, se debe dejar todo listo para el ordeño de la tarde.

Según el señor Mauricio, en San Félix las prácticas ganaderas han avanzado, anteriormente el ordeño se hacía de forma manual y aunque todavía en varias de las fincas se hace de esta forma, han sido varios los ganaderos que han implementado el proceso mecánico para tener una mejor producción.

Cuenta Merardo, 'cuando nosotros trabajamos con ganado eso tocaba ordeñar desde las 3 de la mañana para poder sacar la leche cuando pasaba el carro (...) había veces que con el frío las tetas de las vacas se rajaban y era más complicado el ordeño, antes se llevaba un control con el ganado, pero no había que tener una regulación como ahora, que se debe tener veterinario'. Según el señor Jorge, veterinario de la finca 'estas regulaciones han permitido controlar la producción siempre que van dirigidas a asegurar el animal y los derivados de este, los controles de sanidad y la protección del medio y de las personas'.

A medida que avanza la mañana, después del ordeño, el trabajo puede variar. Los trabajadores se concentran en el manejo de los pastos, tanto el abono como la fumiga, hasta la vacunación del ganado, la visita del veterinario y el nacimiento de una cría de vaca.

Se debe tener buen manejo de los pastos que es el alimento de las vacas, algunas veces le echamos el redrojo que queda de la papa para complementar, además del concentrado que se les da mientras el ordeño (...) es importante la rotación de los animales a otros potreros. Acá en la finca la rotación se da entre la siembra y el pastoreo del ganado. Después de arrancar una cosecha el potrero puede ser usado para el ganado, es decir, se prepara el suelo con fumigas para el crecimiento de los pastos y poder trasladar las vacas a ese sitio. Las visitas del veterinario se hacen de forma constante para la revisión del ganado, la vacunación o el seguimiento de las

vacas que están preñadas - palpar la vaca- y poder llevar un control de estas, que es requerido por el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) (Aguirre, M, 2022).

El día de la visita del veterinario y el patrón, hay que recoger las vacas temprano y tenerlas listas en la ramada de la casa.

Vamos, dice David, hay que subir bastante para traer el ganado que está en los potreros más arriba de la finca, a unos 20 minutos al paso de David, a mi paso, a unos 40. Dice David, “usted espéreme acá y no deje que el ganado se meta a ese corral cuando yo baje con él”. Mientras esperaba sentada en una piedra, escuchaba a David arriar el ganado - ¡Arreee, vaca! ¡Eeeh vaca! ¡Oooh!. Hay que decirles así, para que cojan camino, y no se pasen al corral. Cogimos camino por medio de la carretera que va hasta la casa, mientras que David me hablaba de las vacas que llevábamos, unas son de raza, otras son mezcladas con Holstein. ‘Cuando el toro es Normando y es un buen toro, es decir, tiene buenos genes, las crías resultan en animales caros, las hembras son buenas productoras de leche y la carne es de muy buena calidad’ dice David. Ese día la visita del veterinario concluyó con la revisión de las vacas que estaban preñadas, llevar un registro de su proceso de gestación es indispensable para tener en cuenta una posible fecha del parto del animal.

En el Libaré, las vacas que se encuentran preñadas, son encerradas en un corral separadas de las demás. Uno de esos días en los que estuve en la finca, se escuchó el bramido de una de ellas mientras paría, al siguiente día le pregunté al señor Mauricio si no era mejor estar pendientes del parto, a lo que contestó: ‘no, es mejor dejar que la vaca dé a luz de forma natural’. Al siguiente día el señor Mauricio llegó a la casa con una de ellas a punto de parir, que llevaba en el proceso desde temprano y no había sido capaz. ‘Vengan ayudemos a esta vaca a parir porque el ternero está atravesado, toca ayudar a sacarlo para que no se pase de tiempo y se muera la cría’ nos dice Mauricio a la señora Claudia y a mí. ‘Vea se le está poniendo la lengua morada al ternero, se va a morir’ dice la señora Claudia mientras la cabeza

del animal se asomaba por el recto de la vaca. En ocasiones, el ternero no se acomoda de forma en que la vaca pueda parir sola y se debe ayudar.

Mientras el señor Mauricio se preparaba, la vaca estaba inquieta. Empezó poniéndose unos guantes de plástico que cubrían todo el brazo hasta el hombro, se echó un líquido en la mano y procedió a meter la mano por el recto del animal para sacar las patas de este, con un lazo las amarro y empezar a jalar la cuerda mientras la vaca pujaba. Ató un extremo del lazo a la ramada y del otro extremo empezamos a jalar [la señora Claudia y yo]. ‘¡Hágale pues! Ustedes jalan de ese lado’ nos dijo, mientras él con las manos iba sacando el ternero y con la mirada nos señalaba el otro extremo del lazo para jalar fuerte, todos intentábamos salvar la cría del animal. Transcurrieron unos minutos en los que todo fue confusión para mí, solo pensaba en jalar y que el animal saliera. En un momento todos tiramos fuerte del lazo, la cabeza y la mitad del cuerpo estaban casi afuera y solo bastó con que la vaca pujara y el ternero salió y la vaca descansó. Mauricio le quitó el lazo de las patas y la vaca empezó a lamerlo para limpiar los restos de la placenta que quedaban en la cría, para después llevarlos al corral mientras se desteta el ternero de su madre.

Durante años, San Félix se ha caracterizado por la producción de ganado Normando de doble propósito -leche y carne-. Desde de la década del 2000, la economía local se centró en la producción pecuaria, se establecieron empresas lecheras dedicadas a la transformación del producto y la posterior comercialización de sus derivados y con ello la generación de empleo. Los productores de leche empezaron a venderla a estas empresas y se concentraron en la producción de ganado. Para el año 2020, el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), reportó que “La cuenca lechera San Félix – Salamina, produce en promedio 30 mil litros diarios de leche”¹³ entre pequeños y medianos productores.

¹³ ICA 2020. “Ganaderos de la cuenca lechera de San Félix–Salamina, producen 30 mil litros de leche diarios. En el marco de las buenas prácticas ganaderas”. <https://www.ica.gov.co/noticias/ica-ganaderos-cuenca-lechera-san-felix%E2%80%93salamina>

En la Finca se evidencia una interacción profunda y fundamental entre los campesinos, los animales y la tierra. Desde el inicio temprano de la jornada hasta el cierre de la noche, cada actividad refleja una relación arraigada y práctica entre las personas, los animales y su entorno. Esta conexión se manifiesta en la transmisión de conocimientos generacionales, la adaptación tecnológica y el cuidado meticuloso de los animales y los cultivos. Los campesinos, con su experiencia adquirida a lo largo de los años, basan su trabajo en una relación simbiótica, garantizando no solo la productividad de la finca, sino también su bienestar a largo plazo.

En este escenario, los animales desempeñan un papel crucial como parte integral para el trabajo agrícola. Desde el ordeño de las vacas hasta el pastoreo controlado del ganado, su presencia y cuidado son fundamentales para el funcionamiento eficiente de la finca. Los campesinos, con su conocimiento y habilidades, garantizan el bienestar de los animales, lo que a su vez contribuye a la calidad de los productos agrícolas, que son el sustento de estas familias. Así, la Finca ofrece una visión profunda de la compleja relación entre los campesinos, la tierra y el trabajo en el entorno rural; esta interdependencia refleja no sólo la vitalidad de las prácticas tradicionales, sino también la capacidad de adaptación y transformación de las formas de trabajo y la vida campesina en respuesta a los desafíos contemporáneos.

Uno de esos días en los que estábamos rotando el ganado de potrero, pasando por la carretera, más arriba de la casa, Mauricio comenzó a contarme que esas tierras anteriormente solo eran usadas para la producción de ganado y la lechería y que solo hasta hace algunos años se estaba sembrando papa. El patrón, en compañía de otros cosechadores, empezó a invertir en la cosecha de papa parda pastusa. 'Ahora se están sembrando unas cargas. Ahí donde están esos señores, señala con la mano, están arrancando'; a lo que preguntó: ¿Pero eso si da papa?. '(...), ¡si! para eso meten ese tractor, para que levante la tierra y quede listo el suelo y no tener que hacerlo a mano, así la siembra se hace más fácil (...)', responde. '¡Mire! Ahí hay gente mayor, cosechadores antiguos, gente que trabajó con su papá, con su tío Merardo, que conoce de papa y llevan años cosechando' dice Mauricio.

Al acercarme a ellos noté que los cosechadores que estaban en el tajo, en gran parte, eran gente mayor, tres caucanos y un venezolano que hacía algunos años estaba trabajando en el pueblo y aprendiendo de la producción de papa. Algunos de ellos hicieron presencia en la época de la bonanza papera en San Félix. Cuenta Mauricio que después de la época de la violencia tuvieron que traer gente a trabajar en las fincas: 'Acá empezaron a traer gente de afuera (...) gente del Cauca más que todo, porque ya no había quien trabajara' (Aguirre, M, 2022). A partir del año 2000, la región experimentó una disminución de su población económicamente activa debido al desplazamiento forzado ocasionado por la violencia.

Esa situación llevó a los propietarios de las fincas a trasladar trabajadores de otras zonas del país, en un intento por compensar la pérdida de mano de obra local. Esto implicó ciertos cambios en las formas de producir, de trabajar, como lo menciona el señor Jesús Castellanos 'anteriormente la siembra la hacíamos de forma horizontal y cuando ellos [los caucanos] llegaron trabajaban vertical, en bloques; ya no se hace toldo, se recoge en el mismo lugar y fuimos cambiando el azadón por el gancho, y se empezó a meter tractor para el desmonte como lo hacían por allá [Cauca]' (Castellanos. J, 2022).

Mientras caminaba por el tajo, el señor José Carrillo me contaba que en estos momentos son pocos los jóvenes que trabajan en las fincas. 'Los muchachos ahora se van a las ciudades a estudiar o en busca de un 'mejor' trabajo, prefieren salir del pueblo y nosotros los viejos somos los únicos que trabajamos, ya no hay quien trabaje (...) los papás deciden mandarlos para que estudien que para que no sean un simple campesino, como si ser campesino fuera pecado' dice José. O como menciona el señor Batista, '¡Vea! Los poquitos que están por acá, que son del pueblito, deciden irse a trabajar a las aguacateras en Salamina o para no ir muy lejos, por el Retiro [zona rural de San Félix] ya están sembrando aguacate, ahí es donde están empleando' (Castro, B, 2022).

Durante el trabajo en el tajo, me contaron que hasta ese momento - 2022- solo había dos grandes propietarios que estaban cosechando papa en San Félix, uno en el páramo y otro

justo ahí, en la finca El Libaré. 'Por acá ya no se ve nadie cosechando papa en grande, las fincas ya están dedicadas a la lechería y a la cría de ganado (...) ahora es muy caro invertir en la cosecha de papa, el ganado deja mejores ganancias a menor tiempo' dice Jesús.

En el transcurso de mi estancia, en febrero de 2022, la producción de papa en la finca Libaré, estaba centrada en el arranque de unas hectáreas de papa, la recogida y en la siembra de otras. Unas 200 cargas estaban siendo sembradas en ese momento. El propietario de la finca en compañía de dos hermanos - Los Villamiles- hijos de productores antiguos de la región y que habían heredado el conocimiento de la cosecha de sus padres, habían decidido invertir sus ahorros en la producción de este tubérculo para este año. En ese momento se encontraban arrancando un tajo que habían sembrado el año anterior -2021- y tenían sembradas otras cargas que estaban aporcando en el momento y estarían listas para mitad del año de 2022. '¡Mire como están de bonitas esas maticas que están sembradas para abajo al lado de la carretera', me señaló don Jesús con la mirada, mientras seguíamos recogiendo la papa recién arrancada!

Mientras se trabajaba, entre conversa y conversa, los campesinos mayores que en ese momento se encontraban en el tajo, recordaban la bonanza de épocas anteriores y hacían referencia a esos días que, para ellos, no volverán. 'Antes eso era bonito, ver todos esos papales verdecitos y florecidos, eso eran cantidades de papa la que salía de acá (...) ahora, solo se ve acá, en el páramo y en las fincas donde se siembran tajitos para la gente comer en la casa y eso que ahora es poquita la producción que sale de estas maticas' (Castellanos, J, 2022). O como lo cuenta el señor Cesar Marín, uno de los antiguos cosechadores, 'había días en que sacaban hasta 20 mulas cargadas a la bodega de Valle Alto o en La Punta, donde llegaban los domingos de 7 a 8 camiones a cargar y todos salían llenos'. Recuerdan como Noelio Rodríguez, Saúl Villamil y los hermanos, Luis Adán Rodríguez, Jorge Montenegro, el señor Pacifico, Isauro González y otros, fueron cosechadores en grande como dicen ellos.

Los cosechadores antiguos vuelven a ese momento en que todo ha cambiado y que de antes ya solo quedan matorrales y uno que otro cosechador decide volver a apostarle al cultivo de papa '(...) en este momento, el patrón Domingo metió maquinaria, los tractores para levantar esta tierra y empezar a cosechar papa (...) aunque ahora es muy duro sembrar por acá en esta zona. Hay que tener una buena inversión para poderle hacer alguna cosita a esto, porque los insumos bien caros, la semilla también y los tiempos son difíciles' (Marín, C, 2022).

Para agosto del año 2022, en una siguiente visita a la finca, los potreros yacían en mangas secas, llenas de maleza y a lo lejos el tractor daba vuelta a la tierra para volver a empezar. Solo quedaban dos trabajadores que levantaban con el gancho lo último que quedaba de la cosecha. Caminando entre los surcos, en la tierra movida, solo se veían rastros de papa que no había sido recolectada, pequeños retoños que no alcanzaron su etapa final. Las huellas de la cosecha que había sido sembrada en febrero pasado se entrelazaban con las grietas que habían dejado las lluvias de abril y mayo que hicieron de esos papales una pérdida de la producción. El señor César para la recogida de lo último que se salvó, se voltea y me señala con la mano las hectáreas que se habían sembrado y dice: '¡vea esa cosecha que sembró el patrón con los Villamiles, todo eso se perdió con ese invierno que hubo hace poquito, solo se salvó esto por acá (refiriéndose al lugar en el que estamos) se goteó todo y se perdió todo lo invertido (...) siempre se alcanzó a echar unas fumigas ¡y como esta ese líquido de caro! las semillas, la mano de obra, los abonos, la comida, cualquier centavo que se haya invertido se perdió ' (Marín, C., 2022). En el proceso de la cosecha hay que tener en cuenta los tiempos de los abonos y las fumigadas para evitar los riesgos de perder la cosecha 'porque ahora en cualquier momento se viene una semana de lluvias intensas y pasa esto' dice el señor Cesar.

El testimonio de los campesinos revela la realidad actual del trabajo en las fincas, donde la población económicamente activa se ha reducido, especialmente entre los jóvenes que optan por migrar a las ciudades en busca de oportunidades educativas y laborales consideradas

"mejores". Esta tendencia genera preocupación entre los trabajadores mayores, quienes lamentan la pérdida de la fuerza laboral joven en el campo.

Además, se observa una consolidación del modelo pecuario en la región, con una disminución notable en la producción de papa a favor de la ganadería, motivada por consideraciones económicas y de rentabilidad a corto plazo. Los testimonios de los campesinos reflejan una nostalgia por épocas pasadas de bonanza agrícola, así como una preocupación por los desafíos actuales, como los riesgos climáticos que pueden afectar la cosecha y representar pérdidas significativas para los productores.

En este contexto, la comunidad de San Félix se enfrenta al desafío de ajustarse a las transformaciones en el paisaje agrícola, a los cambios en el mercado y a las condiciones climáticas. Tanto los campesinos como la comunidad en su conjunto se ven obligados a adaptarse no sólo en términos de sus formas de producción sino de sus modos de vida. En contraposición a la concepción esencialista del "campesino" como un individuo arraigado exclusivamente a la tierra (Anzola, 2017, p.78), lo que observamos en San Félix es un campesinado que muestra una notable movilidad, capacidad de adaptación y dinamismo. Estos campesinos sanfeños están constantemente transformando sus conocimientos y formas de producción para hacer frente a las demandas de la vida rural contemporánea.

En el contexto de San Félix, el concepto de "ser campesino" trasciende la noción de estar atado exclusivamente a la tierra o de trabajar de manera tradicional con herramientas arcaicas. Más bien, implica estar en constante movimiento, adaptándose a las diversas dinámicas sociales y económicas presentes en los entornos específicos donde estas personas desarrollan su vida. Ser campesino va más allá de una simple ocupación o una conexión física con la tierra; es una forma de vida centrada en los modos de vida, las relaciones sociales y las prácticas laborales específicas de cada comunidad y región. La identidad campesina se construye a través de la flexibilidad y la capacidad de ajuste ante los cambios que caracterizan la vida rural.

Entonces, ¿qué es ser campesino en San Félix? Es reconocer los bramidos de los terneros que llaman pidiendo la leche de la mañana. Es reconocer los resabios del ganado y saber llevar las vacas con maña para no estresarlas, es saber manear la vaca para ordeñarla, es reconocer el ganado y las formas en las que se compartan; es saber que la yegua Brisa hay que vendarle los ojos para poder cargarla, porque es resabiada y puede regar la leche; es reconocer los bramidos de las vacas cuando están a punto de parir y saber cuándo necesitan ayuda en el parto.

De la misma manera, es saber que hay que ponerse los guantes para arrancar la papa, ya que la tierra quema y raja las manos; es reconocer que sembrar atravesado (horizontal) ya no da resultado, y cambiar a la forma vertical, en bloques, para adaptar la semilla; es reconocer que con el gancho se levanta mejor la matica y hay menos probabilidades de que se corten las papas; es llevar años cosechando papa y conocer el manejo de las semillas y la tierra en la que se trabaja, para poder aplicar los abonos y las fumigaciones a tiempo y evitar que lleguen las heladas y acaben con el cultivo; es reconocer el cansancio de la semilla y de la tierra para saber en qué momento hacer la rotación de cultivos; es reconocer en qué momento una matica de papa fina puede dar más rendimientos que una variedad que se produce en menos tiempo y es un poco escasa y a veces menudita, como lo cuenta don Jesús.

Ser campesino en San Félix implica poseer un conocimiento profundo de la tierra, los animales y el entorno que lo rodea. Va más allá de simplemente realizar tareas agrícolas; es un compromiso arraigado en la comprensión fina de los ciclos naturales, la forma del terreno y la particularidad de los animales. Este conocimiento no se limita solo a las prácticas agrícolas, sino que abarca una conexión integral con el medio circundante. El campesino en San Félix no solo reconoce los bramidos de los terneros o el comportamiento peculiar de cada animal, sino que también entiende cómo las variaciones climáticas afectan la cosecha y cómo la biodiversidad enriquece el suelo y las semillas, así como al campesino.

En última instancia, ser campesino no solo implica cultivar la tierra y cuidar del ganado; es mucho más que eso. Es llevar una forma de vida relacionada a los procesos de producción de la vida, tanto humana como no humana. Es una dedicación que requiere un profundo conocimiento y reconocimiento de las complejidades de la reproducción de la vida en todas sus formas.

Consideraciones finales

El proceso de comprensión de la transición productiva de San Félix se desarrolla en el transcurso de los cinco capítulos que componen este trabajo. Lo primero que surge es un proceso de conformación socioeconómica del corregimiento por colonos antioqueños que dieron paso a la introducción de cultivos como cebada, trigo y maíz, marcando el inicio de unas formas específicas e incipientes de producción. Sin embargo, a mediados del siglo XX se vio enfrentado a problemas de comercialización por la desaparición de mercados que demandaran sus productos. Ello favoreció el cambio de los productos a comercializar y las fuerzas de producción, a lo cual se sumó la llegada de migrantes cundiboyacenses que buscaban escapar de la pobreza, la violencia política y la escasez de empleo en sus lugares de origen; su llegada al corregimiento de San Félix trajo consigo un conocimiento específico en el cultivo de la papa, que posteriormente se convertiría en el motor económico del corregimiento.

El segundo capítulo aborda ese primer cambio productivo en San Félix, centrándose en la transición del cultivo de trigo y cebada a la producción de papa, como principal fuente de ingresos para la comunidad. Se muestra la bonanza económica y el desarrollo impulsado por las olas migratorias y la presencia de los Misioneros de la Consolata. Allí aparece Merardo Peralta, mi tío, quien cuenta cómo fueron esos años de buenas cosechas, pero también los desafíos a los que se enfrentaron por las presiones internas y externas que dieron paso a cambios en las formas productivas. La pérdida de las cosechas debido a las condiciones climáticas, la competencia de mercados y las condiciones de infraestructura, así como las afectaciones a los pequeños productores debido a los cambios que implicó la Revolución Verde, derivaron en el deterioro de la rentabilidad de este cultivo hacia finales de 1970, obligando a la comunidad a optar por una transición hacia formas de producción mixtas, con énfasis creciente en la ganadería. Lo que se muestra allí es el inicio de un declive en las formas

productivas centradas en el cultivo de papa que durante más de dos décadas solventó la economía y las condiciones de vida de sus habitantes.

El tercer capítulo muestra de forma detallada los factores que afectaron el costo de producción del cultivo de papa en San Félix. Las consecuencias derivadas de la Revolución Verde con el aumento de los insumos agrícolas, la introducción de nuevas variedades y la falta de asistencia técnica, contribuyeron a una disminución en la rentabilidad del cultivo. El tránsito en el modelo productivo en este periodo (1980-2000) se cuenta por medio de las afectaciones que sufrieron los campesinos de la época, el cansancio de las tierras, las semillas y las pérdidas económicas que generaron el cansancio de campesinos que optaron por migrar a las grandes ciudades bajo el ideal de mejores formas de vida. Los cambios en las dinámicas productivas por cuenta de la crisis económica que afectó a América Latina en la década de 1980, desencadenada por factores como el shock del petróleo y la apreciación del dólar, generaron desequilibrios macroeconómicos que llevaron a la implementación de políticas de ajuste estructural. Allí se analiza cómo estas políticas afectaron diversos sectores, como el agrícola, con un impacto negativo en los pequeños agricultores debido a la liberalización comercial y la eliminación de subsidios. Se destaca las afectaciones que dejó la crisis en el sector agropecuario colombiano, con una disminución en sus exportaciones agrícolas y la implementación de políticas que favorecieron a los grandes productores en detrimento de los pequeños agricultores y comunidades rurales. Las dinámicas sociales se vieron afectadas por el desplazamiento de terratenientes, el cierre de instituciones financieras y el aumento del desempleo rural. Sin embargo, estas políticas no lograron los resultados esperados. Estos factores macro como consecuencia de la crisis económica transformaron el modelo productivo en la región, afectando profundamente la vida de los agricultores y comunidades rurales.

El cuarto capítulo describe la complejidad del conflicto armado y sus consecuencias, junto a aquellas derivadas de la crisis agraria que llevaron a la desaparición del cultivo de papa en la región. Reconociendo allí la relación interretroactiva entre modos de vida y modos de

producción, se cuentan además algunas de las consecuencias devastadoras que sufrieron las dinámicas sociales y específicamente, algunas vidas campesinas, como la de mi tía Amanda.

El quinto y último capítulo aborda las formas de trabajo en las que se ven inmersas las vidas campesinas en la Finca El Libaré, buscando ofrecer un acercamiento significativo a lo que implica "ser campesino" en San Félix. Allí se resalta la identidad campesina que se forja mediante la flexibilidad y la capacidad de adaptación frente a los constantes cambios que caracterizan la vida rural. Se llega a la conclusión de que ser campesino implica llevar un estilo de vida intrínsecamente vinculado a los procesos de producción de la vida, tanto humana como no humana. Requiere una dedicación profunda que va acompañada de un conocimiento minucioso y un reconocimiento de las complejidades involucradas en la reproducción de la vida en todas sus formas. Ser campesino es tanto una forma de producir como una forma de vivir, en esa interdependencia es en donde recae su singularidad.

Así, el proceso de transición en San Félix puede entenderse como un período de cambio y adaptación en respuesta a las presiones internas y externas que desafían las relaciones económicas y sociales arraigadas en la comunidad. Esta transición se caracteriza por la emergencia de nuevas dinámicas socioeconómicas y la transformación de los sistemas de producción y trabajo tradicionales.

A medida que la sociedad enfrenta crecientes dificultades para mantener las estructuras económicas y sociales existentes, se abre paso a la aparición de nuevas formas de organización y relaciones sociales (Godelier, 1987). Estos cambios pueden ser impulsados por una variedad de factores, que van desde eventos económicos globales hasta conflictos locales y migraciones significativas, como la migración cundiboyacense que marcó un hito en la historia de San Félix.

La transición en San Félix se caracteriza por una mezcla de cambios graduales y disruptivos, que pueden manifestarse con diferentes grados de violencia y rapidez. La influencia de la Revolución Verde y los ajustes estructurales, así como el impacto del conflicto

armado interno en Colombia, han generado turbulencias significativas en la economía y la sociedad local, desafiando las estructuras existentes y dando paso a nuevas formas de producción y organización social.

En este contexto, el proceso de transición en San Félix implica la creación de nuevas condiciones de funcionamiento que reflejan la interacción compleja entre fuerzas económicas, sociales y políticas. Es un período de reconfiguración y adaptación en el que la comunidad se enfrenta a la necesidad de reinventarse y redefinir su identidad en un entorno cambiante y desafiante.

La complejidad a la hora de caracterizar y comprender el proceso de transición productiva en el corregimiento de San Félix recae en la gran diversidad de factores y actores que le dieron forma al proceso de transición a lo largo del tiempo. Allí, el concepto de "interretroacción" se revela como una clave fundamental para comprender la complejidad del proceso de transición productiva. En el marco del materialismo histórico, la interretroacción refleja la relación dinámica y recíproca entre el modo de vida y las formaciones sociales, que se entrelazan y se influyen mutuamente a lo largo del tiempo.

En San Félix, la interretroacción se manifiesta en múltiples niveles. Por un lado, vemos cómo las prácticas económicas y productivas moldean las estructuras sociales y culturales del corregimiento, influyendo en las relaciones entre los campesinos, los animales, las semillas y la tierra; así como en sus formas de organización comunitaria, en este caso el discurso de progreso promovido por el padre Víctor Menegón y los misioneros de la Consolata que permitió sentar las bases para una forma específica de producción, lideró a su vez una forma comunitaria de organización en donde se buscaba el bien común. Por otro lado, las condiciones sociohistóricas y culturales del entorno también inciden en las formas de producción y en las estrategias de subsistencia adoptadas por la población local. Como ocurrió con las olas migratorias de los cundiboyacenses, quienes al llegar modificaron no sólo la forma de organización comunitaria sino las dinámicas productivas, colocando el foco en el cultivo de

papa, trayendo consigo las herramientas para su cultivo, como el azadón y las picas, y las formas específicas de manejo de la tierra, como la rotación de los cultivos para que la tierra se recupere, la semilla se refresque y los animales tengan donde pastar.

Este proceso de interretroacción se intensifica durante la fase de transición productiva, donde las tensiones y los conflictos entre los diferentes actores y elementos del sistema socioeconómico se agudizan. Las viejas formas de producción y las nuevas dinámicas económicas interactúan de manera compleja, generando cambios y adaptaciones en la estructura productiva y en las vidas campesinas.

Por ejemplo, en el contexto específico de San Félix, podemos observar cómo la introducción de tecnologías modernas en la producción ha generado impactos significativos en múltiples aspectos de la vida comunitaria. La adopción del tractor para el cultivo de papa y ordeños mecánicos para la producción lechera, no solo ha transformado los métodos de producción agrícola, sino que también ha alterado las relaciones arraigadas entre los agricultores y la tierra, y entre los ordeñadores y sus animales, así como la dinámica laboral dentro de las familias y las comunidades campesinas.

La implementación de tecnologías modernas ha reconfigurado la forma en que se lleva a cabo la producción en San Félix. Esto ha implicado cambios en los procesos de siembra, cultivo y cosecha, así como en la gestión del ganado, los ordeñadores, los recursos locales y la optimización de la producción.

Así, desde la perspectiva de la interretroacción, podemos captar la complejidad y la interconexión de los diversos elementos y fuerzas que moldean la realidad socioeconómica del corregimiento. Esto nos permite comprender mejor cómo las prácticas económicas, sociales, culturales e históricas se entrelazan y se influyen mutuamente, generando un proceso de cambio continuo y adaptación en la comunidad de San Félix.

En conclusión, el proceso de transición productiva en San Félix ilustra vívidamente la interretroacción dinámica entre las fuerzas socioeconómicas y culturales que han definido la

transformación de esta comunidad rural a lo largo del tiempo. Desde sus orígenes como un asentamiento agrícola hasta las complejas transformaciones impulsadas por la migración, la tecnología y los cambios en el mercado global, San Félix ha sido testigo de un continuo diálogo entre el pasado y el presente, entre las tradiciones arraigadas y las demandas del mundo moderno. La interretroacción entre los modos de vida y los sistemas de producción ha generado una serie de adaptaciones y cambios, que han moldeado no solo la economía local, sino también la identidad y la cultura de la comunidad. En este proceso, se destaca la resiliencia y la capacidad de adaptación de los habitantes de San Félix, que han sabido enfrentar los desafíos del cambio con ingenio y determinación. En última instancia, el estudio de la transición productiva en San Félix nos recuerda la importancia de comprender las complejas interrelaciones entre las fuerzas económicas, sociales y culturales en la configuración del desarrollo rural, y nos insta a buscar en estas interacciones las claves para un futuro sostenible y equitativo para todas las comunidades.

Al reflexionar sobre los hallazgos y conclusiones presentadas anteriormente, es importante reconocer las limitaciones que han influido en el alcance y la profundidad de esta investigación sobre el proceso de transición productiva en San Félix. Una de las limitaciones significativas que enfrentamos fue la disponibilidad limitada de datos históricos específicos sobre San Félix. La escasez de documentos históricos centrados en esta comunidad nos llevó a ampliar nuestra búsqueda a nivel regional y nacional, utilizando boletines estadísticos regionales y diagnósticos agropecuarios para contextualizar las dinámicas sociales y productivas de San Félix. Además, dado el déficit de información escrita, recurrimos a los valiosos testimonios orales de los campesinos y campesinas que vivieron de primera mano algunos de los momentos críticos del proceso de transición productiva en la comunidad. A pesar de estas limitaciones, hemos hecho todo lo posible por ofrecer una visión comprensiva y representativa de los desafíos y transformaciones que han marcado la historia socioeconómica de San Félix.

Otra de las limitaciones significativas de esta investigación se relaciona con los factores que no fueron considerados dentro de los componentes del modo de vida, los cuales fueron definidos en el marco analítico como elementos esenciales para comprender la realidad socioeconómica y cultural de San Félix. Específicamente, los componentes de "organización social y política" y "condiciones de vida" fueron abordados de manera parcial o superficial en este estudio.

En cuanto a las condiciones de vida, se hace referencia al nivel de calidad de los recursos materiales y de alojamiento del entorno físico en el cual vive la persona. Para ello, se propuso recurrir específicamente a los indicadores de acceso a bienes y servicios como una forma de entender las limitaciones impuestas por el medio social a los campesinos. Sin embargo, debido a la falta de información detallada y a la limitada estancia en campo, no fue posible profundizar en la comprensión de las condiciones de vida a lo largo de las diferentes épocas que abarca el período de estudio.

En cuanto a la organización social y política, se entendió como las relaciones sociales que se establecen entre un conjunto de individuos que tienen intereses colectivos y que pretenden lograr una meta común. Este componente se abordaría a través de las relaciones de parentesco y los modos de participación social y política. Sin embargo, también debido a la falta de información detallada y a la limitada estancia en campo, no fue posible comprender de manera profunda las formas de organización social y política en las diferentes épocas estudiadas. Aunque algunos aspectos de estos componentes fueron abordados de manera superficial a lo largo de los capítulos, es importante reconocer que no se logró una comprensión exhaustiva de su impacto en el proceso de transición productiva en San Félix.

En resumen, las limitaciones inherentes a esta investigación sobre el proceso de transición productiva en San Félix destacan la complejidad y los desafíos que enfrentamos al intentar comprender fenómenos socioeconómicos y culturales en contextos rurales. La disponibilidad limitada de datos históricos específicos sobre San Félix, así como la falta de

profundización en los componentes clave del modo de vida, como las condiciones de vida y la organización social y política, han marcado los límites de nuestro análisis. A pesar de estas limitaciones, este estudio arroja luz sobre los procesos de cambio y adaptación que han definido la experiencia de San Félix a lo largo del tiempo, y subraya la necesidad de futuras investigaciones que aborden estas lagunas y desafíos con un enfoque más amplio y detallado.

Considerando el enfoque y alcance del presente estudio sobre la transición productiva en el corregimiento de San Félix, Caldas, es crucial destacar algunas recomendaciones para futuras investigaciones en el ámbito de las ruralidades y sistemas de producción campesina:

1. **Enfoque Histórico-Contextual:** dada la naturaleza social, cultural e históricamente determinada de la transición productiva, se sugiere que futuras investigaciones adopten un enfoque histórico y contextual similar. Explorar los orígenes, las causas específicas y el desarrollo de los procesos de transición en distintas comunidades permitirá una comprensión más profunda de cómo estos fenómenos se manifiestan de manera única en contextos locales e históricos particulares.
2. **Perspectiva de Génesis del Proceso:** se recomienda que los estudios futuros se centren no solo en las consecuencias o implicaciones de la transición productiva, sino también en su génesis. Investigar los factores constitutivos específicos y contextuales que contribuyen a la conformación y consolidación de estos procesos proporcionará una visión más holística y detallada de cómo se desarrollan a lo largo del tiempo.
3. **Diseño metodológico mixto:** la adopción de un diseño mixto metodológico, como se utilizó en este estudio, se revela como una aproximación efectiva. La combinación de técnicas cualitativas y cuantitativas, como entrevistas semiestructuradas, revisión estadística y revisión documental, permite abordar la complejidad de la transición productiva desde diversas perspectivas, enriqueciendo así la comprensión global del fenómeno.

4. **Líneas Bases para Estudios Futuros:** considerando la relevancia de ir más allá de las consecuencias y explorar las raíces de la transición productiva, se alienta a los investigadores a proponer líneas bases específicas para futuros estudios. Estas líneas bases deberían ser diseñadas para capturar las particularidades constitutivas de los procesos de transición en diferentes contextos, brindando así un marco robusto para investigaciones más profundas y contextualmente informadas.

En última instancia, estas recomendaciones buscan fomentar una mayor comprensión de los procesos de transición productiva, subrayando la importancia de explorar sus orígenes y contextos particulares para enriquecer la investigación en ruralidades y sistemas de producción campesina.

Bibliografía

- Anzola, J. (2017). “UNO HACE LA FINCA Y LA FINCA LO HACE A UNO” *Trabajo, conocimiento y organización campesina en Sucre, Cauca*. (Tesis pregrado). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Carpintero, O. & Riechmann, J. (2013). Pensar la transición: enseñanzas y estrategias económico-ecológicas. *Revista de economía crítica*, Vol. 6, segundo semestre de 2013 págs. 45-107
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2016). Empleo y productividad laboral agropecuaria en Colombia. (LC/L.4233) *Macroeconomía del Desarrollo N° 176*. Recuperado de <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/c0e9da51-bd99-4a92-aad4-b2f99a4c4f84/content>
- Céron, E. (2015). Movilidad y transición productiva en el contexto de la nueva ruralidad: el caso de Santa Bárbara, Estado de México. *Sociológica*, núm. (86) pp. 167-199
- Chumpitazi, J. E. (2007). Las bases materiales de existencia. *Anthropologika*, Vol. 1 (01), pp. 55 - 69.
- Fajardo, D. (2011). *Las guerras de la agricultura colombiana 1980-2010*, Bogotá, ISLA.
- Fajardo, D. (2014). Experiencias y perspectivas de las zonas de Reserva Campesina. *Revista Semillas*, núm. 55/56 pp. 39-53
- Fajardo, D. (2018). Agricultura, campesinos y alimentos (Tesis doctoral). *Universidad Externando*, Bogotá, Colombia
- Fernández, D. (24 de octubre de 2012). La crisis de deuda Latinoamérica de los 80 y la crisis de deuda europea actual: ¿Qué lecciones se puede extraer? *Economy weblog*. Recuperado de: <https://economy.blogs.ie.edu/archives/2012/10/la-crisis-de-deuda-latinoamericana-de-los-80-y-la-crisis-de-deuda-europea-actual-que-lecciones-se-pueden-extraer/>

- Godelier, M. (1987). Introducción: análisis de los procesos de transición. *Revista internacional de ciencias sociales*. Vol. XXXIX, núm. 4, pp. 5-16
- Godelier, M. (1989). *Lo ideal y lo material*, Madrid, España, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A
- Gómez, J. (2020). La nueva década perdida en américa latina: el nuevo régimen de acumulación y su implicación en la crisis civilizatoria. *Revista Kavilando*, 12(2), 440-462. Recuperado de <https://kavilando.org/revista/index.php/kavilando/issue/archive>
- González, F. (2020). Transición de la estructura agraria al sistema agroindustrial: El dominio excluyente de las nuevas relaciones agropecuarias. Estudio de caso en el municipio de Anserma, Caldas (Tesis pregrado). *Universidad de Caldas*. Manizales, Colombia.
- ICA. (2016, mayo). Instituto Colombiano Agropecuario. Retrieved octubre, 2023. Recuperado de <https://www.ica.gov.co/noticias/todas/2016/informe-especial-polilla-guatemalteca-o-polilla-de>
- Instituto Misiones Consolata. (1958). San Félix. *Risueña Holanda Caldense*. Medellín, Colombia: Bedout.
- Iturra, R. (1987). Continuidad y cambio: transición campesina en una parroquia gallega. *Revista internacional de ciencias sociales*. Vol. XXXIX, núm. 4, pp. 39-62
- Jaramillo, C. (1998). La agricultura colombiana en la década del noventa. *Revista de economía de la Universidad del Rosario*, II, 9-38.
- Lara, S. (2012). "QUEDARSE ES CUESTIÓN DE MEMORIA" *Territorialidad de memoria, vida cotidiana e intensidades del conflicto en San Félix (Caldas-Colombia)*. (Tesis de pregrado). Universidad de Caldas, Manizales, Colombia
- Machado, A. (1999) "La cuestión agraria y el desarrollo agropecuario". *Cuadernos de economía*, Vol. XVIII, núm. 31, pp. 237-279
- Marx, K. (1970). *Introducción general a la crítica de la económica política*. Madrid, España: Alonso Ediciones

- Molano, A. (24 de agosto de 2015). Salamina, una mirada a la historia de la colonización antioqueña. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16283839>
- Mora-Delgado, J. (2006) Sociedades campesinas, agricultura y desarrollo rural. *Revista Luna Azul*. Vol. 24, pp. 52-58
- Mummert, G. (1987). Transformación de la organización social de la producción de un ejido Mejicano. *Revista internacional de ciencias sociales*. Vol. XXXIX, núm. 4, pp. 81-104
- Observatorio Agrocadenas Colombia (2005, marzo). La cadena de la papa en Colombia. Una mirada global de su estructura y dinámica 1991-2005. (Documento de trabajo No. 54). *Ministerio de agricultura y desarrollo rural*.
- Ocampo, J. (2014). La crisis Latinoamérica de la deuda a la luz de la historia. En Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Ed), *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica*. (pp. 19-49). Santiago de Chile, Chile: CEPAL.
- Ocampo, J. (23 de Julio de 2019). Una brevísima historia económica de Colombia. *La Republica*. Recuperado de: <https://www.larepublica.co/analisis/jose-antonio-ocampo-513451/una-brevissima-historia-economica-de-colombia-2887660>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. (2019). Estudios económicos de la OCDE de Colombia. Recuperado de <https://www.oecd.org/economy/surveys/Colombia-2019-OECD-economic-survey-overview-spanish.pdf>
- Palenzuela, P. (2002). “Los orígenes de la Antropología Económica: ¿tienen economía los primitivos”, en *Antropología Económica: Teorías y debates*. Memoria 1998-1999. Convenio CID-Suiza-UMSA.
- Perfetti, J. (2022). La crisis agrícola de comienzos de los años ochenta. *Episodios de la historia de la agricultura en Colombia*. Banco de la República. Fedesarrollo. Bogotá, pp. 455-459. Recuperado de

<https://repositorio.banrep.gov.co/bitstream/handle/20.500.12134/10567/libro-episodios-de-la-agricultura-en-colombia.pdf>

- Quezada, P. & Álvarez, B., (2001). Modo de producción y modo de vida de la pesca artesanal en una caleta pesquera rural: el proceso de transformación productiva y sus implicancias sobre la formación cultural de Isla Chaullín, Región de Los Lagos (2000-2001). *Revista Líder*, Vol. 8, pp. 93-112.
- Ramírez, R., & Tobasura, I. (2004). Migración Boyacense en la cordillera central, 1876-1945 del Altiplano Cundiboyacense a los espacios de homogeneización Antioqueña. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 33(2), 225-253. Recuperado de <http://journals.openedition.org/bifea/5694>
- Rodríguez, P. (1996). *La papa y el desarrollo económico en Colombia*. Centro Internacional de la papa CIP. Lima, Perú
- Salas, C. & Garzón, M. (2013). La noción de calidad de vida y su medición. *CES Salud pública*, Vol. 4, pp. 36-46
- Sánchez, E. (2010). Shocks del precio del petróleo y su impacto en el crecimiento y la inflación de la economía colombiana. (Tesis Magister). *Universidad Nacional de Colombia*. <https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/9705/4074612010.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Sastre, I. (1998). El modo de producción como estructura de explotación: esclavismo y tributación. *Revista Hispania*, Vol. 58, núm. 199, pp. 705-711
- Solis, J. (2015). Tecnologías tradicionales y agrobiodiversidad: los caminos de las semillas en los Andes cusqueños. II Congreso Internacional de Terrazas. *Encuentro de culturas y saberes de terrazas del mundo*. Primera ed., pp. 137-150. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Agencia de Cooperación Internacional de Japón, CODESAN. Cusco, Perú

- Stallings, B. (2014). La economía política de las negociaciones de la deuda: América Latina en la década de los ochenta. En Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Ed), *La crisis latinoamericana de la deuda desde la perspectiva histórica*. (pp. 51-80). Santiago de Chile, Chile: CEPAL.
- Stoler, A. (1987). Transiciones en Sumatra: el capitalismo colonial y las teorías sobre la subsección. *Revista internacional de ciencias sociales*. Vol. XXXIX, núm. 4, pp. 105-126
- Tobasura, I. (2003). *Boyacenses en Caldas: una colonización silenciosa*. Manizales, Colombia. Ed. Universidad de Caldas
- URPA. (1983, diciembre). Diagnóstico Agropecuario de Caldas. *Unidad Regional de Planificación Agropecuaria*. Manizales, Colombia.
- URPA. (1990). Evaluaciones Agropecuarias Municipales. Planeación Departamental de Caldas. Manizales, Colombia.
- URPA. (1992). Evaluaciones Agropecuarias Municipales. Planeación Departamental de Caldas. Manizales, Colombia.
- URPA. (1993). Evaluaciones Agropecuarias Municipales. Planeación Departamental de Caldas. Manizales, Colombia.
- Villar, L. (2000). ¿La economía de Colombia se abrió o se cerró en la década de los noventa? Una nota sobre indicadores de apertura económica. *Revista del Banco de la república*, Vol. 73, núm. 867, pp. 25-31